

6  
DAD AU  
CIÓN GEN



SANCHEZ

SERMONES

VARIOS



BX1756

S2

V. 12 IV

c. 1

RAL

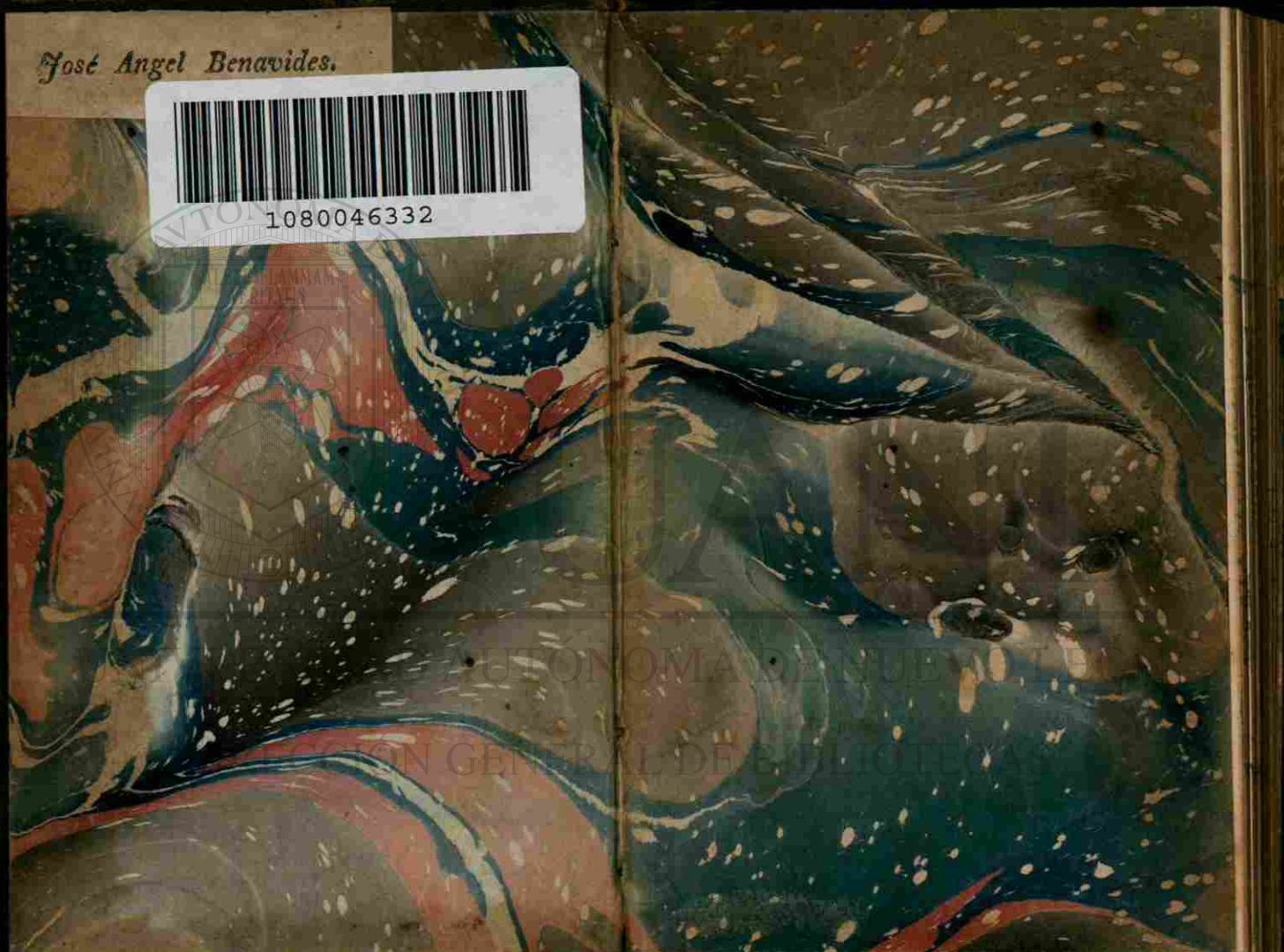
135790



*José Angel Benavides.*



1080046332



E #2 - 6#43



SERMONES VARIOS.

---

TOMO XII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# SERMONES

VARIOS

DOGMÁTICOS,

PANEGÍRICOS Y MORALES.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,  
religioso del tercero orden regular de  
penitencia de N. P. S. Francisco, mo-  
rador del convento de San Antonio  
Abad de Granada &c.*

TOMO XII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Madrid: Por la viuda de Batco Lopez.

Año de 1814.

38107

BX17567

52

V. L. Z. O. I. R. E. R.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL EST. DO. DE NUEVO LEÓN

135790

## Á LOS LECTORES.

Cuando pensaba emplear únicamente el resto de mis días en meditar mis años antiguos, viviendo tranquilo en el retiro de mi celda, para examinar los muchos delitos de mi larga vida y expiarlos en el modo posible, implorando la divina clemencia, me hallé asaltado de la repentina calamidad que ha cubierto y desolado la mayor parte de Europa. Arrojado de mi domicilio, privado de todo cuanto mis superiores me habían concedido caritativamente para el uso y alivio de mi vejez, me ví cubierto de miseria y próximo á ser víctima de la hambre. Sacando pues fuerzas de mi flaqueza misma, volví á frecuentar el púlpito y á predicar *de pane lucrando*. Como mis sermones, dirigidos únicamente á promover la honra y gloria de Dios, á la defensa de su verdadera religion y bien de las almas, han corri-

do hasta de presente con aceptación entre los ministros del evangelio, he tomado la resolución de poner en limpio algunos de los que me han parecido mas tolerables, así de los antiguos como de los modernos, y algunas otras piezas trabajadas años hace, á instancia de amigos, y sacarlas á luz en este tomo xii. Por lo que hace á los sermones de Sacramento, que estaban en borradores antiguos, me parece que algunos pensamientos y materiales de ellos son extractados del célebre Mr. du Fay. Como los franceses se apoderaron de la librería, no tengo en esta parte total seguridad. Es regular que mis lectores echen menos en estas oraciones cierta especie de fuego en las expresiones, que caracterizaban mis obrillas en el dictámen de algunos. Mas deberán hacerse cargo que esperar esto de mi edad de setenta y cinco años, sería pedir peras al olmo. En lo que he puesto

todo mi conato es en ilustrar cuanto me ha sido posible las verdades católicas. Y si se me dice ¿á qué fin público estos discursos con desconfianza? Respondo en primer lugar, que de mí mismo siempre la tengo y la he tenido. En segundo, porque me persuado que todo verdadero cristiano preferirá estas piezas, aunque desaliñadas, á los innumerables folletos anti-religiosos y blasfemos que publican diariamente los incrédulos y libertinos de nuestros dias. En tercero, porque privado de todo humano recurso para subsistir, aspiro á buscar la vida con el sudor de mi frente. En cuarto lugar, porque destruidas por los franceses y sus agentes casi todas las librerías de los conventos y de eclesiásticos particulares, podrán acaso servir mis sermones de algun auxilio á los ministros del evangelio. En pos de este tomo, si Dios me da vida, pienso dar á luz algun otro tratado análogo

á las circunstancias del día. Sujeto  
en fin todas mis obras al juicio de la  
santa romana iglesia y á la censura  
de los verdaderos sabios, confesando  
de buena fe que lo bueno que  
en ellas se halláre debe referirse á  
Dios, de quien procede; y los yerros  
que tuvieren se deben considerar  
como hijos de mi ignorancia.  
VALETE.



## SERMON

PARA LA OCTAVA DEL

SS.MO SACRAMENTO,

sobre la presencia real.

*Ego enim accepi à Domino, quod et  
tradidi vobis. Epist. I. ad Cor. XI.*

23.

Yo á la verdad he aprendido del  
Señor lo que os he enseñado.

SEÑORES:

**E**stas palabras sirvieron de exórdio á S. Pablo para anunciar á los



á las circunstancias del día. Sujeto  
en fin todas mis obras al juicio de la  
santa romana iglesia y á la censura  
de los verdaderos sabios, confesando  
de buena fe que lo bueno que  
en ellas se halláre debe referirse á  
Dios, de quien procede; y los yer-  
ros que tuvieren se deben conside-  
rar como hijos de mi ignorancia.  
VALETE.



## SERMON

PARA LA OCTAVA DEL

SS.MO SACRAMENTO,

sobre la presencia real.

*Ego enim accepi à Domino, quod et  
tradidi vobis. Epist. I. ad Cor. XI.*

23.

Yo á la verdad he aprendido del  
Señor lo que os he enseñado.

SEÑORES:

**E**stas palabras sirvieron de exór-  
dio á S. Pablo para anunciar á los

corintios la institucion del adorable Sacramento de nuestros altares; y de las mismas no dudo yo usar quando pretendo manifestaros la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristia. En la noche misma en que iba á ser entregado, añade el apóstol, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dixo: tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO, que será entregado á beneficio vuestro: haced esto en mi memoria. Tomó igualmente el cáliz despues de cenar, y dixo: este cáliz es el nuevo Testamento en mi Sangre: haced esto siempre que bebais en mi memoria. Sabiendo se acercaba la hora de partirse á su Eterno Padre, su ingenioso amor le inspiró el medio de quedarse entre nosotros hasta la consumacion de los siglos; porque habiendo amado á los suyos durante su mansion en el mundo, quiso amarlos hasta el fin, como S. Juan se explica, quedándose Sacramenta-

do entre ellos: *cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

Por este medio, sin dexar de estar sentado sobre el trono de su gloria, á la diestra de su Eterno Padre, reside sobre nuestros altares con la bondad de un amigo que no acierta á separarse de los que ama, y entre quienes ha colocado sus delicias: *et deliciae meae esse cum filiis hominum.* ¡Qué dignacion! ¡qué amor! ¡qué caridad! Si vos, Señor, que sois la verdad por esencia, no lo hubiérais dicho expresamente, ¿quién creería que baxo las especies de pan y vino nos dexábais para siempre todo lo que sois, vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra Alma, vuestra Divinidad, con todos vuestros inefables atributos?

Mas vos, ¡mi Dios!, habeis hablado. De vos ha recibido la iglesia vuestra esposa, columna y firma-

mento de la verdad, los mas illustres testimonios sobre vuestra real presencia en ese adorable Sacramento. Enmudeced, ¡ratiocinadores importunos! cautivad las luces de vuestro entendimiento en obsequio de la fe, acerca de un misterio de nuestra religion, que concurren á demostrar: I. Los oráculos del antiguo y nuevo Testamento. II. La creencia infalible y constante de la iglesia. Dos breves reflexiones que dividen justamente la materia, digna de esta cátedra, de vuestras atenciones y de mis débiles esfuerzos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, postrándoos con sumision ante aquel augusto y adorable Sacramento, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave María.*

*Thema ut supra.*

**E**ntre todos los misterios de nuestra religion, el de la Eucaristía es llamado el *de la fe*, porque sin cautivar el entendimiento en obsequio de ella, vamos expuestos á errar á cada paso. En efecto, el que se conduzca únicamente por las luces de la razon jamas podrá persuadirse á que en virtud de ciertas palabras, pronunciadas tal vez por un sacerdote indigno, á la substancia de pan y vino se substituya, por una especie de produccion, tan pronta como milagrosa, la substancia del verdadero Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios. Algunos discípulos incrédulos graduaron, según S. Juan, de duro este language: *durus est hic sermo.* Como si dixeran: ¿quién podrá comprehender que toda la substancia del

Cuerpo de Cristo se reduzca á un punto casi imperceptible, sin confusion alguna de sus miembros? ¿Quién podrá comprehender que dividiendo las especies en partes aun minutísimas, no se divida ninguno de los miembros? ¿Quién podrá comprehender que se multiplique, para decirlo así, el Cuerpo de Jesucristo á medida de la division de las partes de la Hostia? ¿Quién podrá comprehender que se coma una carne viva y animada, y se beba una verdadera Sangre del Cordero de Dios, sin que la vista, el gusto y demas sentidos perciban otras afecciones que las de pan y vino? *Durus est hic sermo.*

Así pensaban aquellos discípulos incrédulos, y así piensan en el día todos los que se conducen por las luces de su razon y el testimonio de sus sentidos. ¿Y qué les responde Jesucristo, cuyo carácter es la verdad misma? En verdad os digo, que

si no coméis la Carne del Hijo del Hombre no tendreis vida en vosotros. ¿Son éstas por ventura palabras metafóricas? Nada menos. Son expresiones naturales, que deben tomarse en todo su rigor. El pan que yo os preparo, añade Jesucristo, es mi Carne misma, que va á ser entregada por la salud del mundo.... Mi Carne es verdadera comida, y mi Sangre es verdadera bebida. El que come (dignamente) mi Carne y bebe mi Sangre, habita en mí, y yo en él.

No es pues este un misterio que Dios haya entregado á la disputa de los hombres. Habló el Señor en palabras tan claras, que no admiten tergiversacion. No son pues discípulos suyos los que no reciben su doctrina en materia de Eucaristía; ni los novadores, que únicamente confiesan que las especies sacramentales son la figura del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, deben lisonjearse

de pertenecer á su iglesia. Esta ha sostenido siempre como un dogma de su fe la presencia real del Salvador en este adorable Sacramento. La idea de figura que le han querido substituir Calvino y sus discípulos en estos últimos siglos, se destruye por sí misma; y los que en el día la adoptan son aquellos de quienes dice un profeta, que ni quieren ver lo que miran, ni entender lo que oyen. Si cautivaran sus luces en obsequio de la fe, como los amonesta S. Pablo, verian y entenderian una realidad apoyada no sobre débiles fundamentos, sino sobre la palabra de Dios, clara, precisa, tan evidente, tantas veces inculcada, que se nos demuestra como palpable, sensible é irrefragable.

Abrid, os ruego, esos libros santos, depósito de las verdades del Eterno, y hallaréis que á favor de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía deponen la ley, los pro-

fetas, el legislador y el evangelio. Oid algunos de estos oráculos, que cierran plenamente la boca á los impíos é incrédulos. Mis siervos, dice Dios por Isaías, mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; mis siervos beberán, y vosotros padecereis sed; mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis confundidos. ¿Qué comida? ¿Qué bebida? ¿Qué alegría es esta en que el Señor promete distinguir á sus siervos? ¿Hablará por ventura el profeta de algun alimento terrestre? ¿De alguna bebida natural? Ah! ¿en qué distinguiría entonces á los siervos de Dios, en qué los distinguiría de los pecadores, que igualmente, y á veces con mas abundancia, participan del rocío del cielo y de lo pingüe de la tierra? Yo crío, añade el Señor, nuevos cielos y una nueva tierra, y os alegraréis en las cosas que hago. ¿Qué novedad sería dar á sus siervos un alimento que no ha re-

usado aun á los mas viles pecadores desde la creacion del mundo? ¿Recompensaria asi Jesucristo á los que le sirven?

¡Ah! entremos, señores, en el espíritu de la letra. Aqui habla el profeta de los siervos de Jesucristo. Dice que deben llevar un nombre nuevo, que los distinga como á su pueblo favorito y de eleccion. A favor de estos promete renovar todas las cosas, haciéndoles comer y beber con alegría de corazon. ¿Qué símbolo tan expreso del Sacramento augusto de nuestros altares! En él, como reflexiona un sabio, todo se renueva; pues reune en sí mismo todo lo que se encierra de grande y misterioso en la ley. Contiene el verdadero Cuerpo y Sangre de un Dios Hombre, que dándonos por alimento y bebida, renueva al mismo tiempo todas las cosas en nosotros, haciéndonos pasar de la vida del hombre viejo á la del nuevo,

por medio de un manjar que produce el consuelo y la alegría de los justos, y viene á ser como un gage de las delicias que les prepara en la eternidad.

No es menos expreso el testimonio del real profeta cuando dice: el Señor misericordioso y compasivo hizo memoria de sus maravillas; y dió de comer á los que le temen. No trata aqui David de la providencia benéfica con que Dios alimenta á todos los vivientes, para conservar el orden con que estableció el mundo. Habla de un nuevo prodigio, en que se ven confundidas todas las leyes de la naturaleza; donde se ve mudado el orden de las cosas, y donde se nos proponen como en compendio las maravillas del Señor á favor de los que le temen. ¡Alimento prodigioso! ¡Manjar incomparable! ¡Saludable banquete que nos ofrece Jesucristo en la Eucaristia, donde por una multitud

de prodigios incomprehensibles viene á ser el Pan de los hijos de Dios y la salud espiritual de los que dignamente le reciben! *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se.*

¿Qué diremos del oráculo de Zacarías, que prefiere el trigo de los electos y el vino que engendra vírgenes, á todo lo mas brillante y hermoso que la iglesia encierra? La grandeza, la magnificencia de sus templos, la magestad de sus ceremonias, la gerarquía, orden y subordinacion de sus ministros, todo esto cede al trigo y vino de que habla el profeta; porque baxo las especies de este trigo y de este vino se oculta y encierra el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. *Quid enim bonum ejus, quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines?*

Oigamos á Malaquías. Declara

este profeta á los judíos, que el Señor desprecia sus dones y reprueba sus sacrificios; porque hay un sacrificio nuevo, que se ofrecerá diariamente en todo lugar; sacrificio immaculado, que siendo tan perfecto como Dios exige, corresponde perfectamente á la grandeza de su nombre: *munus non suscipiam de manu vestra... in omni loco offeretur. Nomi meo oblatio munda... magnum est Nomen meum in gentibus.*

¿Qué sacrificio es éste, os ruego?

¿Por ventura el de la cruz? No, señores; porque este sacrificio reparó perfectamente la gloria del Padre, y obró nuestra reconciliacion con Dios, se consumó una vez sobre el Calvario; pues una vez muerto Jesucristo, no muere ya, ni volverá la muerte á dominarle, como dice el apóstol.

El profeta habla de un sacrificio subsistente, que se ofrecerá perpetuamente en todo lugar, aun entre las naciones mas bárbaras, para que

su Nombre sea ensalzado y glorificado entre las gentes: *magnum Nomen meum in gentibus.* ¿Podia hablar con mas claridad el profeta del Sacramento y Sacrificio de nuestros altares, donde se renueva el misterio de nuestra reconciliacion, la memoria de la pasion y muerte de Jesucristo, la oblacion pura é inmaculada de su Cuerpo y Sangre; y esto diariamente y en todo lugar de la tierra habitada? *In omni loco offeretur Nomi- ni meo oblatio munda.*

No me detengo á proponeros otros muchos oráculos y figuras del antiguo Testamento, que igualmente anuncian la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, por no exceder los justos límites de una oracion. Prescindo pues de la mesa, que segun David, nos preparaba el Señor, para que estuviésemos á cubierto de todo temor, ni hablaré del cáliz de bendicion y de salud que nos pondria en estado de marchar á

pie firme entre las sombras de la muerte. Prescindo del convite que nos hace el Espiritu Santo, de ir á beber el vino que la Sabiduría nos ha preparado para crecer en discernimiento, y adquirir una abundancia de luces que nos conduzca al exercicio de las virtudes. Prescindo del escudo inexpugnable que nos promete Ageo en el *Deseado* de las gentes, que estará en medio de nosotros contra el furor de nuestros enemigos, y que desde lo alto del trono en nuestros templos tomará á su cargo nuestra proteccion y defensa. Prescindo del cordero pascual que con solemne aparato comian los judíos, y del maná que para su alimento en el desierto les llovía del cielo; símbolos del Sacramento de nuestros altares, que no osarán negar aun los enemigos de la presencia real. Prescindo....

Mas dexemos ya las figuras, y vengamos á la realidad. Oigamos á



Jesucristo en el momento de instituir este adorable Sacramento. Aquí nos manifiesta con claridad sus pensamientos, é irrefragablemente nos demuestra que el Cuerpo que nos promete es el mismo que habia tomado en el seno virginal de su Madre, y el que iba voluntariamente á entregar al furor de sus enemigos. Tal fue su testamento y última voluntad. A este testamento llama *Nuevo*, y *Sangre del Nuevo testamento*. Si en esta ocasion pues en que Jesucristo nos dió su Cuerpo y Sangre en términos tan expresos y formales, nos fuera permitido decir que habló solo en figura, ¿qué cosa habria firme y que pudiera llamarse realidad, no solo en la escritura, sino aun entre nosotros mismos? Con igual derecho, como reflexiona un apolo-gista, con igual derecho podríamos afirmar que el Verbo eterno tomó carne en figura; que solo en figura padeció y murió; que vuestros ma-

yores solo os dexaron en figura los bienes que hoy poseeis, y que solo en figura los dexaréis vosotros á vuestros herederos. ¡Qué preocupacion! ¡Qué necedad! ¡Qué delirio! ¿Qué podrán en efecto reponer los enemigos de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia á un oráculo tan expreso? ¿Por ventura que habló metafórica y figuradamente como en otras muchas ocasiones? ¡Mas ah! reflexionadlo bien, hermanos errantes. Advertid, que cuando habla de su Cuerpo al instituir este adorable Sacramento, habla de un Cuerpo que va á ser entregado en manos de sus enemigos. Ni olvidéis que cuando en esta ocasion trata de su preciosa Sangre, trata de una Sangre que va á ser derramada por la salud del género humano. *Quod pro vobis tradetur. Qui pro vobis fundetur.* ¿Qué sería ver ser entregado á la muerte un Cuerpo, y derramada su Sangre en repre-

sentacion solo y figura? ¿Preparaba Jesucristo en la ocasion alguna brillante accion como las que representan los cómicos en el teatro? Volved en vosotros mismos, hermanos descarriados. ¿Osaréis decir que la pasion del Señor, su muerte, su sepultura, su resurreccion, pasó todo en figura? ; No permitáis, amabilísimo Jesus, que nadie conciba ideas tan injuriosas á vuestra bondad y misericordia! Vuestras palabras fueron tan claras, que excluyen toda duda sobre su inteligencia, y vinieron á ser el cumplimiento de vuestras intenciones y ardientes deseos que habiais manifestado tantas veces.

Yo os dexo, decia Jesucristo á sus discípulos en la Cena en que instituyó este Sacramento; yo os dexo, mas no por esto os abandono. Vuelvo á mi Padre, de donde salí; pero esto no me impedirá estar diariamente entre vosotros, con quie-

nes estoy hasta la consumacion de los siglos; como si dixera: vosotros recobraréis baxo las especies de pan y vino al que perdeis baxo los velos de la Carne: *Hoc est Corpus meum. Hic est Sanguis meus.* Vuestras palabras, Señor, son de vida eterna. Nosotros las creemos. Conocemos y confesamos que tú eres Cristo, hijo de Dios vivo, que habitáis realmente entre nosotros hasta la consumacion de los siglos; lo cual firmemente creemos, no solo por el testimonio de vuestra divina palabra, sino por la fe constante de vuestra esposa la iglesia católica. Segunda reflexión, que paso á exponeros con la posible brevedad.

II. El que no escucha á la iglesia, dice Jesucristo, debe ser reputado por gentil y publicano. Debemos pues recibir sus decisiones con aquel espíritu de sumision que exige la infalibilidad que Dios ha prometido á esta columna y firmamento

de la verdad, contra la cual jamas prevalecerán las puertas del infierno. ¿Y qué siente y enseña esta madre acerca del Sacramento de nuestros altares? Los apóstoles que la fundaron, los concilios que publican sus decisiones, los padres sus defensores, los fieles que son miembros suyos, todos estan de acuerdo sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Los evangelistas, ó porque fueron testigos de la institucion de este Sacramento, ó porque fueron instruidos por Jesucristo ó por sus discípulos, todos convienen sobre el punto esencial. Hablan de un Cuerpo real y verdadero, que va á ser entregado á beneficio nuestro. El apóstol de las gentes no lo habia visto en carne mortal, y se explica sin embargo como los que lo habian visto. Refiere las circunstancias del misterio, las palabras del Salvador, que sobre la materia pro-

frieron los evangelistas, y nos declara como ellos, que el Cuerpo y la Sangre que el Señor nos dexa es el mismo Cuerpo y Sangre que iba á ofrecer por nosotros. Declara por reo del Cuerpo y la Sangre del Salvador al que indignamente le recibia; y protesta haber recibido del Señor esta doctrina: *ego enim accepi à Domino quod et tradidi vobis.* Nosotros pues creemos lo que creyeron los apóstoles, y practicamos lo que ellos practicaron. Yo oigo decir á S. Andrés, que ofrece diariamente al Dios inmortal el Cordeiro immaculado, que comido verdaderamente por su pueblo, subsiste siempre el mismo, siempre entero, siempre vivo. Ni se me oculta que el apóstol S. Pablo pregunta á los fieles de Corinto ¿si ignoran que el cáliz que bendice y el pan que divide es una participacion del Cuerpo y Sangre del Señor? Conducidos por tales guias, ¿quién osará du-

dar del acierto sobre la fe de este augusto Sacramento?

A la autoridad irrefragable de los fundadores de la iglesia; añádid el infalible oráculo de los concilios, depositarios de la fe é intérpretes legítimos de la palabra de Dios. Si estas augustas asambleas por espacio de muchos siglos se han contentado, dice un sabio apologista, con establecer el dogma, sin anatematizar el error, es porque el error no había nacido aún. Mas apenas se manifestaron los enemigos de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, cuando emplearon toda su autoridad para mantener el depósito del beneficio recibido. Apelo á las decisiones del concilio de Constantinopla en el vii siglo; á las del viii en Vercelis; á las del x en Roma; á las del xiv en Florencia. Universalmente se leen en ellas anatemas fulminados contra el error y sus partidarios. Por todas partes re-

suenan la misma doctrina, el mismo espíritu, los mismos oráculos, emanados del Espíritu Santo, y sostenidos desde la iglesia primitiva por una larga cadena de padres.

Estos varones ilustres, que la iglesia ha mirado siempre como fieles depositarios de sus dogmas y defensores de su doctrina, forman una constante tradición, que no nos permite dudar de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de nuestros altares. Yo me detendría mucho si quisiese producir aquí todos sus testimonios. Bastará alguno otro para conocer cuál ha sido en todos tiempos la fe de la iglesia acerca de este misterio. Todo lo que yo deseo y apetezco, decía S. Ignacio, este ilustre mártir de los tiempos apostólicos, todo lo que yo deseo, es el pan de Dios, pan celestial, que contiene la Carne de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios vivo, y Dios en sí mismo. S. Justino y S. Irineo,

que florecieron en el II siglo, sabian cuál era la doctrina de su Maestro, y confiesan la presencia real con las expresiones mas terminantes. Consultad á los Orígenes y Ciprianos del III siglo; á los Hilarios y Ambrosios, que vivieron en el IV; á los Crisóstomos, Agustinos y muchos otros del V, VI y demas siglos de la iglesia, y los hallaréis acordes sobre la realidad del Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la Eucaristía.

¿Qué mas? ¿No sabemos que los fieles primitivos, segun el testimonio de S. Lucas, perseveraban unidos para la fraccion del pan? ¿Seria éste algun pan material y terreno, ú el pan celestial y eucarístico? ¿Quién ignora que en estas asambleas de piedad, despues de la oracion y contemplacion se repartia este pan sagrado de que habla S. Pablo, que no era otra cosa que el verdadero Cuerpo de Jesucristo? ¿Y no fue ésta la universal creencia de los fieles

hasta que los sacramentarios sembraron el error y la cizaña en el campo de la iglesia? ¿No dimanaron de este funesto origen todos los errores é invectivas con que los enemigos de este Sacramento pretendieron en los últimos siglos obscurecer su realidad? ¿No vimos alarmarse contra este error los verdaderos fieles, congregarse la iglesia y anatematizar á los partidarios del error?

Despues de unas pruebas tan auténticas, de unos testimonios tan irrefragables, ¿qué partido debió tomar á mediados del siglo XVI sobre este punto el sagrado concilio de Trento? ¿Por ventura dice un apologista, oponerse á toda la venerable antigüedad, al sentimiento de los padres, á los oráculos de los concilios, á la doctrina de los apóstoles y de sus discípulos, al vaticinio de los profetas y á las palabras terminantes de Jesucristo? Nada menos. La iglesia, esta esposa del Cordero

sin mancha, congregada y presidida siempre por el Espíritu Santo, anatematiza (y nosotros con ella) á todo el que no crea la admirable conversion del pan y del vino en la substancia del Cuerpo y Sangre de Jesucristo en virtud de las palabras del sacerdote. *Anathema sit.* Anatematiza á todo el que no crea esta union admirable, por la cual el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la Divinidad de Jesucristo estan realmente baxo las especies de pan, igualmente que baxo las del vino. *Anathema sit.* Anatematiza á todo el que no crea esta admirable multiplicacion, por medio de la cual, baxo cada una de las especies y baxo cada partícula de ellas se halla todo el Cuerpo, toda la Sangre, el Alma, la Divinidad y atributos de Jesucristo. *Anathema sit.*

¿Mas á qué fin anatemas en medio de un pueblo católico, heredero de la fe de sus padres, que

cree firmemente la presencia real de Jesucristo en el Sacramento augusto de nuestros altares, y que habita entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para colmarnos de bendiciones y de gracias? Yo solo he hablado hasta aqui para confirmaros en la fe de este misterio, y haceros ver que es razonable el culto, el obsequio y adoracion que le dais. Mas ahora os ruego que en desagravio de los insultos é injurias que Jesucristo ha recibido de los hereges, libertinos, materialistas y malos cristianos, principalmente en estos dias lúgubres, le adoreis en espíritu y verdad, postrándoos ante este Dios oculto, Padre de las misericordias y de todo consuelo, confesando que es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, y á quien se debe el honor, la gloria, la virtud y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

## SERMON II

## DE SACRAMENTO,

sobre el honor y ventajas que nos resultan de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

*Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem... Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel. Isai. XII. 2. et 6.*

Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y ha venido á ser mi salud... Regocijáos, y alabadlo, habitantes de Sión; porque en medio de vosotros está el gran Santo de Israel.

SEÑORES:

Con estas palabras convida el santo profeta Isaías á los hijos de Is-

raél á entregarse al regocijo espiritual y á la accion de gracias por la venida del Mesías, su fortaleza, su honor y su salud. Y con las mismas expresiones no dudo yo alentar vuestra confianza á presencia de la realidad del mismo Salvador en el Sacramento de nuestros altares; pues como aunque Jesucristo en el portal de Belén no aparezca á los habitantes de Sión con aquel exterior de magestad correspondiente á su grandeza de Rey inmortal de todos los siglos, su estado de humillacion no obstante no le impide el ser el grande, el Santo de Israel, su escudo y su defensa; del mismo modo el Salvador, aunque oculto baxo las especies eucarísticas, aunque humillado, anonadado y sin aparecer nada de lo que es, no por esto quando renace, para decirlo así, sobre nuestros altares, dexa de ser el verdadero Hijo de Dios vivo, el grande, el Santo de los santos, que

habita entre nosotros hasta la consumacion de los siglos, como nuestra fortaleza, nuestra gloria y nuestra esperanza. ¡Qué motivos tan poderosos de júbilo y de alegría espiritual para toda alma cristiana que sabe apreciar los dones de Dios y que aspira á su salud eterna!

Ayudado sobre estas verdades fundamentales de nuestra religion, os haré ver, I.: el verdadero honor que nos resulta de la presencia real de Jesucristo en este Sacramento; y en II.: las ventajas que podemos sacar de comunicar realmente con Jesucristo en la Eucaristía: dos breves reflexiones que dividen la materia, digna de la cátedra que ocupo, y á propósito para vuestra instruccion. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, postrándoos con sumision ante aquel augusto Sacramento, fuente y origen de toda gracia.

*Ave María.*

*Thema ut suprà.*

¡Qué diferencia, señores, tan notable entre el honor que resulta á un vasallo de la confianza, liberalidad y amor de su príncipe, y el que Jesucristo, presente en la Eucaristía, confiere al pueblo cristiano! Las liberalidades y amor confidencial de un soberano á su válido tienen regularmente sus límites, dice un sabio; y su corazon no suele ser tan constante que persevere firme en conservarles su honor y valimiento. Mas Jesucristo en este Sacramento lleva sus liberalidades y su amor al hombre hasta el exceso de comunicarle todo lo que es, sin reserva alguna; y para manifestarle que lo ama hasta el fin, permanece con él hasta la consumacion de los siglos. En dos palabras: se nos da total-



mente y para siempre. ¿Qué honor es comparable á esta liberalidad y á este constante amor? Reflexemos.

Dios, en cuya presencia somos como si no fuésemos, estima sin embargo al hombre, dándole distinguido lugar en su corazon; ya sea porque es su imágen y compendio de sus maravillas; ya porque le formó para colocar en él sus complacencias; ya en fin por haber de tomar su naturaleza. Por manera, que antes de la constitucion del mundo le miraba ya con sentimientos de distincion y de honor. Por el hombre en efecto puso los fundamentos de la tierra, extendió como un hermoso pabellon los cielos, los adornó de brillantes estrellas y de estos dos hermosos luminares, presidentes del dia y de la noche. Por el hombre puso límites al mar, arregló las estaciones y crió todos los séres. Al uso del hombre destinó todo lo criado, constituyéndole príncipe de to-

das las criaturas visibles, y gefe de los estados é imperios. Y no contento, le prepara una distincion honorífica, superior á todo lo que miramos grande y excelente sobre la tierra; esto es, quiere asociarle eternamente á su gloria, como á coheredero.

¡Ah! ¿quién es el hombre, Dios mio! ¿ó qué has visto en él, que tanto le engrandezes? Y como si tantos privilegios no fuesen bastantes para honrarlo y distinguirlo, ¿quereis vos mismo haceros hombre, sujeto á sus miserias, á excepcion del pecado, cargar con sus delitos y satisfacer sus deudas? Enmudece aqui, razon humana, á presencia de honor tan inefable. El Verbo eterno se hace Hombre, y eleva á este Hombre hasta la divinidad, reuniendo en una misma Persona todo lo que se halla de mas humilde en el hombre, y todo lo perteneciente á la divinidad. De suerte que entre Dios y el

hombre se halla una especie de comunicacion reciproca de abatimiento y de gloria. Dios se humilla, y el hombre es ensalzado y glorificado. Dios desciende para ser lo que no era, y el hombre va á elevarse infinitamente sobre todo lo que era. Para decirlo de una vez, Jesucristo viene á ser un Dios Hombre ó un Hombre Dios. De aqui se sigue por una consecuencia necesaria, que el Hijo del Hombre es nuestro hermano, y nosotros sus coherederos; y que á pesar de la infinita distancia que media entre el Hijo de Dios y nosotros, todo lo que es esencial al hombre, le es comun con nosotros. ¡Inefable honor, mortales, grandeza inexplicable!

Y si tanto honor nos resulta de la encarnacion del Verbo eterno, ¿será inferior, os ruego, el que recibimos por la institucion del Sacramento eucarístico? Formemos un breve paralelo. En la encarnacion

le vemos por la fe como un Dios abreviado y obscurecido en el vientre de una Virgen; mas en la Eucaristía es un Dios anonadado y oculto baxo los débiles velos de un poco de pan en apariencia. En el Verbo hecho Hombre vemos un Dios sujeto á las miserias humanas, y que conversa y come con los pecadores; pero en la Eucaristía es un Dios que entra en el corazon mismo de los pecadores, y se les comunica por alimento. Al Verbo, viviendo en carne pasible y mortal, vimos recorrer las villas y lugares de la Judea, sanando á los enfermos y haciendo bien á todos; mas en la Eucaristía vemos que se fixa no en un lugar ó en muchos, sino en toda la tierra habitada, porque en todas partes se ofrece esta Hostia immaculada, conforme al vaticinio de un profeta. Jesucristo fue crucificado una sola vez sobre el ara de la cruz; pero sobre nuestros altare es dia-

## 44 SERMONES

riamente sacrificado. Jesucristo, concluida su mision, dexa al mundo, y vuelve al seno de su Eterno Padre á tomar posesion del trono de gloria que habia conquistado con su Sangre; pero en la Eucaristía habita realmente con nosotros hasta la consumacion de los siglos, cuando venga á colocar á sus electos sobre los tronos que les tiene preparados. Fue pues en este adorable Sacramento donde el Hijo de Dios parece quiso demostrar con mas claridad y distincion el honor y preferencia que daba al pueblo cristiano.

Gloriense en buen hora los judíos, dice un sabio, gloriense de su templo, del arca de su alianza, de sus patriarcas y profetas, de sus jueces y reyes, mientras nosotros con mas justa razon nos gloriamos con la presencia del Santo de Israel, que habita entre nosotros. ¿Qué comparacion puede haber entre el templo y el Señor del templo? ¿Entre

## VARIOS. 45

el arca del Señor y el Señor mismo? ¿Entre los patriarcas, profetas y reyes de Israel, y el Deseado de las gentes, el Santo de Israel? Gloriense pues de sus Sansones, Gedeones y Salomones, mientras nosotros nos gloriamos de la presencia real de Jesucristo en este Sacramento, nuestra fortaleza, nuestra gloria y nuestro verdadero honor; pues no solo se nos da totalmente por un efecto de su liberalidad, sino para siempre por un exceso de su amor.

Todos los hombres padecen generalmente del achaque de inconstantes en el amor. ¿Cuántas amistades vemos rotas por las mas leves causas, amistades que nos parecian eternas, y vínculos deshechos, que por religion y por naturaleza debian ser inseparables? Solo Jesucristo sabe amar y ser constante en su amor. Habiendo amado á los suyos, dice el evangelista, quiso amarlos hasta el fin, instituyendo á su favor

este augusto Sacramento. ¿Mas en qué tiempo ó con qué miras? En la ocasion misma en que iba á ser entregado en manos de sus enemigos para dar su vida por el hombre. Cuando iba á ser cubierto de oprobrios y de afrentas por aquellos mismos á quienes habia colmado de beneficios. Cuando entre sus apóstoles mismos ve á uno que le va á vender, á otro que lo ha de negar, y á todos que van á huir, dexándole en el mayor abandono. Entonces, entonces, señores, hace ostentacion de su mas fino amor, dándoles á comer y beber, baxo las sagradas especies de pan y vino, su verdadero Cuerpo y Sangre.

Y para que tan sagrado alimento no faltase en la iglesia que habia venido á establecer, confirió á sus apóstoles la potestad de consagrar estas mismas especies en su nombre y memoria, para habitar realmente en su pueblo de adquisicion, hasta

la consumacion de los siglos. Bien preveía nuestras irreverencias y los ultrajes que harian á su adorable Cuerpo y Sangre en este Sacramento los judíos, los gentíles, los hereges, los materialistas y los malos cristianos. Veía infinidad de Judas que en el transcurso de los siglos le venderian por el vil precio de una passion favorita: infinidad de Herodes que le tratarian á lo ridículo como á rey de burlas; infinidad de escribas y fariseos que le perseguirian y pedirian su deshonor, conspirando á su ruina baxo el pretexto de celo; infinidad de Pilatos, que por vanos respetos, por intereses mundanos y por miedo de desagradar á los grandes, faltarian á las leyes de la equidad y la justicia; infinidad de cristianos, profanadores sacrílegos de esta sagrada mesa, y mucho mas criminales que los judíos mismos.

A pesar de tan horribles crímenes, nos da en este Sacramento

la prueba mas decisiva y mas constante de su amor. Se queda en medio de nosotros para comunicárnos tal como es, sin division, sin disminucion alguna, su Cuerpo su Alma, su Divinidad, sus infinitas perfecciones; y esto no por un dia, no por un año, no por un siglo, no por muchos, sino para siempre. Ensalzado sea, ¡ó mi Dios! vuestro inefable amor y caridad. ¡O, si supiéramos apreciar nosotros el honor, la gloria y distincion que nos resulta de vuestra real presencia en este Sacramento! ¡O, si apreciásemos vuestras liberalidades! ¡O, si reflexionáramos vuestro incompreensible y constante amor en la Eucaristía! ¿Con qué pureza de conciencia, con qué reverencia, con qué acciones de gracias nos acercáramos á esta sagrada mesa? ¿Qué alegría, qué dulce complacencia, qué celestial júbilo no experimentaríamos al considerar la distincion que Jesu-

cristo hace de nosotros por medio de este manjar divino? ¿Con cuánta mas razon que el pueblo de Israel deberíamos decir con el profeta: mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en mi salud? *Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* Alegraos, pues, hijas de Sion, almas fieles, alegraos del honor que os resulta de que habite en medio de vuestro pueblo, real y verdaderamente, el Grande, el Santo de los santos, y apresuraos á conseguir las ventajas que su íntima comunicacion os promete. Segunda reflexion. Seguidme atentos.

II. Gloriábase Moisés en otro tiempo, que no habia nacion tan grande, tan privilegiada sobre la tierra, que tuviese dioses tan próximos á ella como el que asistia á la nacion judáica. Es verdad que Dios, habiendo elegido á Israel por su pueblo favorito, estaba compro-

metido en cierto modo á colmarlo de beneficios con preferencia á las demas naciones. Pero tambien es cierto, que todas las prerogativas concedidas á Israel, comparadas con la presencia real de Jesucristo en medio del pueblo cristiano, son infinitamente inferiores. Á Israel en efecto hablaba Dios por ministerio de sus profetas, y á los cristianos por boca de su propio Hijo, como dice San Pablo. Los sacerdotes de aquel pueblo antes de orar por él, tenían, añade el apóstol, que orar por sus pecados; mas Jesucristo, Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech, é impecable por esencia, en las oraciones y súplicas que dirigió á su Padre por la iglesia, siempre fue oído, por la reverencia que le es debida. Los sacrificios mismos que se ofrecían en la ley antigua, eran solo figuras del de la ley de gracia. Por lo demas, eran elementos vacíos, carnales, groseros, nada cor-

respondientes á la suprema Magestad, é incapaces de reparar su gloria. Pero el sacrificio de la ley de gracia, que diariamente se renueva sobre nuestros altares, aunque incruento, satisface completamente por el pecado, repara el honor vulntrado del Sér supremo, y nos reintegra en el derecho de hijos de Dios, que habiamos perdido por la culpa. A los israelitas concedió por alimento el maná que llovía del cielo en su tránsito por el desierto; mas al pueblo cristiano concede por manjar en este Sacramento al verdadero pan del cielo; es decir, el Cuerpo y Sangre real de Jesucristo, nuestro mediador para con el Padre, y escudo inexpugnable contra nuestros enemigos visibles é invisibles.

Si atendemos en efecto la conducta de Dios en orden al hombre de nuestros dias, comparado con el de los primeros siglos, hallaremos una notable diferencia. Allá se nos

presenta á cada paso como Dios de las venganzas, y acá como Padre de las misericordias. ¿Será por ventura porque el hombre es menos criminal en nuestros dias? ¡Ah! ¿cuántas ciudades mas abominables que las de Pentápolis no tolera el Señor en su paciencia? ¿Consistirá esta tolerancia en que tiene en el dia menos horror al crimen que en los siglos primitivos? Nada menos. Dios siempre justo y recto en sus juicios no es mutable como los hombres. ¿En qué consiste pues tanta indulgencia con un pueblo donde reina la licencia y la desenvoltura con tanto ó mas desenfreno que en las infames ciudades de Sodoma y de Gomorra? Yo oso decirlo, señores: en que tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo, que se ha dignado habitar entre nosotros, teniendo en esto sus delicias. De aquí su paciencia misericordiosa y la indulgencia para con el pueblo cristiano.

La historia de la religion nos enseña que el Dios de las venganzas perdonó mas de una vez á los israelitas por los méritos de Abraham, de Isaac y de Jacob. ¿Cuántas veces no triunfaron de sus enemigos, por conservar el honor del arca de su alianza? Por consideracion á Moisés y á su hermano Aaron ¿no mitigó el Señor la sentencia que habia dado contra los murmuradores? ¿No calmó su ira á presencia del zelo de Fineés? ¿Qué hará pues cuando ve entre nosotros á Jesucristo, y que se presenta por nuestro abogado? ¿No será bastante á desarmar su justa ira la dignidad infinita, la infinita santidad, el mérito infinito de nuestro Salvador? ¡Ah si oyésemos la voz con que desde el fondo de nuestros tabernáculos clama por nosotros á su Padre celestial este divino mediador! Es el Espíritu de Dios, dice S. Pablo, el que pide por nosotros

con gemidos inenarrables. *Ipsse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* Jesucristo ruega á su Padre que ninguno perezca de los que le han entregado; que los haga participantes de la misma claridad que goza; que se los agregue, para que posean su mismo reino: *postulat pro nobis.* Su clamor, dice un sabio, ahoga los gritos de nuestros desórdenes, que piden venganza, y se oponen como un muro á este torrente de iniquidad, que sin un tal mediador atraeria la desolacion de todo el mundo. Paréceme le oigo decir: ¿perderéis, Señor, un pueblo que os he adquirido con mi Sangre? ¿Daréis lugar á nuestros enemigos á que insulten vuestra gloria y la mia; ó á que desconfien de vuestra bondad ácia mí; ó de mi poder para con vos? *Placatusque est Dominus.* Adorable voz de mi Salvador, que elevada sobre mis propios crímenes, me envia auxilios que o-

bren mi conversion en lugar de los castigos que mis delitos merecian. Mis iniquidades, Señor, estan siempre delante de mis ojos; mas espero vuestra misericordia por los méritos y voz de vuestro Hijo, que intercede por mí, hecho garante de mi reconciliacion. *Dominus retribuet pro me, opera manuum tuarum ne despicias.*

Alentad pues, señores, vuestra confianza, porque habita realmente entre nosotros Jesucristo, nuestro abogado y defensor. ¡Oxalá supiéramos aprovecharnos de su divina presencia! Abrid los ojos de vuestra fe para ver á aquel Señor, que conducido en otro tiempo en figura sobre el arca de la alianza, anegó en el mar Roxo á los egipcios, domó á los reyes de Canaam, y destruyó á los enemigos de Israel, y que reside hoy realmente en medio de nosotros para hacernos triunfar de todos nuestros enemigos, si usamos



con fidelidad del poder que nos confiere en este augusto Sacramento, seguro asilo y escudo inexpugnable en todas nuestras necesidades.

He dicho *si usamos con fidelidad del poder que nos confiere*, porque asi como los israelitas para ser protegidos de un modo tan singular debian corresponder á las bondades de Dios, asi tambien quiere Jesucristo cooperemos los cristianos á las inspiraciones de su gracia; quiere imploremos su auxilio para prevalecer en los combates; quiere recibamos con pureza y con fe viva este pan celestial, que nos hará marchar con mas fortaleza que Elías por el desierto de esta vida. ¿Quereis pues hallar alivio en todas vuestras miserias? Recurrid á Jesucristo, que habita entre vosotros. ¿Quereis prevalecer contra los asaltos de la concupiscencia, este ángel de sataná, como la llama el apóstol, que os solicita, os atrae y arrastra ácia lo

malo? Recurrid á Jesucristo, que habita entre vosotros. ¿Quereis triunfar de los ardidés del espíritu seductor, que á manera de un leon rugiente da vueltas al rededor de vosotros buscando á quién devorar? Recurrid á Jesucristo que habita realmente entre vosotros. Esta es la torre fortísima de donde penden mil inexpugnables escudos. Este es el augusto personage, á cuyo Nombre se inclinan los cielos, la tierra y los infiernos. Este es el único Nombre en que podemos ser salvos, segun el oráculo del apóstol.

Reconoced, cristianos, vuestra dignidad, y el honor que os resulta de la presencia real de Jesucristo entre vosotros. El Señor, por un efecto de su bondad, os ha exáltado y gratificado aun mas allá de vuestras esperanzas, atendida vuestra baxeza y miseria. Os ha exáltado dándoos al Grande por antonomasia. Os ha gratificado, dándoos al

Santo de Israel, segun la expresion de Isaías. *Quia magnus in medio tui Sanctus Israel.* Alegraos espiritualmente, almas fieles; adorad la bondad inefable, la incomparable liberalidad de Dios, oculto y grande, que en el Sacramento de nuestros altares es vuestra fortaleza y vuestro honor, y se ha convertido en salud vuestra: *fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* Es nuestro mediador para con el Padre, y desde el fondo de nuestros tabernáculos intercede por nosotros, sirviéndonos de escudo inexpugnable contra nuestros enemigos. *Postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* Dichosos vosotros, si agradecidos á tantos beneficios, sabéis corresponder fielmente al honor con que Jesucristo os ha ensalzado con su adorable presencia, al amor con que se os comunica en este inefable Sacramento, y al asilo que nos prepara en esta divina mesa. Amad-

le pues de corazon, glorificadle y ensalzadle, confesando que es el verdadero Hijo de Dios, el Cordero immaculado, que quita los pecados del mundo, á quien se debe todo el honor y la alabanza en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

## SERMON III

## DE SACRAMENTO.

Sobre el santo sacrificio de la Misa.

*Hoc facite in meam commemorationem. Luc. XXII.*

Haced esto en mi memoria.

SEÑORES:

Así habló Jesucristo á sus discípulos cuando en la noche de la Cena les dió á comer su propio Cuerpo y á beber su misma Sangre baxo las sagradas especies de pan y vino. Palabras adorables que la iglesia ha mirado siempre como origen de

la potestad sacerdotal de sus ministros y del sacrificio incruento de nuestros altares. Jesucristo comenzó á exercer en esta ocasion el sacerdocio segun el órden de Melquisedech, que le habia anunciado un profeta, dando su Cuerpo y Sangre á sus discípulos baxo las especies del pan y del vino. Mas como este su sacerdocio habia de ser eterno, y él debia volver al seno de su Padre celestial, de donde habia salido, substituyó ministros, á quienes confirió la potestad de hacer en memoria suya y en su nombre lo que acababa de obrar en el cenáculo: *hoc facite in meam commemorationem.*

Hé aqui la institucion y el precepto de ofrecer por vivos y difuntos el santo sacrificio de la Misa. Nombre venerable en los cielos y en la tierra, y respetado hasta por los mismos ángeles, por mas que los enemigos de la presencia real osen desacreditarlo. El augusto y divino

misterio que significa no es otra cosa que el sacrificio de Jesucristo, no en figura, sino en realidad; el sacrificio, digo, que hizo en el cenáculo, cuando por un efecto de su amor se comunicó en realidad á sus discípulos baxo las especies de pan y vino; sacrificio donde Jesucristo inmolado de un modo inculpado, ofrece el mismo Cuerpo y la Sangre misma que ofreció sobre la cruz para redimir al hombre; sacrificio, para decirlo de una vez, de gloria para Dios y de salud para nosotros. Dos breves reflexiones que dividen la materia de este discurso, digno verdaderamente de esta cátedra y de tan respetable auditorio. Dignaos, Señor, poner en mis labios palabras de eficacia y de vida: purificadlos como á los de vuestro profeta, para que anuncie con fruto vuestro inefable misterio á un pueblo fiel y ansioso de vuestra doctrina. Esta gracia os pedimos por mé-

ritos y mediacion de vuestra purísima Madre y nuestra María santísima. *Ave María.*

*Thema ut supra.*

**E**n toda verdadera religion siempre ha habido sacrificio, ó un signo sensible, que dirigido á la gloria del Señor, demuestre exteriormente de una parte la excelencia del Sér supremo, y de otra la dependencia de la criatura. Convencidos de la verdad de este principio vemos á los primeros héroes de santidad en la ley natural haciendo á Dios sus ofrendas. Aquí un Abél ofreciendo al Señor lo mejor de sus rebaños. Allí un Noé inmolando sobre el altar animales mundos, en accion de gracias de haberse libertado de las aguas del diluvio universal; aquí un Abraham erigiendo á Dios altares en la

tierra de Sichein; allí un Jacob levantando piedras por título de gratitud; aquí un Manué, un Job, ofreciendo al Sér supremo sacrificios y oblacones. Nada digo del pueblo de Israel, cuya multitud de oblacones y sacrificios es notoria á todos los que saluden las santas escrituras. Tan cierto es que sin sacrificio no hay religion, ni puede haberla. Por manera, que abolido el sacrificio, como dice S. Pablo á los hebréos, es necesario considerar abolida la religion. *Translatio enim sacerdotio, necesse est, ut et legis translatio fiat.* Por la venida pues del Mesías y establecimiento del cristianismo cesaron todas las figuras, desaparecieron las sombras, los sacrificios fueron abolidos, y trasladado el sacerdocio á un pueblo mas fiel y menos carnal, que diese á Dios el culto debido á su excelencia suprema: un culto no solamente interior, como algunos novadores pretenden, sino

tambien exterior, manifestado por medio de hostia y de sacrificios.

Segun estos principios, el cristianismo, la religion mas perfecta, ¿cómo podia caracer del mas perfecto sacrificio? En efecto, esta obra favorita del Señor, produccion de su divino Espiritu, fruto de sus trabajos y de su preciosa Sangre, debia tener un sacrificio que correspondiese á la excelencia de tanta Magestad, y capaz de reparar su gloria. Tal es sin duda el santo sacrificio de la Misa.

Yo bien sé que los novadores, para dar color á sus errores, dicen que este sacrificio es el de la cruz, que una vez ofrecido por Jesucristo en el Calvario, tenemos en él todo lo necesario para reparar su gloria y excitarnos á tributarle los debidos homenages, sin mas hostia ni mas sacrificio. Mas iluminemos por caridad las tinieblas de estos hermanos descarriados. Nosotros con-

venimos con ellos que Jesucristo sobre la cruz es una víctima de infinito valor; que nada mas digno puede ofrecerse al Padre celestial; que todo el mérito de lo que puede ofrecérsele tiene su origen en esta adorable víctima; que Jesucristo sobre la cruz reparó plenamente la gloria de Dios, y satisfizo superabundantemente por todos los pecados del mundo.

Pero no olvidemos que Jesucristo, como dice el profeta, es el sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech; ni perdamos de vista que todo pontífice, como se explica S. Pablo, es destinado á ofrecer dones y hostias. De aqui concluyo con un sabio apologista, que si el sacrificio de la cruz abrogó todo otro sacrificio en la religion, ó Jesucristo no es el eterno sacerdote segun el orden de Melquisedech, que nos anunció el profeta, ó si lo es, no desempeñó su mi-

nisterio. Una y otra asercion es blasfemia heretical. Si es pues sacerdote segun el orden de Melquisedech, como la fe nos enseña, debe exercer las funciones de un sacerdocio en que se ofrezca el pan y el vino, que fue lo que ofreció el rey de Salem al padre de los creyentes Abraham, para figurar las especies en que debia celebrarse el sacrificio de nuestros altares. Si es eterno, sin el sacrificio de la Misa ¿dónde está la hostia figurada en el pan y vino de Melquisedech, que debia ofrecer perpetuamente este sacerdote conforme á la sentencia de S. Pablo? Si el sacrificio de la cruz, como los hereges pretenden, abrogó todo otro sacrificio en el cristianismo, ¿qué ofrecerá este eterno Sacerdote? Es necesario pues, ó desmentir los oráculos del profeta y de S. Pablo, ó confesar que Jesucristo, siendo hasta el fin de los siglos Sacerdote segun el orden de

Melquisedech, ofrecerá siempre alguna hostia para cumplir su ministerio; es decir, su verdadero Cuerpo y Sangre, baxo las especies de pan y vino, pero de un modo incruento.

Este es, señores, el nuevo sacrificio de que habla Jesucristo quando dixo: haced esto en mi memoria; sacrificio que corresponde perfectamente á la grandeza de su Sér; sacrificio digno de su honor y de su gloria; sacrificio que diariamente se renueva en la iglesia cristiana. El de la cruz duro y sangriento se consumó una vez sobre el Calvario; el pecado fue destruido y vindicada la honra del Padre por la muerte de Jesucristo: no es necesario que vuelva á morir. Mas el nuevo sacrificio de que nos habla debia ofrecerse no una sola vez en Jerusalén, como el de la cruz, sino perpetuamente entre todas las naciones, segun la prediccion de un profeta.

Por medio de este nuevo sacrificio pone este Dios Hombre su Cuerpo y Sangre baxo las especies de pan y vino, se sacrifica á la gloria de su Padre, y se ofrece él mismo por víctima de su sacrificio.

Tal es, señores, el sacrificio de la nueva alianza. Jesucristo es el Sacerdote y la víctima, el sacrificador y el sacrificio. Sacerdote y sacrificador en lo que obra por sí mismo; y en virtud del poder que ha recibido de lo alto se reproduce baxo las especies del Sacramento; y si se sirve de nosotros, es como de instrumentos á quienes da él mismo toda su eficacia. Quando nos veis celebrar los divinos misterios, no juzgueis, decia el Crisóstomo, que somos los ministros principales. Aunque elevados al mas sublime de todos los ministerios, nuestras palabras serian enteramente vanas é inútiles, si el que nos las pone en la boca no las sostuviera por su virtud,

y obrase él mismo lo que ellas significan. *Cum sacerdotem videris offerentem, ne ut sacerdotem esse putes hoc facientem.* Es la mano de Jesucristo extendida invisiblemente la que obra la mutacion baxo estos velos misteriosos: *sed manum Christi invisibiliter extensam.* En las diversas ceremonias que proceden ó siguen al sacrificio, hablamos ya en nuestro nombre, ya en el de la iglesia; pero cuando llegamos á la consagracion hablamos en nombre de Jesucristo, y pronunciamos las mismas palabras de que usó la noche de la Cena. Asi protestamos que Jesucristo es el Ministro principal, y al mismo tiempo que es la víctima y el sacrificio.

En efecto, en el momento de la consagracion hallamos lo esencial del sacrificio. Este supone necesariamente alguna cosa que se muda ó se destruye; y esta mutacion, que podriamos llamar una especie de destruc-

cion ó aniquilacion, se obra en este instante. No porque Jesucristo sea destruido ó aniquilado, sino porque se humilla tanto y se anonada, que parece ser nada; y sin perder nada de lo que tiene, nada manifiesta de lo que es. Es verdad que siempre es Dios de Magestad; pero aqui está obscurecido, abreviado, y como en una especie de aniquilacion. El adorable Cuerpo colocado baxo estas especies es glorioso y triunfante, dice un sabio apologista; pero privado del uso de sus sentidos, no manifiesta operacion alguna de vida.... La Sangre que está baxo las especies es Sangre animada y unida al Cuerpo, pero como derramada y separada. No quiere esto decir que el Cuerpo esté sin Sangre, ni la Sangre sin Cuerpo. Jesucristo está vivo baxo cada una de las especies; pero con una especie de separabilidad, que si pudiera vivir sin su Cuerpo ó sin su Sangre, por virtud de las palabras



del Sacramento el Cuerpo estaría sin Sangre y la Sangre sin el Cuerpo.

Este es, señores, el Dios verdaderamente escondido, que anunció á los mortales un profeta. ¡O divino Salvador! el estado de humillacion á que os ha reducido vuestro amor al hombre, en lugar de excitar su gratitud, ha venido á ser para muchos una piedra de tropiezo que ha extinguido su fe. Sabemos, dicen, que nuestro Dios habita rodeado de esplendor y de gloria, y que ha colocado su trono sobre las mas sublimes inteligencias, ¿cómo habitará pues en la obscuridad de una pobre y estrecha mansion, con des- crédito de su inmensidad? Así piensa la prudencia carnal, reprobada por Dios. ¡Enmudeced, racionadores importunos! Con vosotros hablo, los que pretendéis medir las cosas de Dios por la debilidad de vuestras ideas. Jesucristo, aunque tan humillado y como anonadado bajo los

velos de la Eucaristia, no es aqui menos glorioso que en el seno de su Padre. Se esconde, para acomodarse á nuestra debilidad. Sufre que sea combatida su doctrina y contradichas sus palabras. Tolera ser insultado y mofado, no menos que en el Calvario. Pero nada sirve de obstáculo á este Dios escondido cuando se trata de reparar la gloria de su Padre por medio de un sacrificio incruento, que es el memorial perpetuo del sacrificio de la cruz. Sacrificio inefable, que no está limitado á tiempos ni á lugares, y que diariamente reintegra al Señor en sus derechos, y repara las ofensas que comete el judío, el gentil, el herege y el mal cristiano. Sacrificio universal, ofrecido á Dios en todos los lugares de la tierra habitada, donde ha penetrado la verdadera religion de Jesucristo. Sacrificio en fin permanente hasta la consumacion de los siglos.

Con arreglo á estos principios, juzgad, señores, con cuánta justicia sostiene la iglesia que su sacrificio excede infinitamente á los de la ley antigua, y que por solo este sacrificio se honra dignamente á la Magestad de Dios. ¿Qué diferencia tan notable entre éste y los sacrificios antiguos! Allá se ofrecia la carne y sangre de algunos animales, cosas criadas, viles y despreciables. Acá se ofrece la Carne y Sangre de un Dios Hombre, una Humanidad unida hipostáticamente al Verbo eterno, el Santo de los santos Jesucristo, con todo lo que es en sí.

Es verdad que Dios se dignaba admitir aquellos sacrificios, y que aunque privados de propia virtud por ser elementos vacíos, desarmaban la justa cólera del Señor por un efecto de su misericordia. ¿Qué será pues hoy entre nosotros, que poseemos la realidad de aquellas sombras? ¿Cuando la Sangre de la

gracia se derrama por todas partes? ¿Cuando nuestras iglesias estan llenas é inundadas de ella? No negamos que sobre la cruz tuvo Dios una perfecta satisfaccion del pecado. Si en el sacrificio de nuestros altares notamos alguna diferencia, es únicamente en el modo incruento. En la esencia es el mismo sacrificio; es decir, un Hombre Dios, que se sacrifica al mismo Dios. ¿Sacrificio adorable! Solo digno de Dios; solo correspondiente á la grandeza de Dios; y él solo capaz de atraernos las complacencias de Dios.

¿Sacerdotes de Dios altísimo! Vosotros los que estais aplicados al altar por los mas estrechos vínculos, la gloria del Señor está entre vuestras manos. A vosotros pertenece darle el mayor honor que puede recibir entre los hombres. Atended, os ruego, á vuestra sublime dignidad; interesaos en el honor de vuestro Dios: conservad el espíritu de vues-

tro estado, como se explica un profeta; un espíritu, digo, de religion, empleado en las cosas santas; un espíritu de celo, dedicado á sostener los derechos del Señor contra la corrupcion del siglo; un espíritu de amor y de caridad, que nos enlace intimamente con Dios y con nuestros hermanos: *custodite spiritum vestrum.*

Y vosotros, fieles, á quienes tengo el honor de anunciar la palabra del Señor, aunque no seais ministros de este adorable sacrificio, no por esto dexais de tener parte en él. Por vuestra presencia, sostenida por aquel espíritu interior que une vuestras intenciones á la de Jesu-  
 UNI  
 cristo, cooperais moralmente al sacrificio, aprobando lo que el ministro hace, y ofreciendo por medio de él y con él al Cordero inmolado por la salud del mundo. Hé aqui el sentido en que el apóstol os llama pueblo de adquisicion, gente santa,

sacerdocio real. Animados pues de espíritu de gratitud, de celo y de piedad, frecuentad las asambleas de nuestros sacrosantos misterios, en los cuales es Dios dignamente glorificado. ¿Qué espectáculo mas digno de vosotros, si os gloriais de cristianos, que el sacrificio de la Misa, en que se renueva de un modo incruento el del Calvario? Sacrificio inefable y permanente en la iglesia, dirigido á la gloria de Dios y á la salud del hombre. Seguidme atentos.

II. El sacrificio del cristianismo es único; pero tan sublime y eficaz, que contiene mas virtud que todos los de la ley antigua. En ella se multiplicaban los sacrificios á proporcion de las necesidades del pueblo. Habia hostias de propiciacion para pacificar la ira del Señor; hostias de expiacion para desarmar su justicia; de impetracion para obtener sus dones; de accion de gracias para reconocer bondades. Mas en el

cristianismo tenemos una sola Hostia, que produce sola todos estos efectos; pero de un modo infinitamente mas infalible y por su virtud propia. La Hostia es el adorable Cuerpo y Sangre de Jesucristo, inmolado por nuestro amor en el santo sacrificio de la Misa, que desarma la justicia de Dios, y nos atrae sus divinas misericordias.

En efecto, el sacrificio de nuestros altares pacifica la ira del Señor mas eficazmente que todos los sacrificios de la ley de Moisés. El santo concilio de Trento nos enseña, que aplacado Dios por una oblacion tan excelente, nos concede el don y la gracia de penitencia: *cujus oblatione placatus Dominus, donum et gratiam penitentiae concedit.* Y por medio de este don y de esta gracia nos perdona, añade, todos nuestros crímenes por mas graves que sean: *crimina et peccata etiam ingentia dimittit.* Si concurrimos pues al sacrifi-

cio del Señor como cristianos, y con las disposiciones que exige la grandeza de esta accion, ¿quién duda que Jesucristo nos comunicará estas gracias actuales y prevenientes, que produzcan en nosotros el espíritu de conversion y penitencia? ¿Quién duda que la Sangre de Jesucristo derramada sobre la cruz, y reproducida de un modo milagroso sobre nuestros altares, clamará mejor que la de Abél, no ya venganza como ésta, sino perdon y misericordia á favor de los delincuentes? ¿Quién no percibe con los oídos de la fe clamar de nuevo á Jesucristo sobre nuestros altares con las mismas palabras que dirigió á su Padre celestial sobre la cruz para obtener el perdon de los que le insultaban y mofaban? *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt:* perdonadlos, Padre mio, porque ignoran lo que hacen. No atendais tanto á su malicia como á la voz de mi Sangre. Si ellos son pe-

adores, yo soy vuestro Hijo muy amado, y objeto de vuestras complacencias: por ellos me intereso y merezco ser oído: *dimitte illis.*

¡Qué oracion tan eficaz! ¡Qué manantial inagotable de gracias!

¿Cuántas veces no hemos visto renovarse en nuestros templos los efectos saludables que produjo esta petición sobre el Calvario? ¿A cuántos no hemos observado, durante la celebracion de nuestros augustos misterios, penetrados de horror ácia el pecado? ¿Cuántos como el Centurion y los que con él pensaron justamente de Jesucristo, toman ocasion de la asistencia á este divino sacrificio para adorar al Salvador en espíritu y verdad, y bendecir sus misericordias? ¿Dexará de ser para estos una fuente inagotable de dones, de salud y de gracias? ¡Ah! este augusto mediador tiene entre sus manos el corazon de su Eterno Padre, que siempre le oye por la re-

verencia que le es debida. Cuando nos convida pues al sacrificio de su Cuerpo y Sangre, es sin duda con el fin de que le demos ocasion de servirnos de abogado y mediador para con su Padre. Nos previene y mueve con auxilios para que podamos empezar la obra de nuestra conversion. Nos comunica el don de penitencia, que perfecciona en nosotros, por la comunicacion de su amistad y de su gracia: *cujus oblatione placatus Dominus, donum et gratiam penitentiae concedens, peccata et crimina etiam ingentia dimittit.*

Mas no penseis que este adorable sacrificio sirve solo de pacificar la ira del Señor. Desarma tambien su justicia. Todos saben que aun perdonada la pena eterna que corresponde al pecado mortal en virtud del sacramento de la penitencia, queda por satisfacer la temporal, la cual debe expiarse ó en esta vida

por las buenas obras, ó en la otra por el fuego del purgatorio. Lo mismo decimos de la pena temporal debida á los pecados veniales. La razon de esto es, porque siendo Dios la pureza por esencia, nada manchado puede entrar en su reino. Hé aquí uno de los efectos de este divino sacrificio. La iglesia ha creído siempre que es útil y satisfactorio por los vivos y los muertos. Ella ha recurrido siempre á este sacrificio contra el pecado y contra las penas debidas al pecado. En él pues ha considerado en todos tiempos el manantial inagotable, el tesoro infinito de las gracias del Señor, y todo lo necesario para calmar su ira, desarmar su justicia, obtener su misericordia y recibir sus bendiciones.

Los sacrificios y ceremonias de la ley antigua, como ordenados por Dios, servian respectivamente para alcanzar alguna gracia, segun su

institucion. ¿Mas era su virtud comparable con la del sacrificio de nuestros altares? Mi Padre, dice Jesucristo, os dará todo lo que le pidais en mi nombre. Tal es la petition que hacemos por medio de este adorable sacrificio; pues Jesucristo, que en él es la víctima, el Sacerdote y el mediador, se encarga de llevar nuestros votos y peticiones ante el trono de su Padre celestial. ¿Qué confianza no debe inspirarnos esta angusta mediacion, esta infalible promesa? Cuando os acercais pues al sacrificio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, pedid y recibiréis: *petite, et accipietis*: pedid un arrepentimiento sincero, y un verdadero dolor de vuestras culpas; pedid un temor saludable, que os haga huir las ocasiones de ofenderle; pedid luz para marchar por entre los escollos de esta vida; pedid auxilios para vencer las pasiones que os dominan; pedid el espíritu de

caridad, la humildad de corazón, la paciencia en los trabajos, la conformidad con la voluntad divina; todo os será concedido por el Padre: *dabit vobis.*

Nosotros pedimos, dicen algunos, y nada recibimos. ¿Sabeis por qué, señores? porque pedis mal, dice el Espíritu Santo: *petitis, et non accipietis, eò quod male petatis.* Pedis con disipacion de espíritu, con tibieza de ánimo, con una tímida desconfianza, que os hace indignos de las liberalidades del Señor. Si por el contrario animárais vuestra fe, poniendo en Dios vuestra confianza, alcanzaríais todo lo que pidiérais digno de la gloria del Señor, de vuestra salud eterna, y bien de vuestros hermanos. No dudeis, hombres de poca fe. Dios no puede faltar á sus promesas. El sacrificio del Cuerpo y Sangre de vuestro mediador será para vosotros una copiosa fuente de dones y bendiciones, con que podréis

proceder de claridad en claridad, hasta que lleguéis á gozar de la luz inaccesible.

¿Qué mas? Digámoslo de una vez para consuelo nuestro. Por medio de este santo sacrificio nos aplicamos, dice un célebre orador, todo el mérito, todo el fruto de la pasion de Jesucristo. Por manera, que al ofrecerse víctima en este sacrificio, me parece le oigo repetir lo que dijo á sus discípulos la noche de la Cena: por vosotros voy á derramar esta Sangre: *hic est Sanguis, qui pro vobis fundetur.* ¿Qué de bendiciones pues, qué de dones no debemos esperar de semejante sacrificio? ¿Y con qué acciones de gracias no deberémos corresponder á tan inefables beneficios? ¿Qué retribuiremos al Señor por ellos?

¡Ah! yo no dudo deciros, despues de S. Agustin, que Dios no puede esperar de nosotros ofrenda mayor en accion de gracias, que el

sacrificio de su Hijo, pues siendo Dios como él, corresponde perfectamente á sus bondades; siendo Dios como él, ofrecemos al Señor todo aquello con que puede ser honrado; siendo Dios como él, publicamos las grandezas del Señor todo cuanto pueden ser publicadas; siendo Dios como él, damos al Señor, por medio de este inefable sacrificio, la muestra mas sublime de nuestra religion, el culto mas puro y mas perfecto, y la señal mas clara de nuestra sumision y dependencia.

No abusemos pues, señores, de tan singulares beneficios. Las cosas santas se han de tratar con santidad. Jesucristo, dice el Justiniano, examina desde nuestros altares la vida de todos los que se acercan á su sacrificio. Temblad, sacerdotes de Dios altísimo, temblad y estremeced; tened presente la santidad que exige vuestro sublime ministerio. Acercaos al altar del sacrificio con la

pureza de un ángel, con la preparacion de un santo, para ofrecer á Dios los votos de vuestro pueblo con toda la integridad de un pontífice irreprehensible. Y vosotros los que asistís al santo sacrificio, probaos á vosotros mismos, para conocer el espíritu que os conduce al templo al tiempo de celebrarse estos santos misterios. Acordaos que asistís al sacrificio de un Dios, que se ofrece por víctima de vuestros pecados; sacrificio de honor y gloria para Dios, y de salud para vosotros mismos; sacrificio que repara los derechos del Señor, y que nos prepara sus dones y sus bendiciones; sacrificio en fin que caracteriza nuestra verdadera religion y culto, que pacifica la ira del Señor y el rigor de su justicia, y que respecto de nosotros es la fuente inagotable de las bondades de Dios y de su gracia. Aprovechaos, os ruego, de la inefable bondad, del incompa-



orable amor de Jesucristo en el divi-  
no misterio y sacrificio de su Cuer-  
po y Sangre. Adoradle en espíritu y  
verdad, que digno es este Cordero  
inmaculado, que quita los pecados  
del mundo, de recibir el honor, la  
gloria, la alabanza y la accion de  
gracias por todos los siglos de los  
siglos. Amen. DIXE.



SERMON IV  
DE SACRAMENTO.

Sobre la Comunión sacrílega.

*Qui manducat et bibit indignè, ju-  
dicium sibi manducat et bibit, non  
dijudicans Corpus Domini. Ad Co-  
rint. c. XI.*

El que come y bebe indignamente,  
come y bebe su juicio, porque  
no juzga como debe del Cuerpo  
del Señor.

SEÑORES:

Con estas fulminantes palabras pre-  
tende el apóstol de las gentes sepa-

rabable amor de Jesucristo en el divino misterio y sacrificio de su Cuerpo y Sangre. Adoradle en espíritu y verdad, que digno es este Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, de recibir el honor, la gloria, la alabanza y la accion de gracias por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



SERMON IV  
DE SACRAMENTO.

Sobre la Comunión sacrílega.

*Qui manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit, non dijudicans Corpus Domini. Ad Corinth. c. XI.*

El que come y bebe indignamente, come y bebe su juicio, porque no juzga como debe del Cuerpo del Señor.

SEÑORES:

Con estas fulminantes palabras pretende el apóstol de las gentes sepa-

rar de la sagrada mesa eucarística á los que osan acercarse á ella sin haberse probado antes á sí mismos, y preparado con las debidas disposiciones para recibir tan alto Sacramento. Crimen exécrable y superior á todo crimen, por la atroz injuria que infiere á Jesucristo, y por el terrible juicio de condenacion que trae consigo. Con los demas pecados irritamos al soberano Juez de vivos y muertos, exponiéndonos á ser víctimas de su ira. Mas las indignas comuniones nos unen de tal suerte é incorporan, para decirlo así, con el juicio de muerte y de condenacion, que parece cerrarnos las vias de reconciliacion y de la paz. No porque sean pecados irremisibles, sino muy difíciles de perdonar, atendido el menosprecio y juicio poco ventajoso de Jesucristo que encierran. Por manera, que la imponderable malicia de la Comunión sacrílega consiste, segun S. Pablo, en no juzgar debi-

damente del Cuerpo del Señor: *non dijudicans Corpus Domini*; y el deplorabile efecto de semejante Comunión consiste en comer y beber su juicio y su condenacion: *judicium sibi manducat et bibit..*

Apoyado sobre estas dos verdades que nos hace presentes el apóstol, os haré ver: I. La atroz injuria que haceis á Jesucristo comulgando indebidamente. II. La que en esta hipótesi haceis á vosotros mismos. A Jesucristo, violando los derechos de su sacratísima Humanidad; á vosotros, cerrando en cierto modo las puertas de su misericordia: dos breves reflexiones que dividen la materia, digna de esta cátedra y de vuestra atencion. Pidamos las luces del Espíritu Santo, postrándonos con sumision ante el augusto Sacramento de nuestros altares, fuente inagotable y origen de toda gracia. *Ave María.*

*Thema ut supra.*

Para formar justa idea de la inexplicable injuria que hace al Cuerpo y Sangre de Jesucristo el que comulga indignamente, basta reflexar por un momento las augustas cualidades que caracterizan al Salvador, atendidos los principios fundamentales de nuestra divina religion. Ésta nos enseña, que lo que recibimos en la sagrada mesa eucarística es un Cuerpo formado por el Espíritu Santo en el vientre virginal de una doncella, unido al mismo Dios, que lo eligió para su templo y santuario; un Cuerpo que unido hipostáticamente á la persona del Verbo eterno, fue ofrecido en sacrificio por nuestros pecados; un Cuerpo, cuya preciosa Sangre obró nuestra reconciliacion y redencion; un Cuerpo,

que unido indisolublemente á la Persona del Hijo, ha sido elevado y exáltado á la diestra del Padre, colmado de honor en el esplendor de los santos; un Cuerpo, que lo es del Unigénito de Dios, verdadero Dios y Hombre, que habiendo amado á los suyos, quiso amarlos hasta el fin, quedándose Sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. ¡Qué respeto pues! ¡qué veneracion! ¡qué homenages! ¡qué sinceras adoraciones! ¡qué morada tan pura no exige de justicia un sujeto que encierra corporalmente todos los tesoros de la Divinidad! como se explica S. Pablo.

¿Y es este ¡ó mi adorable Salvador! el juicio que forma el pecador sacrílego de la dignidad y santidad de vuestro Cuerpo, sacrificado por amor al hombre? ¿Prepara en su corazon digna habitacion al Cuerpo de un Dios Hombre, á quien el Padre ha exáltado y colocado á

su diestra, dándole un nombre superior á todo nombre, á quien hincan la rodilla los cielos, la tierra y los infiernos? ¡Ah! temblad y estremeceos los que osais acercaros á este sagrado convite del Cuerpo y Sangre de Jesucristo sin el vestido nupcial; es decir, sin las debidas disposiciones para recibir tan soberano alimento.

¿Pero qué digo? Vosotros habeis arrojado todos los sentimientos de veneracion y de respeto que debia excitar en vuestra alma un Cuerpo tan santo; habeis menospreciado los movimientos de gratitud y de reconocimiento ácia el Cuerpo de un Señor que fue tan maltratado solo por vuestro amor; habeis abandonado los deberes mas sagrados y las leyes inviolables de adoracion y de homenaje, de sumision y dependencia de tan liberal y soberano bienhechor; vosotros, para decirlo de una vez, no habeis juz-

gado dignamente del Cuerpo del Señor: *non dijudicans Corpus Domini*; y hé aquí el funesto origen de la gravedad de vuestra culpa, que os hace cómplices del crimen de Judas.

¡Sacrílego pecador! ¿No ves con los ojos de la fe en este adorable Sacramento el Cuerpo de Jesucristo; Cuerpo que el Verbo tomó, no de aquella tierra maldita en nuestro primer Padre Adán, sino de una tierra bendita y virginal, tierra immaculada, exenta de toda mancha, á quien el Señor habia concedido por primicias la plenitud de su gracia? ¿Cómo no tienes respeto y veneracion á un Cuerpo, que formado por el Espíritu Santo en el seno de una Virgen, despues de haber sido maltratado, muerto y sepultado por la salud del hombre, le ha resucitado Dios y le ha exáltado sobre un trono, cuyo esplendor deslumbra á las mas altas inteligencias, que se postran rendidas para

prestarle el debido homenaje de adoracion? ¿Cómo no respetas un Cuerpo donde habita corporalmente la plenitud de la Divinidad, y donde ha fixado Dios su tabernáculo ó propiciatorio de su bondad para distribuir sus gracias? ¿Ignoras por ventura que recibiendo este sagrado Cuerpo en pecado incurres en todas las maldiciones fulminadas por el Señor contra el pecador profano? ¿Ignoras que las cosas santas estan reservadas para los santos, y que la luz no puede tener comunicacion con las tinieblas, ni Cristo con Belial? ¿Ignoras que el pan de los ángeles no debe arrojarse á los perros? ¿Ignoras que es necesario renunciar del pecado para acercarse á esta sagrada mesa? ¿No son estos oráculos que hemos aprendido de nuestros padres en la religion los mismos que menosprecia el pecador sacrílego?

¡O santidad de mi dulce y amabilísimo Salvador indignamente vio-

lada! ¿Vuestro adorable Cuerpo, Señor, introducido con violencia en el templo de Dagón, sirviendo de objeto de menosprecio, dice un sabio, entre las aclamaciones del ídolo? ¿Insultada vuestra Humanidad sacratísima á presencia de un tabernáculo de iniquidad, donde se ofrece incienso á Moloch; esto es, al pecado? ¿Son estas las delicias que os prometiais entre los hijos de los hombres? ¡Ah! su ingratitude trastorna todas las ideas de veneracion y todos los sentimientos de reconocimiento que la religion nos inspira en orden á un Cuerpo sacrosanto, que ha sido sacrificado por nuestra salud.

¡Qué vergonzosa confusion, señores! ¿Qué se os dice al repartiros este sagrado pan del cielo? Hé aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Al oír estas palabras todo el que está penetrado de lo que debe á Jesucristo, no con-

tento con reconocer su iniquidad propia, su original vileza, trae á la memoria lo que debe á aquel sagrado Cuerpo, los tormentos que sufrió, la Sangre que derramó por la salud del hombre. Despues de haberlo recibido lo adora como á origen de su felicidad y gage de su reconciliacion con el Padre; se arroja á sus pies, y bañado en lágrimas derrama su corazon en la divina presencia, derretido como una blanda cera por el calor del fuego. Mas el pecador sacrilego nada halla en este Cuerpo que excite su confianza, que mueva su piedad, que despierte su gratitud. La fe nos dice que es un manantial de gracias, y él lo convierte en una fuente de maldiciones. Su pecado forma en él un corazon ingrato, que olvidado del beneficio de su redencion á nada aspira, nada pide, nada sacrifica á Jesucristo en accion de gracias por su inefable amor.

¿Pero qué digo? Paréceme veo á este Señor de Magestad haciendo resistencia por no entrar en una habitacion tan indigna, en un pecho poseido del demonio; paréceme oirlo clamar al Padre Eterno: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz de amargura; paréceme oirlo decir, como en otro tiempo á sus discipulos: hé aqui el traidor que viene á entregarme en manos de los pecadores; ya está sentado á la mesa, poseido de la mas negra perfidia, á cubierto de algunas muestras de hipocresía: *ecce appropinquat qui me tradet*; paréceme oirlo decir lo que á Judas en el momento que consumaba su traicion: ¿entregas así con un ósculo de perfidia al Hijo del Hombre? ; O Dios de suma bondad y mansedumbre, que por no des-acreditar al hombre os entregais á su discrecion, sufriendo tan atroz injuria!

¿Mas ay, señores, de aquel por

quien el Hijo del Hombre fuere asi entregado, profanando sacrilegamente su sacratísimo Cuerpo y Sangre! ¿Cuánto mejor le estuviera no haber jamas existido, que venir á ser reo del Cuerpo y Sangre del Señor, como se explica el apóstol? ¿Temblad, pecadores sacrílegos; estremeceos al oír una expresion tan terminante, tan extraordinaria y enérgica! ¿Qué otra cosa, os ruego, significa, sino que renovais la crucifixión de Jesucristo, haciendo á su adorable Cuerpo y Sangre en la mesa eucarística los mismos insultos y oprobrios que sobre el Calvario le hicieron los judíos?

Es verdad que Jesucristo no puede ya ni puede padecer, porque después de haber resucitado no puede ya morir, como dice el apóstol, ni la muerte le puede ya dominar. ¿Pero quién duda que el pecador, cuanto está de su parte, le vuelve á insultar y crucificar, como dice

S. Pablo? *Rursus crucifigentes.* ¿Quién duda, me atrevo á añadir, que el Señor tiene derecho con mas amargura del insulto cometido por el pecador sacrílego, que del atentado de los judíos cuando le cubrieron de ignominia? Si ellos en efecto le hubieran conocido, nunca, dice el apóstol, le hubieran crucificado. Mas el pecador sacrílego que se atreve á recibirle en mala conciencia, cree que este pan del cielo es el verdadero Hijo de Dios, luz de la luz, Dios verdadero de verdadero Dios, esplendor de su gloria, figura de su substancia, viva imágen de su Divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de esencia y Trinidad de Personas. Confiesa que tomó carne en el vientre virginal de una doncella por obra del Espíritu Santo.

¿Qué mas? Confiesa que vivió y conversó entre los hombres por



espacio de treinta y tres años, dándonos saludables documentos, sanando cojos, ciegos y tullidos, curando endemoniados, resucitando muertos, y poniendo los primeros y eternos cimientos de su iglesia. Cree que este verdadero Dios y Hombre fue perseguido, insultado, crucificado y muerto por redimirnos del pecado y reconciliarnos con el Padre. Confiesa asimismo que por efecto de su liberalidad y de su amor se dignó quedar Sacramentado entre nosotros hasta el fin de los siglos, para darnos por vía de alimento en esta sagrada mesa todo lo que es en sí, su Cuerpo, su Alma, su Divinidad, sus atributos, á fin que podamos ser por gracia una cosa con él mismo, como él lo es por esencia con su Padre celestial. El que confiesa pues y cree todas estas verdades fundamentales de la religion, y osa sin embargo recibir indignamente este adorable Sacramento, ¿no

hace la mayor injuria á Dios? ¿No insulta el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, con mas perfidia aún que los mismos judíos? ¿No es reo del Cuerpo y Sangre del Señor, como se explica el apóstol? ¿Su crimen sacrilego no es el mismo que el de Judas?

¡Ah! temed, hombres insensatos, temed acercaros indebidamente al arca, como decia Josué á los hijos de Israel. Santificaos, probaos á vosotros mismos; no os acerqueis indignamente á esta sagrada mesa: *omnia sancta sanctis*. Las cosas santas se deben tratar con santidad, y el pan de los ángeles no ha de arrojarse á los perros. El que cometa una tal injuria, no solo será reo del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, sino que se atraerá á sí mismo el juicio de su condenacion eterna: *judicium sibi manducat, et bibit*: segunda reflexion de este discurso, que paso á exponeros con brevedad. Seguidme atentos.

II. Si hubiera de tomarse á la letra, como se explica un sabio, el oráculo del apóstol sobre la materia, todo era desesperado para el pecador sacrilego: *qui manducat, et bibit indignè, iudicium sibi manducat, et bibit.* El que come y bebe indignamente, come y bebe su juicio. Parece á primera vista quiere decir S. Pablo que el pecador sacrilego está ya juzgado, y que sin esperar la sentencia que al fin de sus días debe decidir de su suerte, su destino eterno está ya arreglado. Mas no es este el riguroso sentido de las palabras del apóstol; pues entonces inducirían á desesperacion al pecador sacrilego, contra la mente de Dios, que ha jurado no quiere la condenacion de ninguno. Prescindiendo por ahora de las diversas sentencias de los padres y expositores, digo que S. Pablo solo quiso anunciar los efectos ordinarios de la Comunion sacrilega.

Ésta en efecto conduce al pecador, como por la mano, á la impenitencia final por medio de una cierta especie de languidez que le adormece en el pecado. Asi lo insinúa el mismo apóstol: *ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.* Permite Dios que enfermen y se debiliten espiritualmente los sacrilegos, dexándolos caer en una especie de sueño y de modorra que los hace como insensibles á la infelicidad de morir en su pecado; pues aunque el Señor no les niegue sus auxilios, permite no obstante que ellos por medio de esta languidez y sueño se obstinen contra la gracia, que podria reducirlos del estado de muerte al de vida. En el castigo de Judas, este primer profanador del augusto Sacramento de nuestros altares, hallamos una justa idea de lo mucho que debemos temer acercarnos indignamente á esta sagrada mesa. Aquel pérfido disci-

pulo fue de resultas abandonado á su sentido réprobo, y en este abandono incurrió en la desesperacion. ¿Porqué no deberá temer igual suerte el pecador sacrilego, no siendo inferior su crimen? Reflexemos.

Grande fue la avaricia de este malvado discípulo, á quien S. Juan llama ladrón por su demasiada adhesion al dinero; grande fue su delito en acceder al detestable proyecto que le inspiraba el infierno de entregar á su Maestro, grande el crimen de preguntar al Salvador, á quien sabia era todo manifesto, si era él el que habia de venderlo; gran maldad haber despreciado en esta ocasion los auxilios del Señor. Pero en medio de tan graves crímenes, Dios que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane, trabajaba aún por su salud. Mas él añade á sus delitos la sacrilega temeridad de participar indignamente de la Cena del Cordero

de Dios; que fue como poner en cierto modo el sello de su reprobacion. De pecador de fragilidad y de flaqueza quedó convertido en pecador de malicia y de perfidia, poseido y dominado por el espíritu de tinieblas: *post bucellam introiuit in eum satanas.*

¿Y no es, os ruego, este mismo el crimen del que se acerca indignamente á esta sagrada mesa? ¿No recibe á un mismo tiempo el Cuerpo de Jesucristo y el espíritu de satanás? ¿El Cuerpo del Señor, como un discípulo rebelde que sacrifica á su Maestro, posponiéndole al ídolo de su pasion favorita; y el espíritu de satanás, como un vasallo fiel que reconoce su dominio y obedece sus órdenes? ¿Qué mucho pues si en pena de tan sacrilego atentado le abandona el Señor? ¿Cuánto debe temer le dexé entregado como á Judas á la malignidad y perfidia de su corazón! ¿Ay de ellos, dice Dios

por su profeta, cuando de ellos me apartare; cuando retire mis gracias; cuando los abandone á sus deseos; cuando se obstinen y caigan en un sentido réprobo!

En vano me cansaria yo en representaros las terribles consecuencias de semejante abandono. Un Dios cargado de prisiones, cubierto de salivas y afrentas, aplicado al suplicio mas ignominioso, condenado á la muerte mas cruel y vergonzosa, ¿no fueron estos los frutos de la primera Comunión sacrílega que se hizo en el mundo? ¿Y no son substancialmente estos mismos los que diariamente se reproducen por medio de las comuniones indignas? ¡Ah! ¿cuántos de resultas de no tratar debidamente este augusto Sacramento viven olvidados de su último fin, del terrible juicio que les espera, y abandonados enteramente á sus pasiones, sin que nada los contenga en las sendas de su iniquidad?

En efecto, el que no teme acercarse sin la debida disposicion á esta sagrada mesa, brevemente hace que su fe y su conciencia enmudezcan. De un abismo pasa á otros, formándose una monstruosa cadena de pecados, y declarando en sus obras una guerra abierta á Jesucristo y á las máximas de su evangelio. A imitacion de Judas recibe en la sagrada Cena el pan de los ángeles, y sale de ella con el corazon de un demonio, dispuesto á todo lo malo, y pronto á cometer los mas graves delitos, como se explica el Justiniano. Jesucristo se descarga en cierto modo de estos sacrílegos profanadores de su Cuerpo, los maldice en su furor, y los entrega al espíritu de sataná, volviendo á veces la espalda á estos traidores por la subtraction de su gracia. De aqui proviene que los que comulgan indignamente cometen mas graves delitos, son mas obstinados en el mal, y

110 SERMONES

mas tardos en la enmienda de su vida, dice el mismo Justiniano: *binc est, quod sumentes indignè, graviora præ cæteris peccata committunt, et pertinaciores in malo, et ad emendationem vitæ sunt tardiores.*

Ministros del Altísimo, fieles dispensadores de Dios! Vosotros sois testigos fidedignos de estas terribles verdades. ¿Qué pecadores hay en el mundo que renueven con mas frecuencia el atentado y desesperacion de Judas que los que se acercan indebidamente á la sagrada mesa? ¿No experimentais diariamente que por no manifestar su pecado y sujetarse á las leyes inviolables del sacramento de la reconciliacion son innumerables los que por no perder su opinion, su empleo, su costumbre, su manejo, sus vicios y sus placeres, por detestables que sean, se sientan como otros tantos Judas á la mesa del sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo, ultrajándole y

VARIOS. 111

cubriéndole de oprobrios en el Sacramento de su amor? ¿A cuántos habeis hallado que despues de su primera Comunión sacrilega han añadido otras muchas, acumulando pecados sobre pecados, sacrilegios sobre sacrilegios, cuya vida no ha sido otra cosa que un tejido de impurezas y de profanaciones del Cuerpo del Señor? ¿Ah cuánto es de temer que la vergüenza misma que ha cerrado sus bocas durante su vida los haga tambien mudos en la hora de su muerte, y que el pan sagrado, que sirve de viático al justo, se convierta en una especie de espada que penetre mortalmente el corazón de estos pecadores, como se explica S. Cipriano!

Oxalá, señores, que en orden á vosotros, sea todo lo dicho puras amenazas de quien teme y se interesa por vuestra salud eterna. Mas no perdais, os ruego, no perdais jamás de vista los efectos terribles

de una justicia que debe sostener los derechos inviolables y la gloria de Jesucristo. Ni olvideis que el que come y bebe indignamente este adorable Cuerpo y Sangre, come y bebe su juicio por el desprecio con que trata este divino Sacramento, haciéndose cómplice del delito de Judas, y reo del Cuerpo y Sangre del Señor: *qui manducat, et bibit indignè, reus erit Corporis et Sanguinis Domini.... Judicium sibi manducat, et bibit, non dijudicans Corpus Domini.*

Para evitar pues semejante infelicidad, antes de acercaros á esta sagrada mesa probaos á vosotros mismos, como os intima el apóstol. Considerad que encierra todos los tesoros de la Divinidad el que vais á recibir. Preparadle digna habitación en vuestra alma, si no quereis incurrir en el terrible juicio de vuestra condenacion. Lavaos con lágrimas de una sincera penitencia. Aban-

donad las sendas anchas de la iniquidad, y apresuraos a entrar por el camino estrecho de la salud. Tratad con santidad las cosas santas para no ser reos del Cuerpo y Sangre del Señor. Purificad vuestras manchas en el sacramento de la reconciliacion para acercaros con la debida pureza á recibir el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, vuestro Dios, vuestro Padre, vuestro Salvador, vuestro mediador, á quien se debe todo el honor, la gloria, la virtud y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

## DISCURSO

sobre la recta administracion de justicia, para apertura de un tribunal.

*Diligite justitiam qui judicatis terram. Sapient. I.*

Jueces de la tierra, amad la justicia.

## SEÑORES:

Con estas breves palabras dirigidas á los jueces y magistrados, les intima el Espíritu Santo el principal de sus deberes. Éste consiste en el amor á lo justo, no solo con

respecto á Dios, sino tambien en órden á nosotros mismos y á nuestros hermanos. Dad, dice Jesucristo, dad á cada uno lo que le pertenece; á Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar. Hé aquí todo el fondo de la recta administracion de justicia, el grave, el honorífico ministerio que el Señor les ha confiado. Ministerio verdaderamente terrible, y que los hace responsables á Dios y á los hombres; á Dios, porque es precepto suyo riguroso; y á los hombres, porque de su cumplimiento pende la salud del pueblo. Estos dos poderosos motivos deben sin duda estimularlos á velar incessantemente sobre la administracion de justicia. Yo no haré mas que exponerlos brevemente, así para instruir ó confirmar á los magistrados en las justas ideas de amor á la justicia, como para hacerlas transcendentales á todos los subalternos, de quienes no rara vez depende el

error ó el acierto de los jueces. La materia es interesante y exige vuestra atencion. Animad; ó Dios! mis palabras para que á todos inspire el amor á lo justo.

Justo es el Señor, dice el real profeta, y amó la justicia: su divino rostro tuvo en consideracion la equidad; y en la consumacion de los siglos, sin acepcion ni distincion de personas dará á cada uno lo correspondiente á sus obras. Con arreglo pues á esta su sabia é invariable economía impuso principalmente á los jueces el precepto de amar la justicia, sin atender á personas ni á respetos humanos; precepto importante, de cuya observancia el Señor se complace, y cuya inobservancia castiga.

¿Qué cosa en efecto hay mas agradable á Dios que la recta administracion de justicia? Ella es el principio del buen camino, dice el sabio en los proverbios; ella con-

duce al fin último; y es mas aceptada, añade, á los ojos de Dios que aun los mismos sacrificios, porque la justicia íntegra es una virtud máxima. El que la sigue será amado del Señor; y si tal vez cayere como frágil, no se hará pedazos, porque Dios, segun David, lo sostendrá con su mano. Esto procede, como reflexiona un politico, de que la justicia es una virtud general y única á cierto respecto, que produce las demas.

¿Avanza por ventura en esta asercion alguna paradoxa? ¡Ah! No es la justicia, como se explica san Anselmo, la que atribuye á cada uno su propia dignidad, al mayor la reverencia, la concordia al igual, al menor la disciplina? ¿No preparará la libertad del ánimo, para dar á Dios la obediencia, la santificacion á sí mismo, el perdón al enemigo, y el socorro al indigente? ¿Cómo puede el Señor dexar de complacerse



al ver executadas exáctamente sus órdenes?

Es verdad que á veces es necesario usar con los malos de todo el rigor de justicia: ¿mas quién ignora que se complace Dios en esto mismo? ¿Á quién puede ocultarse el memorable suplicio de Acám, executado por Josué de orden del Señor? Tomó, dice el sagrado texto, tomó la plata que aquel infeliz habia escondido, la capa de grana, la regla de oro, á sus hijos é hijas, bueyes, jumentos, ovejas, el tabernáculo ó tienda con todas sus alhajas, y conducido al valle de Achor fue apedreado por Israel, y todo reducido á cenizas. ¿Qué pensais de este castigo al parecer inhumano? Por él calmó la ira de Dios con su pueblo.

¿Qué mas? Cuando Israel fue iniciado, mezclándose con las madianitas, dixo el Señor á Moisés: prende á todos los príncipes del pue-

blo, y suspéndelos contra el oriente para que yo aparte mi furor de Israel. Este magistrado íntegro, el mas compasivo y manso de los hombres, dió inmediatamente orden que cada uno quitase la vida á sus próximos iniciados en Beelfegor, cuyo número de víctimas ascendió á veinte y cuatro mil. Fue en esta ocasion misma cuando resplandeció el zelo de Fineés quitando la vida al israelita que habia entrado públicamente en el lupanar y á la muger cómplice en el delito. Accion tan agradable al Señor, que dixo á Moisés: Fineés, hijo de Eleázaro, ha apartado mi indignacion de Israel, y su zelo me ha impedido acabar con todo el pueblo. El origen de este rigor consiste en que Dios es justo y ama la justicia, como David se explica, fulminando castigos contra quien no la observa.

¿De dónde, os ruego, la muerte desastrada de la descendencia de

Saúl? Del amor á la justicia, y en castigo de la tiranía que él habia usado con los gabaonitas, quebrantando el pacto y juramento que Israel les habia hecho. ¿No vinieron sobre el pueblo tres años de furiosa hambre en pena de este atentado? ¿No fue necesario que David para desarmar la cólera de Dios dexase á la eleccion de los gabaonitas el castigo de tan exécrable maldad? ¿No pereció de consiguiente toda la descendencia de Saúl, excepto Mifiboseih, hijo de Jonatás, en fuerza del juramento que á éste habia hecho el rey profeta?

¿A quién, señores, no causará terror la expresion fulminante de un profeta al rey Acab? Habia éste, contra el orden de Dios, concedido la vida á Benadab, rey de Siria, y en castigo le intimó el profeta este oráculo del Señor: porque perdonaste á un hombre digno de muerte, pagarás con tu vida la suya, y tu

pueblo por el suyo. Tanto hay que temer de no observar exáctamente la justicia.

Animados de estas ideas, que son las de la religion, de la moral y de la conservacion del bien público, gobernaron y fomentaron sus estados los Recaredos, los Sisibutos, los Ramiros, los Alfonsos, los Fernandos, las Isabeles, gobernando sus acciones por el nivel de la justicia, para exemplo de sus jueces y magistrados subalternos. Baste por ahora traer á la memoria la conducta del santo rey Fernando con Rui Diaz, señor de los Cameros; con Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, y otros muchos grandes de su reino. Baste la execucion de Henrique III con los Guzmanes y Ponces de Leon en Sevilla. Baste para no cansaros la inflexible fortaleza de Fernando V de Aragon, y de su esposa doña Isabél la católica, en administrar la justicia á

todos sus pueblos, sin acepcion de personas, conociendo que Dios asi lo ordenaba, que en ello se complacia, y que en esto principalmente consistia la felicidad de sus estados.

II. La justicia, señores, es para decirlo asi, el alma de las repúblicas. Con ella viven, se aumentan y conservan; sin ella se arruinan y perecen. Como el alma racional da vida al cuerpo humano, y sin ella queda este reducido á un miserable cadáver; del mismo modo un reino sin justicia es un caos horrible y un abismo de confusion. El cuerpo político que no anima la justicia, se reduce bien presto á corrupcion; es decir, abunda en homicidios, latrocinios, dolos, monopolios, perjurios y todo género de inmundicias. Donde la justicia falta, ¿qué lugar tendrá la inocencia? dice un sabio; ¿qué cosa habrá mas miserable que el desvalido? ¿qué cosa mas cruel que el poderoso?

¿qué orden, qué respeto, qué piedad podrá haber entre los hombres?

Representaos, señores, una república sin justicia, y veréis una nave sin piloto, entregada en alta mar á la inconstancia de las olas; un caballo indómito sin freno, expuesto á los precipicios; una ciudad sin muros, expuesta á las incursiones del enemigo. ¿Qué sería pues de un estado en que faltase la recta administración de justicia y el vigor de las leyes, este vínculo fuerte, este lazo indisoluble de los miembros de una república? Ésta vendria necesariamente á su ruina. Faltaría la equidad, la paz de los pueblos, el asilo de la plebe, la seguridad de las familias; prevaleceria la ley del mas fuerte, y quedaria todo expuesto al furor de la anarquía. Roma en los tiempos de Mario y Sila, y España en los de Witiza y Rodrigo, nos hicieron palpables los tristes efectos de la falta de justicia.

¿No experimentamos entonces (y quién sabe si también ahora) el cumplimiento del oráculo del Espíritu Santo intimado por el eclesiástico? Los reinos, dice, se pierden y pasan de unas gentes á otras por las injusticias, las injurias, las contumelias y los diversos dolos. Menospreciada la justicia, reina la tiranía, falta la equidad, y todo es confusión y desorden. Al príncipe, al magistrado que no zela esta virtud, da el eclesiástico el despreciable nombre de necio; el cual, dice, pierde el pueblo, y las ciudades quedarán sin habitantes por el mal juicio de los poderosos que le aconsejan.

Nadie en efecto ignora que perecieron mas reinos y repúblicas á manos de la injusticia, que baxo la espada de sus enemigos. Grecia, la célebre y formidable Grecia, solo vino á su ruina cuando sus dinastías abandonaron la justicia. Roma,

la invencible Roma, la domadora de las gentes, en tanto permaneció, dice S. Agustín, en cuanto fue gobernada por sabios, que no abandonaron la justicia, ni aceptaron personas.

Queriendo pues Dios preservar á los jueces de semejante debilidad criminal, les dice en el deuteronomio: si te persuadieren tu hermano ó tu sobrino, tus hijos ó tus hijas, aun tu propia muger que descansa en tu pecho, ó tu amigo á quien amas con ternura, que te apartes del camino de la verdad, no los oigas; antes sí castígalos hasta verter su sangre. Tan inflexible debe ser el magistrado en la administración de la justicia, que en caso necesario dé la vida por ella, segun la expresion del eclesiástico. Su diestra debe estar siempre armada de esta virtud excelente, como David se explica. Virtud tan recomendada en las divinas letras, que á cada

paso se intima á los que mandan, como fundamento único de la subsistencia de un imperio. El rey justo, el magistrado, decia Salomon, da vida á la república, y el avaro la destruye: el que juzga conforme á la ley á los pobres, su trono permanecerá eternamente, y el necio perderá sus pueblos.

Tan estrechos son, señores, tan inviolables los vínculos que os ligan á la justicia, y tan funestas las consecuencias que trae consigo la falta de su recta administracion. ¿Qué responderéis pues á Dios, cuya causa tratáis, al rey. (el Señor le guarde), en cuyo nombre juzgais, y cuya autoridad en esta parte exercéis; al pueblo, cuyos intereses os estan confiados, si por una criminal desidia, por humanos respetos ó por un vil interes abandonais los sagrados é inviolables derechos de la justicia? Vosotros en la hipótesi seriais reos abominables de lesa Ma-

gestad divina y humana, si autorizados para sostener y promover la causa de Dios y la felicidad de los pueblos, abandonáseis aquella, y cooperáseis á la ruina de estos.

Disimulad, señores, si transportado del zelo de la justicia he declamado un momento contra sus violadores. ¿Pero qué digo? ¿No lisonjeo con esto las ideas de los jueces íntegros, cuyos prudentes juicios y amor á lo justo son una sólida confirmacion de mis máximas? ¿No deben estas mirarse como una ingénua alabanza de los que no necesitan correccion? ¿No deberá servir á todos los verdaderos amadores de lo justo de la mayor satisfaccion ver apoyada su conducta sobre las verdades eternas? Amad pues la justicia, jueces de la tierra, amad la justicia, no solo porque es precepto de Dios, que se complace en su observancia, y castiga con severidad su infraccion, sino porque de

esto depende la felicidad ó infelici-  
dad de los pueblos y la vuestra.

DIXE.



## DISCURSO II

sobre la recta administracion  
de justicia.

*Nolite facere iniquum aliquid in ju-  
dicio, in regula, in pondere, in  
mensura. Statera justa, et æqua  
sint pondera, justus modus, æquis-  
que sextarius. Ego Dominus Deus  
vester. Levit. XIX. 35. 36.*

Ninguna iniquidad cometáis en el  
juicio, en la regla, en el peso,  
en la medida. Sea justa la balan-  
za, justas las pesas, justo el mo-  
do y justo el precio. Yo el Señor  
Dios vuestro.

SEÑORES:

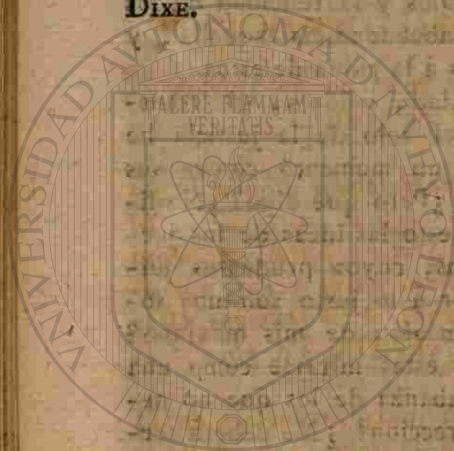
Así habló Dios á Moisés, á sus  
conjuéces y á todo el pueblo de Is-

Tomo XII.

I

esto depende la felicidad ó infelici-  
dad de los pueblos y la vuestra.

DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DISCURSO II

sobre la recta administracion  
de justicia.

*Nolite facere iniquum aliquid in ju-  
dicio, in regula, in pondere, in  
mensura. Statera justa, et æqua  
sint pondera, justus modus, æquis-  
que sextarius. Ego Dominus Deus  
vester. Levit. XIX. 35. 36.*

Ninguna iniquidad cometáis en el  
juicio, en la regla, en el peso,  
en la medida. Sea justa la balan-  
za, justas las pesas, justo el mo-  
do y justo el precio. Yo el Señor  
Dios vuestro.

SEÑORES:

Así habló Dios á Moisés, á sus  
conjuéces y á todo el pueblo de Is-

Tomo XII.

I

rael en ocasion de intimarles los preceptos morales y judiciales de su gobierno teocrático; y de las mismas palabras no dudo yo valerme para reconvenir en esta hora á todos aquellos á quienes por oficio pertenece la administracion de justicia, para que concurriendo unánimes al fiel desempeño de ella, den á Dios lo que es de Dios, al cesar lo que es del cesar, y á cada uno lo que es suyo. Esta es la primera obligacion asi de los príncipes y magistrados que exercen su autoridad en nombre del Señor, por quien reinan y administran el sagrado depósito de la ley, y tambien de los subalternos, á quien está confiada la indagacion y averiguacion de los hechos, como asimismo las citaciones, emplazamientos y demas diligencias relativas á descubrir el derecho de las partes, y que son en cierto modo la base ó fundamento en que se apoya la administracion de la justicia.

Si logro pues inspiraros hasta el convencimiento estas irrefragables máximas de nuestra moral y profesion, creeré haber llenado en esta parte mi deber á honra y gloria de Dios, á beneficio de la patria y en obsequio del soberano que confia la felicidad de sus pueblos al celo é integridad de sus ministros. Ni es necesario fatigarse mucho para concebir la suma importancia de estas verdades. Sus ideas son por sí tan óbvias y luminosas, que solo podrá desconocerlas el que esté privado de sentido comun, ó poseido de alguna de aquellas violentas pasiones que ofuscan el ánimo y obscurecen el entendimiento.

En efecto, con solo reflexar por un momento sobre el vinculo indisoluble que tiene la justicia que os está confiada con las inviolables leyes de la caridad que os impone en calidad de jueces, bastará para conocer por principios las obligacio-



nes esenciales de vuestro ministerio, los obstáculos que pueden impedir ó retardar su fiel execucion, y el método fácil de su recta administracion.

Como tengo el honor de hablar á un tribunal en que abundan los sábios ministros y jurisconsultos, me creo dispensado de hacer larga descripcion de la justicia. Solo expondré brevemente algun otro testimonio de nuestros mayores, que presentan á primera vista las inviolables obligaciones que ella impone á los que la administran. Todos saben que consiste esencialmente en dar á cada uno lo que le es debido; á quien tributo tributo, á quien gabela gabela, á quien honor honor, como dice S. Pablo. Por consiguiente, si da á cada uno lo que es suyo, nada ageno reserva para sí, como reflexiona S. Ambrosio. Por manera, que desprecia su propia utilidad por la equidad comun.

Grabad, os ruego, señores, altamente en vuestros ánimos que el primer respeto de la justicia es á Dios; el segundo se dirige á la patria; el tercero mira á los padres, y el cuarto á todos. Ademas ella excluye toda aceptacion de personas. No considereis la del pobre, dice Dios á los jueces de su pueblo, ni os dexeis arrastrar del respeto de los poderosos, sino juzgad justamente á vuestro próximo. Tan fuertes pues son los vínculos que os ligan á la recta administracion de la justicia que os está confiada, que antes debeis perder la vida que violarla en sus derechos; porque el Señor que nos ha de juzgar á todos nos dice expresamente por el eclesiástico: lidiad por la justicia en favor de vuestra alma, y hasta la muerte combatid por ella; y Dios peleará por vosotros contra vuestros enemigos.

Si no estais, señores, plenamen-

te convencidos de estas ideas que tanto influyen en la substancia del juicio, ¿cómo podréis resistir á una multitud de obstáculos, nacidos de la pusilanimidad de unos, de la malignidad de otros, de la dureza de estos, de la falsa piedad de aquellos, de la intriga y cabala de éste, de la avaricia de aquel, de la desidia en fin de estos, de la felonía de aquellos: obstáculos todos no menos criminales que frecuentes, y que impiden mas de una vez la recta administracion de la justicia, á pesar de la vigilancia de los mas celosos magistrados? Conviene pues que estos, decia Ciceron, tengan siempre á la vista los dos preceptos de Platón; el primero: que de tal suerte promuevan la utilidad de los ciudadanos, que refieran á ella todo lo que hagan, olvidando su propio interes y comodidad. El segundo: que cuiden del cuerpo de la república, no sea que defendien-

do una parte sola; dexen desamparadas las demas.

La patria, señores, es una gran familia, cuya cabeza y gefe es el soberano, á quien Dios ha confiado, y no en vano, segun el apóstol, la espada de la justicia. Este sagrado depósito, que en su nombre y con su autoridad distribuye á los pueblos, os liga á una continua vigilancia; á una constante aplicacion, dirigida siempre al bien de la sociedad, y os impone la estrecha obligacion de celar y promover sus inviolables derechos; os obliga á tomar todas las medidas, á practicar las mas vivas diligencias, sin perdonar trabajo para averiguar la verdad y hacer valer la justicia sin escrúpulo. De otra suerte, ¿qué responderéis á Dios de una infinidad de crímenes que produciria necesariamente la desidia ó falta de integridad en el que administra la justicia, y la indolencia, la infidelidad

ó la codicia del subalterno que prepara y presenta al tribunal los documentos sobre que debe recaer la sentencia? ¿No causaria esta hipotesi un trastorno universal de los derechos? ¿Un abandono total de las leyes y obligaciones mas sagradas? ¿Un exterminio general de la justicia?

Por otra parte, la autoridad pública que el rey (Dios le guarde) os ha dado, y la confianza que respectivamente ha hecho de vosotros, os constituye garantes de la felicidad de sus pueblos por medio de una recta administracion de justicia, á cuya garantía sois obligados no solo por principios de honor, sino tambien por leyes de conciencia. Ella en efecto, si de buena fe la consultais, os declarará reos delante de Dios y de los hombres, asi de los delitos de comision en que hayais incurrido por malicia, como de los de omision, originados

de vuestra desidia ó falta de vigilancia en vuestros deberes. No perdais pues de vista aquellas palabras del eclesiástico: antes de la enfermedad aplica la medicina para preservar al enfermo; y antes del juicio preguntate á ti mismo si tienes el caudal de prudencia, de luz y de caridad que necesitas para juzgar á otros. De este modo te mirará Dios con misericordia cuando comparezcas en su tribunal.

Hé aqui, señores, insinuado ya el método fácil de administrar rectamente la justicia. La caridad mútua, el amor á vuestros hermanos, es el medio indispensable que debeis adoptar, segun la escritura y los padres, para llenar los deberes del ministerio de jueces. La ley de la justicia, dice el sabio, está dispuesta sobre la concordia, y el amor es la custodia de las leyes. La justicia y la paz estan estrechamente enlazadas, segun el real profeta; y

toda la plenitud de la ley se reduce al amor y caridad, como se explican el amado evangelista y S. Pablo.

Mas porque ninguno piense que estriban en generalidades las pruebas de mi proposicion, hagamos una breve induccion sobre los caractéres de la caridad, para conocer su enlace con los de la justicia, tan íntimo, que son inseparables entre sí. La caridad, dice el apóstol, es benigna; y la verdadera justicia debe estar animada de compasion, como se explica S. Gregorio; pues si es demasiado rigurosa, dice S. Agustín, trae consigo el pecado, y solo será perfecta la que modera la templanza. Ni debe llamarse justicia cuando está desnuda de benignidad y misericordia, sino crueldad, segun la expresion del Crisóstomo.

La caridad, añade S. Pablo, no busca su comodidad, sino los intereses de Dios y del próximo. La

justicia, dice S. Ambrosio, desprecia su propia utilidad, posponiéndola á la equidad comun. Aun el mismo Ciceron, que carecia de la luz de la verdadera religion y leyes de su moral, prescribe como un precepto extensivo á todo juez y subalterno que eviten la menor nota ó sospecha de interes propio ó de avaricia.

La caridad, sigue el apóstol, no se irrita ni se dexa poseer del espíritu de ira; y S. Bernardo hablando á los jueces dice: si alguna vez es necesaria la severidad, cuidad que sea paterna y no tiránica; mostraos como madres en el agasajo, y como padres en la correccion. La caridad, concluye el apóstol, todo lo sufre, todo lo tolera, y nunca falta; y la justicia exige por sí misma que aquellos á quienes respectivamente está confiada, ya en calidad de jueces, ó ya de subalternos, toleren el peso del dia

y del calor; es decir, no perdonen á diligencia ni trabajo alguno que estimen conducente al fiel desempeño de su ministerio.

De este vínculo inseparable de la caridad con la justicia necesariamente se infiere que no puede ésta administrarse con rectitud sin que aquella presida en todos vuestros acuerdos, sentencias, provisiones y demas actos relativos á la averiguacion, discusion y conclusion de las causas. No quiere decir esto que dexen impunes los delitos por una falsa y mal entendida piedad. Si algun miembro, en efecto, decia Ciceron, y lo confirma la práctica de los mejores físicos, si algun miembro es nocivo á los demas del cuerpo humano, se corta sin duda; porque es menor inconveniente perezca un miembro que no todo el cuerpo. Del mismo modo en la república, para salvar el todo se debe cortar lo pestilente y corrompido.

Ni olvideis la sentencia que intimó el Señor por su profeta contra Achab por haber perdonado á Benadab, rey de Siria: porque concediste indulto, le dixo, á un hombre digno de muerte, pagarás su vida con la tuya, y tu pueblo recibirá el castigo que el suyo merecia. No son pues las falsas conmisericordias las que deben acreditar la integridad de la justicia, sino la union de los ánimos y la concordia, dirigidas al recto fin de dar á cada uno lo que le es debido segun las leyes; sin perder jamas de vista la del amor mútuo y caridad cristiana, que es el complemento de todas. De otra suerte, recaerá sobre vosotros el terrible oráculo del Salvador cuando anuncia que todo reino entre sí dividido será desolado, y caerá una causa sobre otra. Tema pues incurrir no solo en el ódio sino en la detestacion del Señor el que siembra discordias entre sus hermanos, como

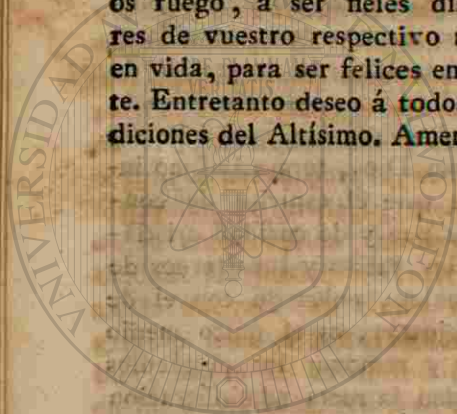
se explica el sabio en los proverbios; y oxalá, señores, sean exterminados los que os turban, como escribía S. Pablo á los gálatas.

Busquemos pues la paz y vamos en pos de ella, como nos exhorta el real profeta; sigámosla de cerca, trabajando en sujetar la razon á Dios, las potencias inferiores á la razon, y todo el hombre á las obras de caridad con los próximos. Esta es la paz, la verdadera paz, fruto del Espíritu Santo, según la expresion de un sabio prelado. ¿Qué de bienes en toda línea, qué de gozós é irreprehensibles alegrías no trae consigo esta paz y concordia, fundada en amor y caridad fraterna? David la compara, por su extraordinaria suavidad, al bálsamo con que se ungian los sacerdotes, y por su grande utilidad al rocío de Hermon, que descendiendo sobre el monte Sión hace pingües y abundantes todos aquellos lugares.

¿Mas para qué me canso y os molesto en inculcar mas unas verdades grabadas altamente en vuestros ánimos, y que solo podrán obscurer los humos de las violentas pasiones del ódio, del interes ó de la envidia? Mientras durare pues la verdad del evangelio, que debe ser eterna como Dios, será asimismo indisputable que el espíritu de concordia, de paz y de caridad cristiana entre los jueces y subalternos de los tribunales, enlazado con el de las leyes justas, es el único medio de evitar y remover los obstáculos que impiden la recta administracion de la justicia. Dirija pues todas vuestras operaciones la caridad, como el Señor os amonesta. Así llenaréis todos vuestros deberes relativos á Dios y á la patria. Así corresponderéis á la confianza que de vosotros ha hecho el soberano al entregaros el depósito de la justicia. Así en fin podréis esperar favora-

144 SERMONES

ble sentencia de vuestra causa cuando seais citados ante el supremo Juez de vivos y muertos. Aspirad, os ruego, á ser fieles dispensadores de vuestro respectivo ministerio en vida, para ser felices en la muerte. Entretanto deseo á todos las bendiciones del Altísimo. Amen. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EN 145 SERMONES

DISCURSO III

sobre la recta administración de justicia.

*Justitia elevat gentem, miseros autem facit populos peccatum.* Prover. XIV. 34.

SEÑORES:

En qué ocasion mas oportuna podria yo hablar en recomendacion de la justicia y recto modo de administrarla, que á presencia de un regio tribunal, tan lleno de ilustracion é integridad? El espiritu de sólida piedad y de amor á la patria, que ha distinguido en todos tiempos á esta esclarecida asamblea, me inst-

Tomo XII.

K

pira una bien fundada esperanza de que no serán insensibles á mi voz. Esta no será otra que la de las leyes mas sagradas y la de la naturaleza misma. La religion de nuestros padres y el bien comun de la patria, cuyo enlace y vínculo ha sido siempre indisoluble, claman de comun acuerdo por la recta administracion de justicia, medio único de su conservacion, aumento y felicidad. La justicia en efecto ensalza la nacion, asi como su transgresion hace á los pueblos miserables, segun la expresion del sabio en los proverbios. No será pues fuera de propósito disertar brevemente:

I. Sobre las ventajas sólidas que la justicia trae á la república. II. Sobre las disposiciones que exige en todos aquellos á quienes está confiado su buen régimen. Proclamamos con la invocacion del altísimo por la poderosa mediacion de su augusta Madre.

II

.III. anno X

La justicia, que esencialmente consiste en dar á cada uno lo que es suyo, es una virtud cardinal, inseparable de la de la religion; y el Señor se sirve de quien la administra como de instrumento para conducir las cosas á sus debidos fines. El principio del buen camino, dice Salomón en los proverbios, y el que conduce al último fin, es hacer justicia; lo cual es mas aceptable á los ojos de Dios que la inmolacion de las víctimas. No hay en efecto cosa que mas agrade, que es obrar en justicia. Ella es el nervio de las repúblicas; con ella viven, se ilustran, se conservan y aumentan. Por manera, que asi como el alma da vida al cuerpo humano, y sin ella seria éste un cadáver sin movimiento ni accion; la república sin justicia seria un caos confuso; y abolidas las leyes mas sagradas, bien presto caeria el estado en anarquía ó sujeto únicamente á la voluntad y



capricho del mas fuerte.

Ademas, como el cuerpo sin alma se corrompe, y viene á ser presa de los mas viles y asquerosos insectos, la república donde no se observa justicia está llena de latrocinios, sensualidades, homicidios, perjuros y toda especie de iniquidades. Donde la justicia falta, dice uno de nuestros mayores sabios, ¿qué lugar tendrá la inocencia? ¿qué cosa mas miserable que el desvalido? ¿qué cosa mas cruel que el poderoso? ¿Qué orden, qué respeto, qué piedad entre los hombres?

Es pues la justicia una preciosa antorcha que luce mas que el sol. Éste brilla solo en el dia; la justicia en el dia y en la noche. El sol se manifiesta únicamente á los ojos corporales; la justicia á los del entendimiento. El resplandor del sol seria muy nocivo á los hombres, á las bestias y las plantas, si la noche no se interpusiera; pero la jus-

ticia en todo tiempo es benéfica, y seria muy perjudicial cualquier momento de intervalo. La razon de esto es, porque la justicia une con estrecho vínculo á todos los miembros de un estado, enlazando con igualdad lo grande con lo pequeño, sin permitir que el poderoso oprima al pobre, ni que éste defraude al rico. Esta justa balanza es tan saludable como necesaria en un estado, y su origen es el mismo Dios, en cuyo nombre reinan los soberanos y administran los magistrados la justicia.

Sin ella en efecto, ¿qué otra cosa seria una república que una ciudad sin muros, un caballo sin freno, un baxél sin piloto, expuesta al arbitrio del enemigo, á la licencia de los apetitos, á las olas de la rebelion, como reflexiona un sabio prelado? Tanta es la fuerza de esta virtud en el príncipe, que como dice en los proverbios, el rey que se

sentare en el solio de la justicia; esto es, que juzgue sin aceptación de personas, solo con su vista oprimirá y disipará todos los males. El principal cuidado de los príncipes, decia S. Gregorio el Magno á Teodorico y Teodoberto, reyes de Francia, consiste en la recta administración de justicia; porque como dice el sabio, el rey justo es vida de la tierra; el avaro la destruye; y el que juzga conforme á la verdad á los pobres, su trono permanecerá eternamente, y sus pueblos serán felices; porque la justicia, como se explica S. Cipriano, es la paz de los principados, el tutelar de la patria, asilo de la plebe, seguridad de las gentes, medicina de los enfermos, gozo de los hombres, consuelo de los pobres, patrimonio seguro de los hijos, y para el que gobierna una segura esperanza de su eterna felicidad. Por esta causa el Espíritu Santo intima tantas veces á

los jueces que obren en justicia, considerando que su juicio debe ser el de Dios, en cuyo nombre exercen la autoridad.

Mas no por esto se imagine a prueba el Señor un sumo rigor en los juicios. No quieras ser demasiado justo, dice por el eclesiastés; para denotar que la templanza debe moderar siempre la justicia, como se explica S. Bernardo. La justicia en efecto sin misericordia no es justicia, dice el Crisóstomo, sino crueldad; asi como la misericordia sin justicia no es misericordia sino fatuidad. La razon es, porque siendo Dios clementísimo sin dexar de ser justo por esencia, quiere que los que reinan y administran la autoridad en su nombre esten animados de clemencia, virtud característica de los que tienen á su cargo la república; pues como dice el sabio, la misericordia y la verdad guardan al rey, cuyo trono se ase-

gura con la clemencia. Bien conoció Fernando el católico la fuerza de esta gran máxima, que fue principalmente la que solidó su imperio. Executó en efecto la justicia; pero con tanta clemencia, que castigando á unos y perdonando á otros, imponía temor con el castigo, y lo benigno de su execucion excitaba el amor, dice un sabio, aun de los mismos que lo padecian. Por manera, que no obraba acto de justicia que no produxese efecto saludable, ni de clemencia que no aumentase el amor y respeto debido á su solio.

“En nada exceso, dice con elegancia un político. Celebrado fue de la antigüedad este mote; porque no parece voz humana sino divina, digna de ser esculpida en las coronas, cetros y anillos de los príncipes. Á ella se reduce toda la ciencia del reinar, que huye de las extremidades, y consiste en el medio de las cosas, donde tienen su es-

fera las virtudes. Una exácta puntualidad y rigor, añade este sabio, mas es de ministro de justicia que de príncipe. No es justicia la que excede, ni clemencia la que no se modera. El poder absoluto es tiranía; quien lo procura procura su ruina. En el gobierno es muy conveniente no tocar en los extremos, porque no es menos peligrosa la remision que la suma entereza y puntualidad. La felicidad civil consiste en la virtud, y ésta en el medio: asi tambien la vida civil y el manejo de los estados, siendo tal el gobierno que le pueden llevar los pueblos, sin que se pierdan por la demasiada licencia, ó se obstinen por el demasiado rigor.” Tal es en suma el carácter de la justicia y el preciso temperamento de clemencia que debe acompañar á su buen régimen.

Con arreglo á estos inviolables principios debemos filosofar acerca

de la conducta que son obligados á observar todos aquellos á quienes está confiada la recta administracion de la justicia, ya sean magistrados ó ya subalternos. Por la brevedad que me he propuesto y lo difuso de la materia, no puedo darla toda la luz de que es susceptible. Contentome pues con apuntar sumariamente las principales calidades de que deben estar dotados los ministros de un tribunal, á quien Dios en el supremo ha de pedir la mas estrecha cuenta del depósito y distribucion de la justicia que les ha confiado. Mis ideas, aunque óbvias y poco brillantes, son las de la ley eterna, apoyadas en la tradicion, en la razon y la experiencia. Oxalá lo-grase yo grabarlas para siempre en el ánimo de todos los individuos de esta ilustre asamblea. ¡Cuán feliz sería la provincia! ¡Cuánto honor no os resultaria del fiel desempeño de vuestros respectivos deberes, así de-

lante de Dios como del Soberano que nos rige en su nombre! Empecemos.

Elige entre toda la plebe, dixo Jetro inspirado por el Señor á su yerno Moisés, elige unos varones fuertes que teman á Dios, que sean veraces y aborrezcan la avaricia, y constitúyelos tribunos, centuriones, quincuagenarios y decanos, para que juzguen al pueblo. Hé aqui en breves, pero enérgicas palabras, las precisas calidades con que deben estar adornados los que administran la justicia. La base fundamental es el temor de Dios, sin el cual ni puede haber juicio recto, ni prudencia, ni verdad, ni sabiduría. El que teme al Señor obra en conciencia, y jamas falta á la justicia que debe á su próximo con deliberacion; porque el temor de Dios, segun la expresion del sabio, aborrece toda maldad, soberbia y arrogancia.

Es pues esta ley divina, como

decía S. Cipriano, la que produce y encamina los buenos consejos de los ministros. Ella sirve de freno á todas las pasiones, y es el principal correctivo de los respetos humanos, que tantas veces trastornan la justicia. ¡Ah señores! permitidme os lo diga con lamento: ¡cuán infeliz sería vuestra suerte eterna, si desnudos del temor de Dios fueseis aceptadores de personas en obsequio de vuestros amigos! Oid, jueces de la tierra, cómo os habla el Señor en el deuteronomio: ninguna diferencia haréis de personas; oid lo mismo al grande que al pequeño; á ninguno acepteis con preferencia, porque el juicio es de Dios. No pareis la consideracion, añade, en la persona del pobre, ni en el respeto del poderoso para dexar de obrar lo justo, porque cuando llegue el tiempo haré juicio de las justicias mismas.

¿Pero qué digo, si aun el mis-

mo Ciceron, siendo gentil y conducido solo por la luz natural, detesta la afectacion de personas á influxo de los amigos? El hombre de bien, dice, nada debe obrar, ya sea contra la república, ó ya contra el juramento y fidelidad prometida, á instancias de la amistad, aun quando fuere juez del mismo amigo; porque de la persona de éste se desnuda quando se viste de la de juez; pues si hubiera de hacerse todo lo que los amigos quieren, estas no tanto deberian reputarse amistades quanto conjuraciones.

La segunda base del recto juicio consiste en la investigacion de la verdad. Revestido el santo Job del espíritu de justicia, y considerándose como padre de los pobres, que es una de las principales obligaciones de un juez, dice, que investigaba con la mayor diligencia la causa que ignoraba; todo á fin de dar á cada uno lo que es suyo: á quien

se debe honor honor, á quien tributo tributo, como se explica san Pablo. Ni para apartarse de la verdad en juicio, dice Dios á los jueces, os debeis aquietar con la sentencia de los malos. Huid de la mentira, añade, ni admitais regalos, que ciegan aun á los prudentes, y trastornan los dictámenes de los justos.

Si la verdad en efecto falta, ó por malicia ó por lisonja, ¿qué expediente podrá darse que no sea un mortal veneno que inficione todo el cuerpo de la república? Ella debe ser estable, de suerte que ni la malicia la pervierta, ni la persecucion la aniquile, ni la adulacion la confunda. Tanto la amaba Epaminondas, gran capitán de los tébanos, que jamas mintió, aun en chanza, como consta de la historia, considerando que su falta obscurece las demas virtudes, y echa por tierra la justicia.

¿Pero qué digo? Si en la instruccion de un proceso falta la verdad, si el vil interes de la codicia la ofusca, la corrompe, la tuerce ó la oculta, ¿cuál será el juicio sano? ¿cuál la sentencia arreglada á las leyes de Dios y del reino? ¿O qué responderéis, señores, de la fidelidad que todos respectivamente teneis jurada al Soberano de la naturaleza y á nuestros reyes en su lugar? Para evitar estos daños, capaces por sí solos de arruinar un estado, exige el Espíritu Santo por precisa condicion en los jueces, que aborrezcan la avaricia, raíz de todos los males.

En efecto, en el corazon donde este vicio capital está de asiento, como dice S. Leon, ningun vestigio de justicia queda. El juez suele hacer entonces de abogado, el abogado de fiscal, el fiscal de patrono, el patrono de acusador, y el que ha de dar la fe autoriza la mentira. Por

esta causa intima el Señor con tanta severidad á los que administran la justicia que no reciban dones; pues estos quitan la vista á los mismos sábios y prudentes, haciéndoles concebir inversas todas las ideas.

Queriendo los tébanos aludir á la integridad y desinterés que deben manifestar todos los que estan encargados del gobierno de la república, representaban á estos en una estatua sin manos; para dar á entender, dice un político, que los jueces de nada deben estar mas ajenos que de recibir dádivas. Si los ministros, dice Saavedra, fuesen como estas estatuas, mas bien gobernados estarian los estados; porque no puede ser gobernado aquel cuyos ministros son avarientos y codiciosos. ¿Cómo será justiciero el que despoja á otros? ¿Cómo procurará la abundancia el que tiene sus logros en la carestía? ¿Cómo amará la república el que idolatra en los

tesoros? ¿Cómo procurará merecer los premios por sus servicios el que de su mano se hace pago? Ninguna accion sale como conviene quando se atraviesan intereses propios.

Quando el oro, como se explica Alano, suena bien al oído del juez, del abogado, ó de otro qualquier subalterno del tribunal, la lira de Orfeo, la música de Anfióñ, la musa de Virgilio, todo enmudece á la voz del interés. ¿Qué mas? Quando el dinero habla suena sin melodía la elocuencia de Tulio; quando el dinero milita, los rayos de Hector no abrazan; quando el dinero combate, es expugnable la virtud de Hércules. El oro vence, el oro reina, el oro todo lo domina. En esta lamentable hipótesi, decia Casiodoro, se abren los ojos de Argos, se prestan las manos de Briaveo, las uñas de la Esfinge; se adoptan los perjurios de Laomedonte, las astucias de Ulises y las falacias de Simon mago. Por

medio de estas intrigas retardan tanto las causas: dice el papa Inocencio, que los litigantes, aun quando ganen el pleito pierden mas que el todo; porque importan mas las costas que el fruto de la sentencia. Nada pues debe estar mas lejos de los que administran la justicia que la menor sospecha de soborno ó vil interes. Con respecto á su integridad se defendió Moisés de las calumnias de Coré, Datán y Abirón. No atiendas, Señor, dixo, á sus sacrificios; bien sabes que nada he recibido de ellos, ni he afligido á ninguno con exacciones injustas.

Hé aquí, señores, un breve resumen de los deberes que os impone la justicia; de las ventajas sólidas que bien administrada produce en la sociedad; de los daños irreparables que trae consigo su violacion; de las comisiones honoríficas que el rey (Dios le guarde) os ha dado, y de las disposiciones esenciales que de-

ben animar á los que el Señor ha colocado á la frente de los negocios públicos. El santo temor de Dios, el amor á la verdad, la prudencia, el desinterés y el ódio á la avaricia, son el nervio de la judicatura, las bases de la felicidad de los pueblos, el objeto de vuestras desvelos, la seguridad de vuestras conciencias, el fiel desempeño de vuestras obligaciones y del juramento que habeis hecho. DIXE.

UNIVERSIDAD  
 NOMA DE NUEVO LEÓN  
 SERMONES  
 RAL DE BIBLIOTECAS



## SERMON

## DE HONRAS

DEL REGIMIENTO DE INFANTE,  
 predicado en la parroquia de las  
 Angustias de Granada año 1813.

*Omnes isti gloriam adepti sunt, et  
 in diebus suis habentur in laudi-  
 bus.... Viri misericordiae sunt, quo-  
 rum pietates non defuerunt. Ec-  
 clesiastici XLIV.*

SEÑORES:

**S**i alguna vez desearia yo estar  
 dotado con la elocuencia varonil de

los Demóstenes y Tulios, con el ardor  
 y energía de los Paulos, Ambrosios  
 y Crisóstomos, seria principalmen-  
 te cuando tengo que elogiar vuestro  
 zelo patriótico y vuestra piedad con  
 los difuntos. El asunto es demasia-  
 do extenso para ser reducido al  
 compendio de una breve oracion,  
 y sumamente delicado por razon de  
 la cátedra en que debe anunciarse;  
 Pero como ésta es la de la verdad,  
 solo podria temer y ser reprehensi-  
 ble faltando á ella; de lo que estoy  
 bien lejos.

No es pues mi ánimo adular á  
 este ilustre cuerpo cuando rinde sus  
 debidos homenages al Dios de los  
 ejércitos por el esfuerzo y constan-  
 cia que su divina diestra les ha dado  
 para triunfar tantas veces de los  
 mas furiosos enemigos de la reli-  
 gion y de la patria. Es á Dios á  
 quien han consagrado su vida, á  
 quien refieren sus acciones, de quien  
 esperan todo auxilio y el premio de

la justa causa que defienden, y á quien recomiendan por medio del mas augusto é inefable sacrificio sus difuntos. Lejos pues de aqui todo espíritu de vanidad, de jactancia y de aura popular. Temerario seria juzgar dexe de animarlos un verdadero zelo patriótico y una piedad cristiana cuando los vemos postrados á los pies de los altares.

Conformándome pues en esta hora con tan justos sentimientos, os haré ver: I. el honor y gloria nacional á que se han hecho acreedores por sus servicios á la patria. II. El espíritu de religion que hacen aparecer honrando á sus difuntos que por ella han derramado su sangre: dos breves reflexiones que dividen justamente la materia, digna de esta cátedra, y á propósito para excitar el entusiasmo y la piedad del pueblo ácia estos dos grandes objetos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa in-

tercesion de su augusta Esposa. *AVE MARÍA.*

*Thema ut suprà.*

**P**or poco que reflexemos sobre la organizacion del regimiento de infantería de línea del Infiesto, la hallaremos delineada al vivo en el sagrado libro de los Macabéos. Cuando aquellos célebres defensores de la causa de Dios y de su patria vieron los innumerables males que en el pueblo de Judá y en Jerusalén causaban las tropas del rey Antíoco, sin respeto alguno á lo profano ni sagrado, se levantó de entre ellos mismos el anciano y venerable Matatías, y animado del zelo de la religion de sus padres, clamó en voz alta á sus hijos y á todo el pueblo: "¡ay de mí! ¿A qué fin he nacido para ver la afliccion de mi patria

y el dolor de la ciudad santa? ¿Estaré allí de asiento cuando va á ser entregada en manos de sus enemigos? ¿Las cosas santas en manos de extraños y su templo entregado al desprecio? ¿Cautivos los vasos de su gloria, despedazados en las plazas sus ancianos, y sus jóvenes espirando baxo la espada de sus enemigos? ¿La patria que era libre, convertida en esclava? ¡Ah! ¿De qué nos sirve ya la vida?... El que tenga pues zelo de la ley.... venga detrás de mí."

En seguida se le unieron muchos generosos guerreros, origen de aquel terrible ejército que batió y triunfó tantas veces de los Antíocos, Lisias, Demétrios, Alcimos, Bacidés, Górgias y Nicanóres, cuyos trofeos celebrará eternamente la iglesia como otros tantos monumentos auténticos de la diestra del Dios de los ejércitos, que sabe victoriosamente proteger y coronar de lau-

reles inmortales á los que defienden su causa é inviolables derechos.

Igual origen, señores, tuvo este ilustre regimiento. Moviólos el mismo espíritu que á los Macabéos. Vieron con el mayor dolor invadida su amada patria por una infinidad de vándalos, que habiendo entrado dolosamente en ella baxo la solemne protesta de amigos y aliados, cautivan con la mas exécrable felonía sus príncipes, sus infantes, sus reyes: se apoderan de las plazas fuertes; roban los pueblos, atropellan lo sagrado, violan las mugeres, incendian las mieses, los arbolados, las ciudades, y derraman con inhumanidad la sangre del sacerdote y del ciudadano pacífico. Al ver pues tanta injusticia y tan enormes sacrilegios, se conmueven estos ilustres patriotas, el zelo de la casa de Dios los devora, el amor á su rey y á su patria los enciende; y acordándose que en otro tiempo fueron sus

montañas el asilo para la reconquista de España del poder de los árabes, animados como los Macabéos del espíritu de Dios y del exemplo de su antiguo príncipe D. Pelayo, que salió justamente de Infiesto, según nuestras historias, á organizar los defensores de la patria, se reunieron voluntariamente, y se juramentaron con generosidad á fines de mayo de 1808 á morir ó vencer en defensa de la religion y de la patria.

Desde aquella época hasta de presente, ¿qué de ataques no han sufrido? ¿En cuántas acciones no se han distinguido siguiendo la campaña por las Asturias, montañas de Santander, Castilla la Vieja, reino de Leon, Portugal, Extremadura, Mancha de Toledo y las Andalucías? Mientras duraren los anales de la historia de España se aclamará la gloria adquirida por este regimiento en las brillantes acciones que ha sos-

tenido ya en Santander por espacio de dos dias continuos, en que murió su esforzado coronel; ya en el Cabezon de la Sal, en Benavente, en Zamora, en Medina del Campo, Alba de Tormes, Castillo de las Guardias, Guadalcanal, Palma, Frexenal, Alcalá de los Gazules, Ximena, Bornos, Torre Carboneras, Alora, Campillos, Málaga y Osuna.

Pero sobre todo se coronó este regimiento de gloria en las siguientes acciones. En la Calera él solo, cuya fuerza no pasaba á la sazón de cuatrocientos soldados, batió y arrolló á ochocientos granaderos de la vanguardia del general Mortier sobre el rio Bodion. En Canta el gallo se distingió tanto, que mereció el mayor aplauso de sus generales por la firmeza con que rechazó á los enemigos en la huerta del padre Macho. En Castillejos, cuya brillante accion le grangeó por la primera vez ser declarado *benemérito*

*de la patria*; cuyo glorioso título le fue segunda vez decretado por S. A. la Regencia del Reino en premio de su valor en la sangrienta batalla de Albuhera. Ni debe pasarse en silencio la de Guadalete, en que baxo la dirección de su esforzado comandante sostuvo con la mayor firmeza y serenidad la retirada del ejército, frustrando las ideas del enemigo, que pretendia envolverlo; mereciendo por ello los mayores elogios así del general Corruz como de un edecán suyo, á pesar de ser enemigos.

Estos son, señores militares de Infiesto, los principales blasones de vuestro honor hasta el día. Mas tened presente que todo lo debéis á la diestra irresistible del Todopoderoso; que en su virtud habeis vencido, y que vuestra verdadera gloria consiste en haber militado por su religion y vuestra patria. A Dios debéis haber tenido en lo humano ge-

nerales intrépidos, aunque en cierto modo desgraciados, gefes imperturbables, oficiales aguerridos y sabios en la táctica, soldados dóciles, obedientes y esforzados, capaces de distinguirse en las batallas del Señor, en cuyo nombre habeis combatido.

Lejos pues de vosotros toda jactancia orgullosa, toda vanagloria y arrogancia. Dad siempre á Dios lo que es de Dios. Renovad, os ruego, con frecuencia el espíritu que por la primera vez os reunió á defender la patria y la religion, hasta reponer sobre su trono á nuestro amable Fernando ó agonizar por la justicia. Ahora pues que estais en reposo, no os dexéis deslumbrar con las delicias de Granada como las tropas de Aníbal con las de Cápua, que bastaron á privarles de los laureles con que se habian coronado en las batallas de Cannas y de Trasimonto, perdiendo asimismo la ocasion de conquistar á Roma y

arruinar su imperio. Ni os embriagueis con el amor de las madianitas, ammonitas y filisteas como los israelitas, no sea que el Señor os desampare, como mas de una vez á ellos, y convierta en confusión y óprobrio la gloria y el honor que hasta aquí habeis adquirido á costa de trabajos y de sangre.

Y en atención á que una gran parte de esta gloria ha cabido á mil y quinientos compañeros vuestros de todas graduaciones, que han muerto con esfuerzo en el campo del honor en los diferentes ataques que habeis sostenido, y á que son acreedores á vuestra memoria, imitad siempre, os ruego, al célebre Judas Macabéo en ofrecer oraciones y sacrificios por las almas de los soldados muertos en una justa guerra. ¿Pero qué digo? ¿No es este el fin principal con que os habeis congregado en este santo templo? ¡Ah señores! Este ilustre cuerpo miraria como eclips-

sada su gloria si no manifestara la piedad con sus difuntos: *gloriam adepti sunt... quorum pietates non defuerunt*. Segunda reflexion de este discurso, dirigida á excitar vuestra caridad y conmiseracion con los muertos. Para cumplir en esta parte con mi delicado ministerio, os haré ver con la posible brevedad lo que la fe nos enseña á cerca de nuestros hermanos finados. Seguidme atentos.

II. La iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, dirigida siempre por el Espíritu Santo, que ni puede engañarse ni engañarnos, nos enseña como un dogma de fe que apenas el hombre muere cae su alma en las manos de Dios vivo, y siendo juzgada con respecto á sus obras, si ha muerto en pecado mortal es destinada al infierno á padecer por una eternidad con los ángeles malos. Si muere el hombre en gracia, y ha purgado en vida el reato de pena temporal correspondien-

te á sus culpas y defectos, entra inmediatamente su alma á gozar de la bienaventuranza. Pero si aunque muera en gracia no ha satisfecho completamente en vida el reato temporal de sus pecados, es detenida en la cárcel del purgatorio hasta pagar el último cuadrante rodeada de un fuego voracísimo que la abraza sin consumirla, y privada de la vista de Dios; pues como es la pureza por esencia, nada manchado puede entrar en su reino. Así permanecen sin poder satisfacer por sí mismas, por estar en término. Ni pueden salir de esta terrible cárcel sin ser purificadas como el oro en el crisol, ó auxiliadas por nuestras oraciones y sacrificios; obligación estrecha que nos imponen las leyes de la caridad.

Esta es, señores, la fe de nuestros padres sobre la materia. ¿Cuánto desearia yo no tener que hablaros acerca de una verdad autorizada

y sostenida sin contradicción hasta los últimos siglos! Pero como vivimos por desgracia en unos tiempos en que baxo el especioso velo de ilustración y de crítica, ya oculta, ya abiertamente se combate la religión, se hace irrisión de sus ministros y misterios, se ridiculizan sus dogmas y sus mas augustos sacramentos, juzgo indispensable tirar algunos rasgos en confirmación de la existencia del purgatorio, esta verdad irrefragable, que la escritura y la tradición concurren á demostrar.

Arrojad por un momento la vista sobre los libros inspirados por el espíritu de Dios, depósito fiel de sus verdades eternas, y veréis al célebre Judas Macabéo, conductor del pueblo de Israel, que movido de piedad por los que habian muerto en una justa guerra, recoge hasta doce mil dragmas de plata, y las remite á Jerusalén para que ofrezcan

sacrificios por los que habian fallecido en la piedad, altamente persuadido á que es un pensamiento santo y saludable orar por los difuntos para que se les perdonen sus pecados. Esta era la fe de la sinagoga, depósito en aquel tiempo de la verdadera religion.

Yo bien sé que los hereges y libertinos de estos tiempos desechan este testimonio por apócrifo; recurso ordinario que toman para cerrar sus ojos de propósito á la luz de la fe. Si no procedieran con obstinacion verian con S. Agustin que en los bellos siglos de la iglesia estaba recibido por auténtico este illustre testimonio. Inocencio I, el concilio III cartaginense, Gelásio en su decreto de los libros canónicos, así lo testifican. ¿Qué excepcion pondrán estos malvados á Isaías cuando dice: que Dios purifica las manchas de las hijas de Sión? ¿Qué excepcion pondrán á Miquéas que vió sentarse á

las almas en tinieblas, y levantarse despues á ver su luz, que es el Señor, quando las vió sostener la ira de Dios en castigo de sus pecados hasta que salgan á nueva luz? ¿Qué excepcion pondrán á Malaquías quando dice, que sentado el Señor de propósito purga á los hijos de Levi, colándolos como al oro y la plata? ¿Qué excepcion pondrán á Tobías quando dice: pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo? ¿Qué excepcion pondrán al real profeta quando en persona de estas almas afligidas dice: pasamos por el fuego y por el agua, y nos has concedido el refrigerio? ¿Qué excepcion pondrán á Zacarías, que hablando de Jesucristo, dice: tú, Señor, con la Sangre de tu Testamento has sacado á tus prisioneros del lago en que no hay agua? ¿Qué dirán de los habitantes de Jabes, Galaad y de David, al verlos ayunar por la muerte de Saúl, por la de Jonatás y Ab-



ner? ¿Qué dirán de aquella terrible cárcel que vió S. Mateo, de donde no saldrá el alma hasta haber pagado el último cuadrante? ¿Qué dirán, para omitir por ahora otros muchos testimonios, del que produjo S. Pablo cuando afirma que el que fuere salvo lo será como por medio del fuego, y que sería en vano bautizarse ó mortificarse por los muertos, si estos no han de resucitar? ¿Si serán tambien espúrios todos estos oráculos?

Mas aun cuando no fuesen tan expresos, ¿no bastaria la tradicion constante de la iglesia para cerrar la boca á los impíos? ¿Será recusable el testimonio de los padres griegos y latinos que contestan unánimes este dogma? ¿No dice S. Atanasio que las almas de los difuntos perciben grande utilidad de las oraciones de los vivos? ¿No exhorta el Nacianceno á su pueblo á que encomienden á Dios los vivos y los

muertos? ¿No afirma el Crisóstomo que los apóstoles establecieron la costumbre de orar por los muertos en los tremendos misterios? No son igualmente expresos los testimonios de S. Efrén, S. Cirilo y S. Epifanio?

Por lo que hace á los padres latinos, Tertuliano numera entre las tradiciones apostólicas los sufragios por los difuntos. S. Cipriano los menciona como costumbre inviolable en la iglesia de Africa. S. Ambrosio dice á Faustino no gaste tanto tiempo en llorar á su hermano como en encomendar á Dios su alma. S. Gerónimo alaba á Panmáquio porque riega los huesos de su esposa con el bálsamo de la limosna, la cual extingue el pecado como el agua apaga el fuego. S. Agustin, S. Gregorio, de una vez, todos los padres confirman esta verdad.

Tradicion tan constante, que no se atrevió á negar Calvino. Hace mil

trescientos años, dice, que está en uso orar por los muertos. Tanta es, señores, la fuerza de la verdad. Dios que supo arrancarla de boca de los mismos demonios, haciéndoles confesar la Divinidad de Jesucristo, dispuso que este impío nos diese un testimonio de ella tan ilustre. ¿Pero qué infiere de aquí este malvado? Oído, no sin escándalo. Que todos hasta su tiempo se habían dexado arrebatarse de este error. ¡Dios inmortal! ¿Es este el decantado héroe de los protestantes? ¡Ah! ¿un solo Calvino, audaz, violento, esclavo de las mas violentas pasiones, deberá prevalecer contra el testimonio auténtico de toda la iglesia hasta su tiempo? ¡Ah Jerusalén Augusta! ¿asi os abandonó por espacio de mil y trescientos años vuestro fundador, á pesar de la promesa que os hizo de estar con vos hasta la consumacion de los siglos? ¿Tan profundo letargo ¡ó hija de

Sión! ha sorprendido al Custodio de Israel?

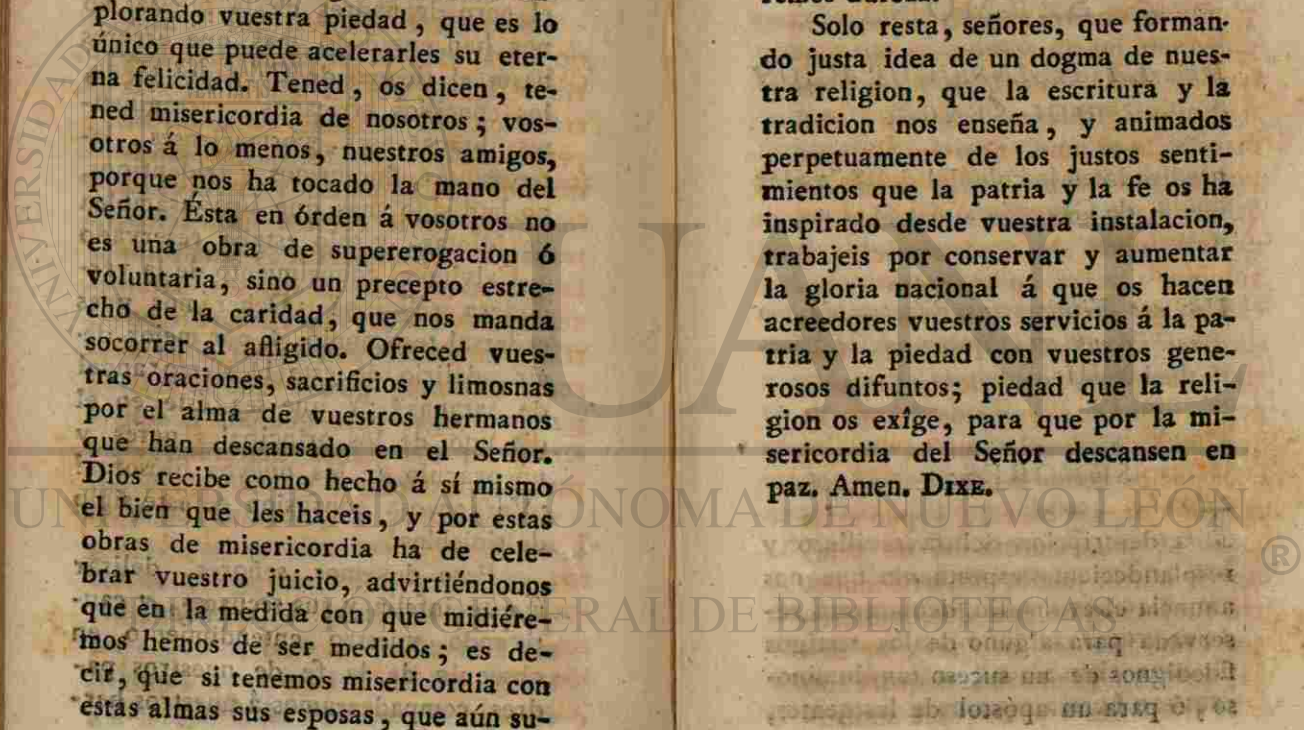
¿Qué, las santas escrituras y todo el coro de padres de la iglesia no nos han enseñado mas que errores hasta el tiempo de Calvino? ¿Qué, los concilios africanos, cartagineses, bracarenses, wormacienses, lateranenses, florentinos y tridentinos, no han sido mas que una asamblea de idiotas, y solo estaba reservado á Calvino el conocimiento de la verdadera religion? ¿Deberémos pues ceder al testimonio, ó por mejor decir, delirio de este blasfemo ángel de sataná? ¡Y que sea éste en el dia uno de los principales gefes y un oráculo de los nuevos filósofos! ¡Vergonzosa confusion de este siglo de tinieblas!

Pero dexemos, señores, delirar á este infeliz y sus secuaces, y cautivando vuestro entendimiento en obsequio de la fe de nuestros padres, compadezcamos á nuestros her-

manos, que detenidos por la justicia de Dios en aquel lago de tormentos, claman á grandes voces implorando vuestra piedad, que es lo único que puede acelerarles su eterna felicidad. Tened, os dicen, tened misericordia de nosotros; vosotros á lo menos, nuestros amigos, porque nos ha tocado la mano del Señor. Ésta en orden á vosotros no es una obra de supererogacion ó voluntaria, sino un precepto estrecho de la caridad, que nos manda socorrer al afligido. Ofreced vuestras oraciones, sacrificios y limosnas por el alma de vuestros hermanos que han descansado en el Señor. Dios recibe como hecho á sí mismo el bien que les haceis, y por estas obras de misericordia ha de celebrar vuestro juicio, advirtiéndonos que en la medida con que midiéramos hemos de ser medidos; es decir, que si tenemos misericordia con éstas almas sus esposas, que aún su-

fren, la tendrá el Señor de las nuestras; y si no, solo experimentaremos dureza.

Solo resta, señores, que formando justa idea de un dogma de nuestra religion, que la escritura y la tradicion nos enseña, y animados perpetuamente de los justos sentimientos que la patria y la fe os ha inspirado desde vuestra instalacion, trabajéis por conservar y aumentar la gloria nacional á que os hacen acreedores vuestros servicios á la patria y la piedad con vuestros generosos difuntos; piedad que la religion os exige, para que por la misericordia del Señor descansen en paz. Amen. DIXE.





## SERMON

DE LA TRANSFIGURACION  
DEL SEÑOR,

predicado en la colegial del Salvador  
de Granada año 1813.

*Hic est Filius meus dilectus, in quo  
mibi complacui: ipsum audite. Mat-  
thæi XVII. 5.*

## SEÑORES:

La descripción del maravilloso y  
resplandeciente espectáculo que nos  
anuncia el evangelio debía estar re-  
servada para alguno de los testigos  
fidedignos de un suceso tan lumino-  
so, ó para un apóstol de las gentes,

que arrebatado al tercer cielo, en-  
tendió misterios tan ocultos, que no  
es lícito al hombre revelar. Por lo  
que á mí hace, sumergido en lo ter-  
reno y en el abismo de mi propia  
ignorancia, enmudecería ciertamen-  
te por el temor de ser oprimido de  
tanta gloria, si no oyera la voz del  
Padre celestial, que lo declara en la  
ocasion su Hijo amado, en quien  
tiene sus complacencias, mandándo-  
nos oír sus palabras.

Con arreglo pues á ellas, veo  
con los ojos de la fe un Dios in-  
conmutable, eterno, inmenso, figu-  
ra de la substancia del Padre, es-  
plendor de su gloria, viva imagen  
de su Divinidad, en todo igual y  
consustancial al Padre, y único  
Dios con el Padre y el Espíritu San-  
to, en Unidad de esencia y Trinidad  
de Personas; un Dios Criador de to-  
dos los seres visibles é invisibles,  
cuya adorable Providencia todo lo  
gobierna, y en cuya virtud nos mo-

## 188 SERMONES

vemos, vivimos y somos; un Dios inmenso, Pontífice de los futuros bienes, y eterno Sacerdote según el orden de Melquisedech, que por un efecto de su bondad y amor á los hombres descende del seno de su Padre celestial, y por obra del Espíritu Santo toma nuestra humanidad en el vientre virginal de María santísima, y conversa con nosotros por espacio de treinta y tres años, dándonos saludables documentos, sanando cojos y tullidos, curando ciegos, resucitando muertos, y poniendo los eternos fundamentos de su iglesia, con el objeto de salvar al mundo, sumergido por sus pecados en las tinieblas de una muerte eterna; veo á un Dios é Hijo del hombre sujeto á todas sus miserias (á excepción del pecado), que ha emprendido una vida obscura y llena de trabajos desde su tierna infancia, que sin embargo de ser comprehensor y bienaventurado desde el

## VARIOS. 189

momento de su concepcion y union hipostática, impidió se comunicase al Cuerpo el dote de la inmortalidad, para dexarlo expuesto á los tormentos, y morir en un afrentoso patíbulo, por salvar al hombre á costa de su preciosa Sangre; veo en fin á un Dios humanado, que para alentarnos á sufrir en esta vida con la esperanza de los bienes eternos, hace una breve manifestacion de su gloria, permitiendo se comunicasen al Cuerpo algunos rayos momentáneos de su esplendor, hermosura y claridad, con proporcion á la actual capacidad de los cinco testigos preordinados, que representaban la ley escrita y la evangélica; para darnos á entender, que en todas las edades ha debido y debe ser adorado por su grandeza; primero en cuanto Dios; segundo en cuanto Salvador: dos breves reflexiones que dividen la materia del discurso, objeto de vuestra atencion y de mis débi-

les conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la augusta y poderosa intercesion de su Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave MARIA.*

*Thema ut supra.*

**P**ara quedar convencidos de la estrecha obligacion que la religion nos impone de adorar á Jesucristo por su grandeza como Dios, basta recorrer sumariamente los augustos títulos que lo caracterizan, y que solo el judío protervo y el impío osarán poner en duda. La iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, dirigida por el Espíritu Santo, que ni puede engañarse ni engañarnos; la iglesia nos enseña que Jesucristo es el Verbo de Dios, el único Hijo de Dios, el verdadero Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; no por una simple semejanza,

sino por una verdadera igualdad; no por una igualdad de sentimientos ó de afectos, sino por una perfecta igualdad de esencia y de substancia; Dios de Dios, luz de luz, Dios y Hombre juntamente, nacido en tiempo de una Madre Virgen, y engendrado por su Padre celestial antes de los siglos en el esplendor de los santos; el Cristo, el Ungido de Dios por excelencia; su Persona es Divina, y sustenta sin confusion dos naturalezas; consubstancial al Padre segun la Divina, inferior á los ángeles segun la Humanidad, pero más elevado que los cielos. Hé aqui, señores, en globo los caracteres de Jesucristo.

En atencion pues á que es nuestro Dios, adorémosle profundamente en el esplendor de su grandeza. Antes de su nacimiento era esta inefable en esperanza. Apenas Adán pecó le fue Jesus prometido por reparador de su gloria. En la fe de

este Mesías prometido fue salvo con los demas justos de la ley natural; Qué de predicciones, qué de oráculos no pronunciaron despues los profetas para exprimir su grandeza! Isaías predixo la virginidad de su Madre; afirma que su Nombre será admirable; que será Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro y Príncipe de la Paz. Miquéas anuncia que nacerá en Belén, y será el Conductor del pueblo de Israel. David ensalza su generacion divina y su potencia sobre todos los reyes de la tierra. Agéolo proclama el Deseado por excelencia de todas las naciones. Daniél enseña, que tocado Dios de las lágrimas de su pueblo, abreviará el tiempo de enviar á su Cristo. Despues vió que este Hijo del Hombre recibió del Padre Eterno la potestad, el honor y el reino, y que todos los pueblos, las tribus y las lenguas le servirian; que su potestad seria eterna y su reino incorruptible. Ma-

laquías le llama Señor omnipotente y ángel de la alianza prometida.

Ni fueron solo los profetas los que anunciaron la grandeza, gloria y magestad de Jesucristo. Toda la ley escrita, sus ritos, sus ceremonias y sacrificios figuraban al Mesías: *omnia in figura contingebant illis*, como afirma S. Pablo. El templo magnífico de Jerusalén era figura de su sagrado Cuerpo: sus sacrificios lo eran del cruento de su cruz: las bóstias pacíficas y oblaciones del incruento de nuestros altares: los patriarcas fueron sus padres segun la carne, y los justos que hubo, dice S. Agustin, aunque judíos en el nombre, eran cristianos en realidad, pues se salvaron en la fe de Cristo venturo. Él en efecto es el término y centro de toda la ley, el principio y fin de todas las cosas. Todo lo que está escrito con respecto á él lo ha sido; porque él es la clave y objeto de las escrituras. Arrojad

## 194 SERMONES

la vista sobre el universo: cuanto en él se halla de grande, de magnífico, de espléndido, todo anuncia la grandeza, la gloria, la magnificencia de Jesús. Todo habla de él, todo hace pensar en él, todo suspira por él.

¿Qué mas? Jesucristo es el Enviado del cielo, anunciado por espacio de cuatro mil años por una larga serie de profetas, deseado de todas las naciones, figurado por todos los justos, y mostrado á lo lejos desde las mas remotas edades. Los profetas mismos de los gentiles vieron brillar á lo lejos la estrella de Jacob, y hasta en los oráculos de los ídolos fue Jesús anunciado, dice un sabio, como un Dios que debe establecer su imperio sobre las ruinas de la idolatría, como autor de la paz y de la inmortalidad. Jesús nace de una Virgen, conforme á la predicción de los profetas; y apenas

## VARIOS. 195

aparece sobre la tierra cuando el cielo se apresura á celebrar su soberanía. Los ángeles anuncian á los hombres la paz de buena voluntad; los pastores de Belén marchan presurosos á adorarle; los Magos conducidos desde el oriente por un astro luminoso, vienen á ofrecerle dones, y rendirle homenajes como á rey, como á Dios, como á mortal; y aun en su cuna misma hizo temblar á Herodes.

En el progreso de su vida mortal; cuántas veces no hizo manifestacion de su grandeza y omnipotencia por medio de milagros incontables? Las Cananeas, las Hemorroisas, la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Nain, Lázaro, y otros muchos; cojos, paralíticos, endemoniados, tullidos, ciegos, mudos &c., darán en todo tiempo ilustré testimonio de esta verdad, tan auténtica, que aun los fariseos mismos no tuvieron rubor de exclamar:



¿qué hacemos, pues este hombre hace muchos prodigios? Milagros á la verdad superiores en especie, superiores en calidad, superiores en el modo, superiores en el número, y que no osaron negar sus mayores enemigos.

Estos al fin le condenan al suplicio; mas sobre la cruz le ponen el título de Rey de los judíos. Muere voluntariamente cubierto de oprobrios, injurias é ignominias; pero la naturaleza toda se conmueve en la muerte de su Hacedor. La tierra gime, tiembla, se estremece en temerosos vaivenes, abre inmensas cavidades, y quiere al parecer sepultar vivos á los hombres. Las piedras se chocan fuertemente y se quebrantan. El velo del templo se rompe de alto á baxo con ímpetu violento, dexando patente á los ojos profanos el propiciatorio del Señor. Los sepulcros se abren, y arrojan con violencia los cuerpos de muchos muer-

tos que encerraban. El sol oculta sus luces y encubre su resplandor. Se viste el cielo de funesta pompa, y esparciendo negras y densas nubes, dexa rodeada á la tierra de espesas tinieblas, y al dia convertido en una obscura noche, con terror y asombro del corazon humano. Desde la cruz es conducido al sepulcro, mas debiendo éste ser glorioso, conforme á la prediccion de un profeta, resucita de él por su propia virtud al tercero dia, como lo habia anunciado, para acabar de instruir á sus discípulos sobre el plan de su iglesia, antes de su gloriosa ascension á los cielos, á ocupar la diestra de su Eterno Padre. Todo, señores, conspira á manifestarnos la grandeza de Jesus en quanto Dios; pero nada he dicho aún de la que le corresponde en quanto Salvador: segunda reflexion, que expondré con brevedad.

II. La augusta cualidad de Redentor ó Salvador de todos los hom-

bres eleva á Jesucristo á una suprema grandeza, digna de nuestras eternas adoraciones. Humillemos, pues nuestras luces y nuestro corazón, para adorar con el mas profundo rendimiento la grandeza de su amor y de su misericordia.

¿Qué cosa, os ruego, era el hombre antes de la venida de su adorable Salvador? Caido por la culpa del estado feliz en que la mano benéfica de Dios lo habia colocado, experimentó por sí mismo, que el hombre revelado contra su Criador corre apresurado al precipicio y á la muerte eterna. Nuevas cadenas le oprimen diariamente. Corrompido el mundo en su fe y en sus costumbres, desconoció bien presto su origen: bien presto la idolatría sucedió á la religion: el culto á las criaturas se substituyó bien presto al de Dios. Los personajes mas ridiculos, los seres mas despreciables fueron divinizados. Anubis, Canopo, Osi-

ris, Isis, Júpiter, Baco, Plutón, Marte, Venus, Rea, Juno, Diana &c. recibieron honores divinos. ¿Qué mas? Los ajos, las cebollas, los animales mas inmundos, las sabandijas mas ridiculas, aun los demonios mismos eran tenidos por divinidades, y les ofrecian víctimas humanas. ¿Qué horror! ¿qué crueldad! ¿qué delirio!

Las costumbres (no sé si las compare á las del día), las costumbres seguian el compás de la religion. El robo, la mala fe, el dolo, la rapiña, la usura, el monopolio, la injusticia, en una palabra, todos los vicios capitales, ó eran considerados por materia y actos indiferentes, ó de la moda y razon de estado como en nuestros dias. Solo en Judéa era Dios conocido. Pero esto mismo servia como de muro impenetrable entre los judios y gentiles, hasta que el Salvador, como dice S. Pablo, destruyó en sí mismo estas enemistades por medio de su adorable

Sangre, sin dexar distincion alguna entre el judío y el griego. Su amor tierno y generoso al hombre se extiende al universo. No hay reino, provincia, ciudad, villa, lugar, cabaña ni persona á quien no se extiendan los ardientes rayos de caridad de este Sol de justicia.

Recorred con los ojos de la fe las circunstancias de su preciosa vida, y en todas ellas hallaréis luminosos rasgos de su amor al hombre, á quien viene á salvar. ¿Quién le hace nacer en un establo como el mas despreciable de los hombres, y sufrir en él las incomodidades de la estacion? El deseo sincero de la salud del hombre. ¿Quién le hace emprender una vida obscura y ganar el sustento con el sudor de su rostro, siendo hijo de David y Soberano de la naturaleza? Su infinita caridad. Sus ayunos, sus vigilijs, sus ultrajes, sus menosprecios, las fatigas de su vida apostólica, su continuo

trabajo en predicar en el templo, en las ciudades, en el desierto, en los montes, anunciando el reino de Dios en Galilea, en la Judea, en Samaría, ¿qué otra cosa prueban que la inefable grandeza de su amor al hombre?

¿Qué mas? Los sacramentos de la ley antigua eran elementos vacíos, que prometian la gracia y no la conferian. Para corregir este defecto instituye Jesucristo por un efecto de su amor sacramentos que vivifican, dan gracia, santifican y dan vida espiritual; y no contento aún, se nos da á sí mismo por via de alimento en el augusto Sacramento de nuestros altares, honrándonos con su adorable y real presencia hasta la consumacion de los siglos. Sacrificio inefable, que siendo el consuelo de nuestra peregrinacion, es por excelencia el Sacramento de su amor, donde nos deifica en cierto modo, haciéndonos participantes de su sa-

grado Cuerpo y Alma, de su Divinidad y atributos. Sacrificio incomprehensible, donde no solo hace el Salvador resplandecer la infinita grandeza de su amor, sino el colmo de su misericordia.

A ésta en efecto conspiran todas sus acciones, todos sus pensamientos, todos sus deseos. Apenas aparece sobre la tierra, protesta á su Padre celestial, que siendo insuficientes las víctimas legales para satisfacer á su divina justicia, ofrecia su Cuerpo para purificarnos de nuestros pecados y redimirnos á costa de su preciosa Sangre. *Sacrificium et oblationem noluisti... Corpus autem aptasti mihi... Tunc dixi: ecce venio.* A la frente del gran libro (de los decretos de Dios) está escrito, que haga vuestra voluntad. Yo la acepto y obedezco con todo mi cazon: *in capite libri scriptum est, ut facerem voluntatem tuam: Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei.*

A los ocho dias de nacido ofreció voluntariamente las primicias de su Sangre en la circuncision, como gage de la que derramaria sobre la cruz para lavar y expiar nuestras iniquidades: y si no consumó entonces este grande sacrificio, anunciado hasta allí en todos los siglos; si quiso huir de la crueldad de Herodes, fue, dice S. Cipriano, porque su infinita misericordia quiso ofrecer una víctima que derramase por el hombre la Sangre en mayor abundancia, *densa Tunc dicitur*

Consiente en fin morir en una cruz con afrenta, y este es el gran sacrificio que ocupa siempre su espíritu; porque el fin, decia, de su venida al mundo, era buscar en él y salvar lo que habia perecido. Con este objeto busca á la Samaritana, convierte á la Magdalena, y como buen Pastor busca las ovejas descarriadas de Israel. Si va á Jericó es para santificar á Zaquéo; si á

Cafarnao, de un cambista pecador hace un celoso apóstol y evangelista: por donde quierá que pasa va derramando beneficios sobre todos; y abriéndoles las puertas de la salud eterna, opone un abismo de misericordia al insondable abismo de nuestra miseria; para que donde había abundado el delito sobreabundase la gracia, como dice el apóstol.

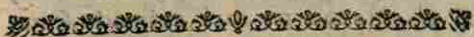
Todo, señores, conspira en las miras de Jesucristo, cuya gloria se nos revela en su Transfiguracion, á que admiremos y adoremos profundamente su grandeza en calidad de Dios. Hombre y en la de Salvador, anunciado por los profetas baxo los augustos caracteres de Criador, Rey de reyes, Angel del Testamento, Redentor, Admirable, Príncipe de la Paz, amante de los hombres, y Dios de las misericordias, que vendrá al fin de los siglos á juzgar vivos y muertos en todó el esplendor

de su grandeza y magestad.

Preparemos pues, señores, nuestro corazon para el tiempo de esta terrible venida. Rindámosle los debidos homenages y adoraciones á que le hacen acreedor su excelencia y su misericordia con nosotros. Procuraremos desagrarle por este medio de los ultrajes que ha recibido y recibe aún de los impíos. Su grandeza é inmensa caridad exigen de justicia que le adoremos en espíritu y verdad como á Dios y como á Salvador; y ya que no podamos impedir este torrente de iniquidad que se ha derramado sobre la tierra, y que inunda infelizmente casi toda la península, con deshonor é ignominia del nombre de españoles y católicos, proclamemos altamente con el apóstol, que sea anatematizado el que no ama á nuestro Señor Jesucristo; y confesemos á presencia de los altares y de los ángeles de paz de este templo, que solo á Dios se

debe el honor, la gloria, la virtud  
y la acción de gracias en los cie-  
los y en la tierra. Amen. DIXE, ON

terrible verdad. Hincamos  
didos homenajes y gloriosos  
le hacen acreedor an eximio  
su misericordia con nosotros  
temos desayuntado por este  
de los mundos que ha recibido  
cabe una de los mundos. Un  
é una vez certid según de just  
cin que le adoran en espíritu  
verdad como a Dios y como a  
vador y ya que no podían  
por este torrente de misericordia  
se un derramado sobre la tierra  
que habia intencione con los  
la penitencia, con el honor é  
mista del nombre de capadocia y  
los. Probatamente aliamen  
el espíritu que se sustentan  
el que no ama é amado señor Juan  
cristo y todos los ángeles de  
los ángeles y de los ángeles de  
de sus templo, que solo á Dios



## SERMON

DE SANTO TOMÁS  
DE VILLANUEVA,

predicado en las Angustias de Gra-

nada año 1813.

*Ipsa erat lucerna ardens, et lucens.*

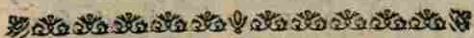
Joann. v. 35.

SEÑORES:

De poco ó nada sirve la ciencia  
que infla, si falta la caridad que  
edifica. La erudicion mas profun-  
da, la mayor extension de ideas,  
el ingenio mas brillante, la mas vi-  
va y ardiente imaginacion, son co-

debe el honor, la gloria, la virtud  
y la acción de gracias en los cie-  
los y en la tierra. Amen. DIXE, ON

terrible verdad. Hincándose á  
didos homenajes y adoraciones  
le hacen acreedor á gloriosos  
su misericordia con nosotros. Por  
temos desayr. Tanto por este  
de los mundos que ha recibido y  
cabe aun de los mundos. En  
é tantas cosas que se han  
cin que le adoran en espíritu  
verdad como á Dios y como á  
vador y ya que no podemos  
por este torrente de misericordia  
se ha derramado sobre la tierra.  
que habia intencionalmente con  
la penitencia, con el honor é  
mista del nombre de España y  
solos. Probaron á intencionalmente  
el espíritu que se sustentaba  
si que no ama á su hijo. Por  
esto y todos los ángeles de  
los ángeles y de los ángeles de  
de este templo, que solo á Dios



## SERMON

DE SANTO TOMÁS  
DE VILLANUEVA,

predicado en las Angustias de Gra-  
nada año 1813.

*Ipsa erat lucerna ardens, et lucens.*  
Joann. v. 35.

## SEÑORES:

De poco ó nada sirve la ciencia  
que infla, si falta la caridad que  
edifica. La erudición mas profun-  
da, la mayor extensión de ideas,  
el ingenio mas brillante, la mas vi-  
va y ardiente imaginación, son co-

sas despreciables á los ojos de Dios, si el corazon no está animado é inflamado de aquel amor que santifica los talentos, haciéndolos dóciles á la iglesia y útiles al estado. La ciencia sin caridad solo produce sábios orgullosos y astros errantes, maestros del vicio y del error. En efecto, por mas que el antiguo paganismo y el nuevo filosofismo de nuestros días lúgubres hayan hecho y hagan ostentacion de sus pretendidos sábios, si los examinamos de cerca, los hallamos envueltos en las mas espesas tinieblas de ignorancia en materia de religion y de costumbres. Semejantes á estos fuegos fátuos que durante la noche brillan sobre el borde de los precipicios, sus luces solo pueden servir de conducir á su eterna perdicion y ruina á los que temerariamente los sigan.

Pero la caridad con la ciencia producen en la sociedad sábios humildes, defensores de la verdad y

de la virtud. Los doctores de la iglesia y sus prelados santos han acreditado en todo tiempo esta verdad. La caridad misma que abrasaba su corazon iluminó á los fieles. Su sabiduría era una luz brillante por la vivacidad de su amor, y resplandeciente por el esplendor de su doctrina: *ardens et lucens*.

Entre estos hermosos luminares de la iglesia merece muy distinguido lugar Santo Tomás de Villanueva, cuya memoria celebramos. Fiel discípulo de los Crisóstomos, Nazianzenos, Ambrosios, Agustinos, y sobre todo del supremo de los pastores Jesucristo. I. Edificó á la iglesia con su caridad, II. La iluminó con su doctrina: dos breves reflexiones que dividen justamente la materia de su elogio, dignas de esta cátedra, de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo postrándoos con sumision y



rendimiento ante aquel augusto y soberano Señor Sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave Maria.*

*Thema ut supra.*

**E**l fuego del amor de Dios y de su caridad con el próximo, que abrasó el corazón de Tomás desde su tierna infancia, animó en lo sucesivo sus palabras, sus obras y sus escritos. La caridad de Jesucristo dirige todas sus acciones, y á ellas consagra todos sus trabajos. Hijo de padres no menos recomendables por su piedad que por su sangre, y educado en el santo temor de Dios, se propuso desde sus primeros años ofrecerle su amante corazón en holocausto y sacrificio.

Como el Señor lo eligió para antorcha brillante de su santuario,

lo previno desde luego con bendiciones de suavidad y de dulzura, y con dones singulares de naturaleza y de gracia, para hacerlo capaz de los altos fines á que lo destinaba. Su carácter benéfico, afable, dócil, obediente á sus padres, lleno de respeto á los mayores, y de mansedumbre para con los iguales, lo hacían apreciable á la sociedad. Su aplicación al templo, su adhesión á las obras de misericordia, su ternura y frecuencia en la oración, su modestia en acciones y palabras, sus expresiones de edificación, le hacían pasar por un ángel en carne humana, como á otro S. Luis Gonzaga.

Con la edad crecían á proporción sus ardientes deseos de emplearse únicamente en el servicio de Dios. Cristo crucificado fue siempre su libro abierto. Aquí aprendió aquella rendida humildad que le hacía considerarse como el ínfimo de los

hombres y el mayor de los pecadores. Aquí aprendió el desprecio de todo lo mundano, para buscar únicamente los bienes eternos. Aquí leía continuamente los inefables caracteres de aquella divina y ardiente caridad que le condujo á derramar por la salud del hombre hasta la última gota de su Sangre. De su costado abierto veía salir aquel fuego divino que vino á traer al mundo para que ardiese sin cesar en el corazón de todos sus hijos. Desde esta cátedra del amor de Jesucristo oyó una dulce y penetrante voz, que como en otro tiempo al grande Antonio y al serafín Francisco, le decía: el que quiera venir detrás de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Tomás oyó la voz de Dios como otro Samuel, y obedece como otro Pablo.

En efecto, cual ciervo herido, que busca con ligereza las fuentes de las aguas, huyendo del tumulto

del mundo y de sus vanidades, se dirige Tomás con pasos de gigante á buscar asilo entre los eremitas del gran padre Agustino. Viste con edificación su santo hábito, y profesa su sagrada regla en el año mismo en que el pérfido Lutero apostató de su religion y de la iglesia.

¡Qué sacrificio, señores, qué holocausto ofrece en esta ocasion Tomás, tan agradable al cielo! Desde este momento se considera como un hombre nuevo, que despojado del viejo Adán, se reviste de Jesucristo. A éste mira como su única herencia; y su conversacion á imitacion de S. Pablo es con el cielo. Ensaya un género de vida austera, mortificada, penitente. La oracion, el ayuno, la disciplina, el cilicio servian á Tomás de exercicio continuo para domar su cuerpo y reducirlo á servidumbre á imitacion del apóstol, y cómo un escudo inexpugnable contra los ataques

del común enemigo, que le hacía la más cruda guerra. El celo de la honra de Dios y la caridad con sus hermanos lo devora, y obtenida licencia de sus superiores, sale á evangelizar el reino de Dios.

¿Mas quién será capaz de reducir al compendio de una breve oracion los esfuerzos de su celo y de su misericordia? ¿Qué solitud igual á la de un hombre que pasaba el día en el trabajo y la noche sin reposo; que pasaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos? ¿Quién está doliente, decia con S. Pablo, y yo no me abraso? ¿Quién con necesidad, quién herido, y no le alivio como piadoso samaritano? ¿Qué hermosos fueron, mi Dios, los pasos de este evangelista de la misericordia y de la paz! ¿De cuánto provecho no sería su ministerio en España en es-

tos dias lúgubres, para imponer silencio á tanto impio que pretenden arruinar la iglesia y el estado por sus mas profundos cimientos!

Pero tanta luz no pudo estar oculta mucho tiempo sin ministerio público. Como Dios lo destinaba al candelero de su iglesia, movió el ánimo de Carlos v, justo aprecador del mérito de los sugetos y celoso defensor de la iglesia católica, á presentar á Tomás para arzobispo de Granada. Mas no fue posible reducirlo á su admision. Protestó con humildad ser inepto para el ministerio, é indigno de tan sublime dignidad. ¡Felices tiempos aquellos en que los empleos buscaban á los hombres mas dignos, y en que estos se excusaban por humildad, creyéndose incapaces de su desempeño!

Mas estaba de Dios que Tomás luciese con esplendor sobre el candelero de su iglesia, para exemplar de pastores caritativos. Vacó á poco

tiempo el arzobispado de Valencia, y nuestro Santo es obligado á su admision por obediencia. Hé aqui cómo el Señor le proporciona cierta especie de fruición en derramar á manos llenas la limosna. La misericordia con los pobres, que habia crecido con él desde su infancia, era, para decirlo asi, su virtud característica y favorita; pues la herencia toda de sus padres y cuanto adquirió durante su larga vida lo distribuyó en limosnas. Las gruesas rentas de su mitra, de que tanto murmuran nuestros liberales ó libertinos, porque las apetecerian para sí, no tuvieron otro destino.

Considerándose como Job por padre de los pobres, no solo les daba lo que tenia, sino tambien lo que no tenia, á imitacion de S. Ambrosio; es decir, que estaba siempre abrumado con deudas por alimentar á los necesitados. ¿Cuántas veces no consiguió del Señor que multiplicase

los panes como en el desierto, y llenase de trigo los alhories que acababan de evacuar los pobres? ¿Pero qué digo? ¿Ignorais por ventura, que hasta la cama en que murió la habia dado poco antes de limosna, y que no se tranquilizó hasta saber de su mayordomo haberse ya repartido el último maravedí á los pobres de Jesucristo? Tal era el ardor de misericordia y caridad que abrasaba su corazon: *erat lucerna ardens*. Ni fue inferior el esplendor de su doctrina: segunda reflexion, que paso á exponer con brevedad.

II. El principio de la sabiduria, dice el Espíritu Santo, es el temor de Dios. Apoyado Tomás sobre este sólido fundamento, manifestó desde luego señales nada equívocas de su disposicion para las ciencias. Dotado por el Señor de un ingenio singular, de una viveza extraordinaria, de un talento profundo, dió bien presto á conocer que estaba destina-

do para vaso de eleccion y de sabiduría: bien presto aprendió las primeras letras y los arcanos misterios de nuestra religion. Conociendo sus padres las brillantes disposiciones de Tomás para las artes y ciencias sublimes, y deseando fuese útil á la iglesia y á la patria, lo remitieron al colegio mayor de S. Ildefonso, fundado poco antes en Alcalá de Henares á expensas del célebre cardenal Ximenez de Cisneros, para que se instruyese en estudios mayores. Aqui empezó Tomás á desplegar sus luces y á difundir los rayos de su rara elocuencia, aventajándose en breve, como otro Saulo, á todos sus coetáneos, no solo en las ciencias sublimes, sino tambien en la de la salud.

La temprana muerte de su padre le hizo volver á Fuenllana su patria. Mas concluido el funeral, y repartida su herencia toda á los pobres, vuelve Tomás al colegio, concluye

la carrera de los estudios; y al punto es destinado por el claustro á enseñar filosofia en aquel empório de las ciencias. A poco tiempo fue llamado por la universidad de Salamanca á enseñar la teología. En estos dos célebres teatros de las ciencias, admirados á la sazón del orbe literario, explanó estas facultades con aprovechamiento de los discípulos y asombro de aquellos consumados maestros, que tanto esplendor dieron en el siglo xvi á la iglesia de España y al estado. Pero al mismo tiempo pedía Tomás al Señor con suma instancia, y la humildad mas profunda, la ciencia de los santos.

Agitado de estos ardientes deseos emprende la generosa resolucion de huir del mundo, de sus aplausos y vanidades, y buscar asilo, como he dicho, entre los hijos de Agustino, familia esclarecida, que baxo la regla y proteccion de tal

padre, ha dado tantos mártires, confesores y vírgenes al cielo, tantos pontífices á la iglesia, tantos teólogos á los concilios, tantos sábios al orbe literario, tantos triunfos á la religion, tantos héroes al estado; dignos hijos de tan ilustre padre. Tomás medita sus admirables escritos; se aplica con tesón á imitar sus virtudes y su celo por la religion; declara cruda guerra á la heregja é impiedad; predica oportuna é importunamente, segun el precepto del apóstol, contra el error y la relajacion de las costumbres.

Demóstenes y Tulios, ¿cuándo vuestra elocuencia logró semejante séquito? Los templos y las plazas eran estrecho ámbito al concurso de los oyentes de Tomás, que interrumpian á veces la oracion con sollozos y gritos de penitencia. Su profunda erudiccion en la escritura, en la tradicion, en los concilios y en los padres, la gravedad de sus sen-

tencias, junto con la dulzura y energía que Dios habia depositado en sus labios, le hacian triunfar del corazón mas obstinado. ¿Qué de hereges no convirtió á la fe? ¿qué de mahometanos al seno de la iglesia? ¿qué de pecadores á verdadera penitencia? La usura, el dolo, la rapiña, la maledicencia, la injusticia, los ódios, la mala fe, la impostura, los escándalos, desaparecen fugitivos al oír el eco de su voz, animada por el espíritu de Dios. Gemirás cada dia, horrible iniquidad, cuando se presente á tu memoria ese tu irreconciliable enemigo.

¿Cuánto no trabajó de palabra y por escrito, por renovar la hermosa faz de la iglesia de España con sus colores primitivos? Castilla la Vieja y Nueva, ó por mejor decir, el reino casi todo oyeron con edificacion á este varón apostólico de los últimos siglos. Todo el tiempo de sus prelacías en la órden y los

once años que tuvo á su cargo el arzobispado de Valencia, los empleó en un continuo apostolado para responder á Dios de su grey. ¿Qué de sínodos no celebró para reforma del clero y de los pueblos? ¿qué de instrucciones pastorales para arreglo de las costumbres y exterminio de los vicios? ¿qué de sermones no predicaba diariamente para intimar el amor de Dios y el precepto de la limosna? Varias de sus obras que conservamos en el día con veneracion son testimonio auténtico de estas verdades; y mientras duraren los anales de la iglesia admiraremos á santo Tomás de Villanueva como un hermoso luminar que la hizo resplandecer con su caridad ardiente y con sus luces: *ipse erat lucerna ardens, et lucens.*

Hé aquí, sagrado coro de penitentes vírgenes, un rudo bosquejo de vuestro padre y titular. Su vida desde su tierna infancia hasta

el fin de sus felices días fue un continuo exercicio para la bienaventuranza. El amor de Dios y la caridad con el próximo, en que consiste toda la ley de Jesucristo, fué el único objeto de sus operaciones y el blanco de sus admirables luces. Si os gloriais pues de tal padre, imitad sus virtudes. Arda vuestro corazón en el amor de vuestro Esposo; y ya que vuestras manos no pueden ser tan francas como las de Tomás para alivio del pobre, ni vuestras luces difundirse para instruccion del pueblo, ayudad á todos con vuestras fervorosas oraciones. Ni olvidéis las urgentes necesidades de la iglesia y del estado; ocupacion por muchos años de vuestro santo padre. Este es el principal obsequio que exíge de vosotras en el día. Orad pues con instancia, con frecuencia y confianza en el Padre de las misericordias, que no sabe despreciar á un corazón contrito y humillado.

¡Vos, Señor, Sacerdote santo, Cordero immaculado, que quitas los pecados del mundo; caridad por esencia y bondad por naturaleza, arrojad ya sobre nosotros una mirada favorable! Cese por vuestra misericordia el bien merecido castigo de nuestras culpas. Pecamos, hemos cometido iniquidades, hemos abusado de vuestra paciencia; pero estamos, Señor, arrepentidos, y volvemos como hijos pródigos á implorar vuestra clemencia. Aplicadnos vuestra infinita misericordia. Confesamos no ser dignos de ella; mas sois nuestro Padre: usad con nosotros de vuestra bondad. No veamos ya, Señor, entrar en vuestros templos incircuncisos de corazón que los profanen, que os ultrajen y se burlen de vuestra augusta religion y sacramentos. Levantaos, Señor, juzgad ya vuestra causa y la de los ministros de vuestro culto, despojados, afligidos, despreciados, perseguidos.

Conozcan los wandalos y sus agentes que aún hay Dios en Israel que sabe auxiliar su pueblo. Moved, Señor, finalmente, el desierto de sus corazones, aterrados, confundidos, atraedlos con vuestra voz fuerte y penetrante, para que os conozcan, y confiesen con nosotros que solo á vos se debe el honor, la virtud, la gloria, la fortaleza y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



226

SERMON  
DEL SAGRADO CORAZON  
DE JESUCRISTO,

predicado en las Angustias de Granada año 1813.

*Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos; manete in dilectione mea.*  
Joann. XV. 9.

Como el Padre me amó, así os he amado yo; permaneced en mi amor.

SEÑORES:

**P**ara hablar dignamente del amor de Jesucristo y de la terneza de

su Corazon para con el hombre, debia yo estar inflamado de aquellos santos ardores que abrasaban el corazon del amado discípulo cuando en la noche de la Cena estaba recostado sobre el pecho de su divino Maestro, ó con el fuego de caridad que animaba al apóstol de las gentes S. Pablo, cuyo corazon era el de Cristo, segun el Crisóstomo; *cor Pauli, cor erat Christi*. Pero sumergido en las tinieblas de mi propia ignorancia y cubierto con la asquerosa lepra del pecado, ¿qué podré decir que satisfaga vuestra piedad é inflame vuestro espíritu en el amor de nuestro Salvador, para corresponder en el modo posible a la fineza de su Corazon?

Conociendo mi insuficiencia enmudeceria ciertamente, sin osar acercarme al trono de la caridad de Jesucristo, si no me sirvieren de apoyo las palabras de mi tema, capaces por sí solas de encender vuestro es-

píritu en el amor de Dios, y de alentar vuestra confianza en el Señor. Como el Padre me amó, nos dice Jesucristo, así os he amado yo: permaneced en mi amor. De aquí concluye S. Agustín, que para honrar á Dios es necesario amárle. No puede pues formarse justa idea del amor del sagrado Corazon de Jesus al hombre, sin que éste le haga una total entrega del suyo: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. Hé aquí, señores, el asunto que dividiré en dos reflexiones. En la I. os haré ver el amor que os tiene el Corazon de Jesus; y en la II. el que exige de vosotros. La materia no puede ser mas interesante; pide toda vuestra atención y todo mi zelo por vuestra salud espiritual. Para sacar todos el deseado fruto, postrémonos con sumisión ante aquel augusto y adorable Señor Sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave Maria.*

*Thema ut suprâ.*

**L**a iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, ha mirado siempre con privilegio de ciertas almas perfectas penetrar la terneza del sagrado Corazon de Jesucristo en orden al hombre. Parece, dice un sabio, que reservó Dios á los Bernandos, Buenaventuras, Franciscos de Sales, Juanes de la Cruz y Teresas de Jesus, hablar dignamente del amor de nuestro Salvador. Su Corazon amante que vela sin cesar sobre la eterna felicidad del linage humano, se dignó durante su vida mortal manifestarnos ciertos rasgos de su infinita bondad, como otros tantos irrefragables monumentos de su inefable caridad. La Judéa, el Calvario y el Altar serán siempre mi-

rados por los fieles como augusto teatro de su amor.

Alli su tierno Corazon busca solicito al pecador, instruye misericordioso al ignorante, cura compasivo al enfermo. En la cruz ofrece el sacrificio cruento de su preciosa Sangre por todo el género humano, y sobre el altar se inmola diariamente por todos los hijos de la iglesia en toda la redondéz de la tierra, conforme al oráculo de un profeta. ¡Qué caridad! ¡qué amor! ¡qué terneza de Corazon! ¡qué lugar tan distinguido ocupa el hombre en él!

Consultemos los evangelios, monumentos eternos de las bondades de Jesucristo y de los sentimientos de su Corazon para con los pecadores, este grande objeto de su divina mision. Alli notaremos con admiracion sus fatigas por buscarlos, sus tiernas lágrimas sobre su obstinacion, su prodigalidad con el arrepentido que le busca y le invoca, su pacien-

cia en esperar al delincuente; su alegría al verlo dócil á su gracia. ¡Samaritanas, Jerusalén, Magdalenas, Lázaros, Pablos, hijos Pródigos, presentaos aquí por un momento á darme testimonio de la terneza del Corazon de Jesucristo con vosotros! Tranquilo en orden á los justos, á quienes anima con su gracia, protesta no viene á llamar á estos, sino á los pecadores: *non veni vocare justos, sed peccatores*; porque los sanos, dice, no necesitan de médico, sino los enfermos: *non est opus valentibus medico, sed male habentibus.*

¡Qué confianza, señores, no debe inspirar al pecador estas bondades del sagrado Corazon de Jesus! No le considereis ya como un Dios de las venganzas, que amenaza al pecador por sus profetas, sino como un Dios de misericordias y de todo consuelo, que lo ama y excita por medio de su gracia para que le in-

voque, á fin de perdonarlo. ¡Qué adorables lentitudes no emplea de ordinario con el pecador antes de castigarlo! Con frecuencia les da tiempo para penitencia, acreditando por este medio que los castiga como violentado por su justicia y en pena de su obstinacion. ¡Qué prueba tan auténtica de esta verdad nos presenta la España en nuestros dias! Profanados sus templos, arruinados sus altares, destrozadas las imágenes y los adorables signos de nuestra redencion, injuriado y pisado el Santo de los santos, perseguidos y sacrificados sus ministros, destruidos é incendiados los pueblos, robadas las propiedades, infinito número de mugeres y vírgenes violadas, gentes de todos estados y de todas condiciones entre sí rebeladas, sin caridad, sin humanidad, sin sociedad, en la mas cruda guerra civil é intestina; todo, para decirlo de una vez, en una completa iconyulsion. ¿Cuál

es el origen, os ruego, de tales y tantos males?

¡Ah! yo no dudo atribuirlos con el profeta Malaquías al pecado de los hijos de Jacob y de la casa de Israel, ó del pueblo cristiano que le ha substituido: digno castigo que sufrimos por haber abusado con obstinacion y por largo tiempo de los repetidos avisos que el Señor nos ha dado. Los terremotos, las guerras, la peste, las hambres que han precedido á la presente devastacion, ¿no han sido otras tantas adorables lentitudes de un corazon amante, que nos convidaba con misericordia á reconocer nuestros pecados y dexar las sendas de la iniquidad, antes que colmada la medida de sus sufrimientos se viese como precisado por su justicia á derramar su cólera sobre nosotros?

¿Mas qué digo? ¿Nos ha abandonado totalmente este Corazon benéfico? Aún nos hace, señores, en-

trever su adorable misericordia, aún nos dá fundadas esperanzas de recobrar nuestra amada patria, de sacudir el yugo de la esclavitud en que hemos gemido, de restablecer el verdadero culto y renovar la gloria de la iglesia de España. Mas para conseguir tanto bien, es indispensable la reforma de costumbres; pues nuestros pecados han sido y son la causa de tan gran ruina y desolacion: *in scelere Jacob omne istud, et in peccatis domus Israel.* Esta es una verdad auténtica en las santas escrituras, que al paso que prometen mil felicidades al pueblo que observa los mandamientos de Dios, anuncian y fulminan los mas terribles castigos contra los que se obstinan en quebrantarlos.

Oid al Señor en el levítico: "si no oyéreis y cumpliéreis mis mandamientos; si despreciáreis mis leyes.... yo os visitaré prontamente con carestía y con un ardor que acabe con

vuestros huesos y consuma vuestras almas. En vano sembraréis los granos, que serán devorados por vuestros enemigos: pondré mi rostro contra vosotros; caeréis ante vuestros adversarios, y quedaréis sujetos á los que os aborrecen. Huiréis sin que nadie os persiga.... Quebrantaré la dureza de vuestra soberbia.... Traeré sobre vosotros la espada vengadora de mi alianza; y cuando os refugiáreis á las ciudades enviaré pestilencia en medio de vosotros, y seréis entregados en manos de enemigos.... Comeréis y no os saciaréis.... Destruiré vuestra tierra, y os esparciré por las naciones.... Desenvainaré mi espada en pos de vosotros, y quedará yerma vuestra tierra y vuestras ciudades destruidas.... Ninguno de vosotros osará resistir á los enemigos.... Y si aún no quisiéreis recibir la correccion... yo os castigaré siete veces por vuestros pecados."

¿Qué os parece, señores, de es-

estas terribles amenazas? ¿No son estas voces de un Corazon amante, que habiéndonos hecho sufrir por nuestros pecados muchos de estos castigos, nos reconviene aún con misericordia, nos solicita y nos atrae, para no arrojarnos finalmente de su seno? ¿No nos ha hecho entrever por una especie de prodigio, quiere librarnos de la esclavitud? Mas para concluir la obra nos exige la enmienda de nuestros vicios, el abandono de las sendas de la iniquidad, y la observancia de sus mandamientos. El amor de Dios, la caridad, la unidad de accion, deben ser los garantes de nuestra libertad. La mano del Señor no está coartada. Cumplamos fielmente con nuestros deberes de cristianos y de ciudadanos, que al Dios de los exércitos tan fácil le es vencer con pocos que con muchos; ni jamas le faltarán Josués, Gedeones, Déboras, Sansones, Davides ni Juditas que liberten al pueblo ar-

repentido del furor de sus enemigos. Todo debemos en esta hipótesi esperar de su amante Corazon, si le invocamos en espíritu y verdad.

¿Pero qué mucho? ¿Habeis olvidado por ventura que para desahogo del inmenso amor de su Corazon se ofreció voluntariamente á su Padre celestial sobre el Calvario por víctima de los pecados de todo el mundo? ¿No satisfizo con su Sangre preciosísima á la justicia divina? ¿No manifestó su voluntad sincera de salvarlos á todos, sin querer que ninguno se pierda sino por la rebeldía de su corazon, y el abuso de la gracia, *nolens aliquos perire*? Cuando considero pues que esta adorable Sangre es de un precio inestimable é infinito, y que todos pueden aprovecharse de ella, no puedo dexar de exclamar: ¡ó inmensa bondad de Dios! ¡ó amabilísimo Corazon de Jesucristo, que en el gran sacrificio de nuestra reconciliacion

comprehendiste á todo el género humano, sin querer que nadie perezca! El pérfido discípulo, que por un precio vil le ha de vender y entregar á los judíos; estos que le cubren de injurias y derramaron sobre el Calvario su preciosa Sangre; el Ladron que á su lado le blasfema; los que se burlaron de sus últimas palabras sobre la cruz, ninguno, señores, estaba excluido de su amante Corazon: por todos ruega á su Eterno Padre; á todos los disculpa; ninguno quiere perezca: *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*

¿Qué prueba mas auténtica del inefable amor de su Corazon al hombre? ¡Avergonzaos aquí, miserables hijos de Adán, á presencia de la mansedumbre é inmensa caridad de este Dios Hombre en medio de las mas atroces injurias y calumnias! ¿Qué hombre ó qué profeta llevó tan lejos el amor y la dulzura? Job en el exceso de su afliccion maldixo

el dia de su nacimiento, y respondió con dureza á los amigos que censuraban su conducta. David próximo á la muerte mandó á Salomon no dexase sin castigo los atentados de Joab y los ultrajes que le habia hecho Semei. Isaías perseguido de muerte por sus enemigos, pide que Dios sea el testigo y el vengador de ella. Jeremías oprimido baxo un promontorio de piedras, cubre de maldiciones á los judíos, y concluye con estas terribles palabras: Señor, no los perdoneis, ni falte jamas su pecado delante de sus ojos. ¡Pero qué distinto language el de Jesucristo sobre la cruz! Padre mio, perdónadlos, que no saben lo que hacen. Convenia ¡ó amabilísimo Jesus! fué- seis vos mas caritativo que todos los justos del mundo, como fuente que sois inagotable de amor y santidad. Mas para acabar de conocer la ardiente caridad de este inflamado Corazon, acerquémonos al altar, tea-

tro agosto y eterno monumento de su amor. ¡Quién tuviera, señores, el ardor de los serafines y la elocuencia de los Nacianenos y Crisóstomos para describir dignamente este compendio de las maravillas del Señor! Solo el discípulo amado, que en la noche de la Cena se recostó sobre el pecho de nuestro Salvador, puede darnos idea de los adorables secretos que le reveló Jesucristo. Solo este apóstol nos descubrió en breves palabras la fineza, la magnificencia, la prodigalidad y duración del tierno amor del sagrado Corazón de Jesús á los hombres. Sabiendo, dice, que llega su hora; esto es, la de ser entregado en manos de los pecadores, para consumir el sacrificio de la cruz y redención del género humano, habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin, dexándolos un monumento eterno de su amor.

Tal es el Sacramento de nues-

tros altares, donde adoramos su Cuerpo, su Sangre, su Divinidad, sus perfecciones y atributos. Sacrificio inefable y monumento auténtico de su amante Corazón. Sacrificio universal, que se ofrece en todos los lugares del mundo todos los dias y casi en todos los instantes. Sacrificio constante, que debe durar hasta la consumacion de los siglos para memorial de las maravillas del Salvador y eterno monumento de su amor al hombre. Sacramento inefable, en que se nos da por alimento para deificarnos y hacernos una cosa consigo mismo, como proporcionalmente hablando lo es nuestro adorable Salvador con su Padre celestial.

¡O amor incompreensible del Corazón de Jesucristo, que mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres! ¡O amor inefable, que espera con paciencia las adoraciones de algunas almas justas,



sufriendo al mismo tiempo el desprecio de infinito número de hereges, incrédulos, libertinos y malos cristianos! ¡O amor incomparable, que sin cansarse de la ingratitude del hombre va á buscarle, como el buen pastor á la oveja descarriada, en las cercanías de la muerte para servirle de viático en su viage á la eternidad, llamándole como padre amoroso á su rebaño, antes de sentenciarlo como juez inexorable! Todo, señores, conspira á manifestarnos el inexplicable amor de Jesucristo á los hombres, y que por mas criminales que sean ocupan mientras viven lugar en su Corazon; es decir, que desea sinceramente la salvacion de todos, con tal que correspondan á su gracia. Ninguno quiere se pierda: *nolens aliquos perire*. Pero exige al mismo tiempo, que como nos ha amado, le amemos. *Dilexi vos; manete in dilectione mea*. Segunda reflexion del discurso, que

paso á exponeros con brevedad. Seguidme atentos.

II. Jesucristo que por un efecto de su inmensa bondad é infinita misericordia se dignó amarnos hasta el fin, dándonos lugar en su Corazon, y quedándose Sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para servirnos de alimento espiritual en el desierto de esta vida y hacernos coherederos de su gloria, solo nos pide el corazon en recompensa: *fili, præbe mihi cor tuum*; y esto con el fin de hacer en él ostentacion de su magnificencia é inmensa caridad. ¿Habrá pues entre nosotros quien rehuse una tal ventaja? ¿Habrá quien se niegue á tan interesante peticion? Ah! reconoced, señores, que nuestra verdadera felicidad consiste en amar á Jesucristo para tener lugar en su Corazon. Esta es el áncora de nuestra esperanza; y nuestra mayor gloria estriba en que nues-

tro Salvador quiera recibir nuestro corazón y tener lugar en él. ¡O amabilísimo Jesús! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandesces? ¿Necesitais acaso de su amor para ser feliz por toda la eternidad? ¿Puede él añadir algo á vuestra gloria esencial? Nada menos. Cuando nos pide pues el corazón; es decir, el amor, *manete in dilectione mea*, es un puro efecto de su infinita bondad, que mira á nuestro propio interés. Ni juzguéis con error que esta petición que nos hace del amor sea un mero consejo ó una obra de supererogación. Es un riguroso precepto que incluye la caridad, en que estriba toda la ley que nos impuso para ser salvos. Es pues necesario este amor para permanecer en Jesucristo y para que el Señor permanezca en nosotros: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. A este fin nos pide el corazón: *fili, præbe mihi cor tuum*.

Mas nos lo pide todo entero, segregado de los objetos seductores del siglo, de los placeres culpables que embriagan á los mundanos, de la soberbia, ira, luxuria y demas vicios capitales que deshonoran nuestra profesion de cristianos, y que nos han atraído mas de una vez la indignacion de Dios. Exíge pues de justicia corazones generosos, fervorosos y constantes en su amor: corazones que le amen con ternura como á Padre y Redentor: corazones que lo desprecien todo por Jesucristo, que celen su honra y gloria: corazones que estén preparados y resueltos á defender sus inviolables derechos, á sostener el sagrado vínculo de caridad que nos debe unir en el Señor: corazones que sufran con paciencia las persecuciones por defender el depósito de la fe y verdadera religion de nuestros padres hasta agonizar por la justicia: corazones benéficos á sus próximos,

llenos de piedad con el desnudo, de conmiseracion con el afligido, y de misericordia con el pobre.

¿Mas dónde estan, os ruego, estos corazones tiernos, generosos y constantes, que ardan inflamados en el amor de Dios y de su próximo? ¿Dónde entré vosotros aquel sagrado fuego que su Corazon amante vino á traer sobre la tierra, con el fin que ardiese en todos sin cesar su inefable caridad? ¡Ah! permitidme, señores, lamente la falta casi universal de este precioso gage de la felicidad eterna. A excepcion de ciertos corazones puros é inocentes, de ciertas almas solícitas, que velan sinceramente sobre el negocio árduo de su salvacion; que meditan de dia y noche en la ley santa de Dios, siguiendo las inspiraciones de su gracia, ¿qué otra cosa se ve en el mundo que aquella olla encendida que se representó al profeta, arrojando llamas de luxuria, de ódio,

de venganza, de orgullo, de amor propio y afecto á lo terreno? Se ven corazones tiernos y sensibles, no para llorar sus pecados y tributar á Dios los debidos homenages, sino para sentir la pérdida del oro, de una belleza frágil, de una vil criatura ú otros miserables objetos de esta naturaleza, á quienes tienen erigida ara é idolatran. Corazones sensibles al oír las mentiras del teatro, y pederuales duros cuando se les anuncian las más terribles verdades desde el púlpito. Corazones tiernos, á quienes conmueve en la escena la desgracia de un héroe fingido, quedando indolentes é insensibles al oír pronunciar de parte de Dios la terrible sentencia de su condenacion si no se enmiendan: *nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.*

¿Es este, os ruego, el corazon contrito y humillado que el Señor nos pide? ¡Ah! yo, señores, me estremezco cuando oigo á S. Pablo

cubrir de anatemas al que no ama á Jesucristo: *qui non amat Dominum Jesum Christum, anathema sit.* ¿Qué juicio pues formaremos de esta nube de incrédulos, deistas, materialistas y ateistas prácticos, que baxo el nombre obscuro de liberales, trabajan sin cesar por el exterminio total del trono y del santuario? ¿Aman estos á Jesucristo? Yo bien sé que se proclaman á sí mismos *católicos*, y que profesan el evangelio. Esto mismo decia Rouseau, cuyas máximas adoptan. Conocedlos como á los árboles por sus frutos. Lo que sus obras presentan y sus escritos producen son la inmoralidad, la irreligion, la libertad de conciencia, la insubordinación á las potestades legítimas, el trastorno de todo lo profano y sagrado para substituir el imperio de la razon y del nuevo filosofismo francmasonico al de la religion y fe de nuestros padres.

En sus labios reina á veces el

nombre de Jesucristo, la humanidad, la filantropía ó amor al hombre, el bien de la patria, su felicidad é independencía, la reforma de abusos y costumbres; mas su corazon está lejos del Señor. Fieles discípulos de los albigenses, husitas, wiclefistas, de Lutero, Calvino, Rouseau, Voltaire, Diderot, d'Alembert, Necker, Mirabeau &c. &c., solo manifiestan el odio á Jesucristo, á su iglesia, á sus ministros y á toda gerarquía. Sus planes todos y sus escritos, á imitacion de los pseudo-filosófos de Francia, solo respiran inhumanidad, exterminio de la religion, de la patria y del trono. Una triste experiencia nos ha hecho palpar estas verdades, demasiado sensibles para los corazones que aman sincera y constantemente á Jesucristo; para aquellas almas digo, que penetradas del amor que al Señor debemos, corresponden agradecidas á los abatimientos de su encarna-

cion, á los trabajos de su vida mortal, á los sufrimientos de su pasión y muerte, á la institucion de sus adorables sacramentos, á las repetidas insinuaciones, movimientos é impulsos de su gracia, efectos todos inefables de su amor al hombre. ¿Qué podrá pues alegar éste para no amarle con ternura y generosidad?

*Generoso* llamo un amor que no esté dividido entre Dios y el mundo, como el de los cristianos de solemnidad. Estos, que ademas de los llamados *liberales*, son en gran número, han adoptado un sistema de religion y de moral, que el evangelio proscribte abiertamente. Pretenden, digo, servir á un mismo tiempo á dos dueños, uniendo á Cristo con belial, y la luz con las tinieblas: pretenden colocar en su corazón á Jesucristo, sin arrojar de él la ambicion, la vanidad, la avaricia y el objeto de sus placeres cri-

minales; ídolos abominables, á quienes de ordinario ofrecen sacrificios con injuria del Salvador. Contentos en efecto con ofrecerle ciertas peticiones, sin devocion y sin espíritu, de nada mas cuidan para creer segura su eterna felicidad. En esta paz funesta, de que tanto se lamenta un profeta, duermen y descansan tranquilos mientras Dios los reprueba.

¡Ah! no queráis errar, hermanos, porque el Señor no puede ser burlado. Llegará cuando no lo penseis aquel funesto día en que todo pecador impenitente debe rodar á los pies del trono de Dios, y entonces, entonces conoceréis á pesar vuestro que el amor del mundo y el de Jesucristo son entre sí tan incompatibles como la luz con las tinieblas. Entonces os desengañaréis que cuando nos pide el corazón nos lo pide todo entero, porque así nos entregó el suyo en su vida laboriosa, sobre la cruz y en el adorable

Sacramento de nuestros altares.

Para agradarle pues es necesario que nuestro corazón sacrifique generosamente todo lo que se opone á la ley de Jesucristo; es decir, las pasiones criminales de este tiempo, por no ser dignas, segun el apóstol, de la gloria que Dios nos tiene prometida y de los designios del Corazón de su Unigénito, que consisten en que le amemos sin reserva sobre todas las cosas. Este fue el sistema de religion que siguieron los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y demas justos que alaban sin cesar al Cordero sin mancha. Este desprendimiento de todo lo terreno, esta pobreza de espíritu por amor á Jesucristo, esta generosa y firme resolucion de adorarle en espíritu y verdad con preferencia á todo, es la única senda que la religion nos propone para dar á nuestro adorable Salvador el

debido lugar en nuestro corazón, y obtener por este medio la eterna felicidad.

Yo bien sé que en esta senda se experimentan tribulaciones y trabajos. No ignoro que la concupiscencia, este ángel de sataná, de que tanto se lamentaba S. Pablo, se rebela con frecuencia contra el espíritu; que nos solicita, nos atrae, nos arrastra ácia el mal, y que pretende hacernos fuerza. Pero el reino de Dios, dice Jesucristo, padece violencia, y solo con violencia se arrebatata. Es necesario pues para salvarse hacer frente con firmeza al torrente de las pasiones y enemigos del alma. Y pues nuestra vida no es otra cosa, segun el Espíritu Santo, que una cruda guerra y una continua lucha contra ellos, para conservar el precioso depósito de nuestra fe, informada por la caridad; peleemos con esfuerzo y generosa constancia, para dar á Jesucristo en

nuestro corazón el lugar que de justicia nos exige cuando dice, permaneced en mi amor: *manete in dilectione mea.*

En efecto, señores, no son ardores pasajeros, que á manera de fuegos fatuos se extinguen prontamente; ni movimientos de fervor, que ahogan al momento los objetos seductores del siglo, los que Jesucristo exige de nosotros. Un corazón voluble, dice un sabio, un corazón errante, un corazón que se abre al amor y se cierra con frecuencia; un corazón hoy de fuego y mañana de hielo no es digna habitación de Jesucristo. Su reino inmortal solo está prometido al que perseverare hasta el fin. Prescindiendo en efecto por ahora de los Tertulianos, Orígenes y Julianos, ¿cuántos brillantes astros de la iglesia no se eclipsaron por no haber perseverado en el amor del Salvador? ¿cuántos después de haberle servido muchos años

lo han arrojado de su corazón para colocar en él el abominable ídolo del pecado? ¡Ah! sus corazones volubles é inconstantes mudaron de objeto, y por consiguiente mudó su destino.

¡Temblad, justos, y estremeceos! El que está en pie, dice el apóstol, cuide de no caer. Armaos del escudo de la fe, sin perder jamas de vista la caridad, alma y nervio del cristianismo. Esta virtud será coronada en el cielo, al paso que el amor criminal á las criaturas será castigado en los abismos. Vosotros pues que tanto os preciais de ser constantes en vuestros propósitos, no siendo á veces los mas inocentes, y que miraríais como un deshonor faltar á vuestra palabra, cumplid con exactitud la que disteis al Señor en el sacro bautismo cuando fuisteis reengendrados en Jesucristo, para amarle en vida y gozarle en la eternidad. Entonces renunciásteis solemne-

mente de satanáas y de todas sus obras, entonces os vestísteis de Jesucristo, despojándoos del viejo Adán y de todas las pompas y vanidades del mundo: entonces os constituyó Dios templos vivos del Espíritu Santo, y su amor ocupó vuestro corazón, encendiendo en él el fuego de la caridad que vino á traer sobre la tierra para que ardiese sin cesar en el corazón de todos. Entonces fuisteis alistados baxo las banderas de Jesucristo para defender su honra y gloria, su religion santa, su divinidad, sus atributos y misterios, contra todos sus enemigos, llevando por escudos inexpugnables su fe, su esperanza y su caridad en el fondo de vuestro corazón. Con tales armas tenéis segura la victoria de vuestros enemigos; porque Dios, que es fiel en sus promesas, solo nos pide el corazón: *filii, præbe mihi cor tuum.*

¿Cómo podremos pues rehusar la entrega de nuestro corazón á Jesu-

cristo, siendo este amor tan puro, y que tanto nos interesa? No despreciéis, os ruego, las voces de su Corazón benéfico, que os ha dado muestras nada equívocas de su inflexible amor, no solo durante su vida, sino sobre el árbol de la cruz y en el augusto Sacramento de nuestros altares. Y pues sin mérito de nuestra parte nos dió lugar en su Corazón, erigiendo entre nosotros un monumento eterno de su amor, correspondamos fieles á tanto beneficio, entregándole el nuestro por medio de un amor tierno, fervoroso, sin reserva y constante, para acreditar que somos católicos y verdaderos hijos de la iglesia: *dilexi vos; manete in dilectione mea.* Jesucristo os amó hasta el fin; permaneced pues constantes en su amor; que digno es su Corazón amante de recibir el honor, la gloria y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



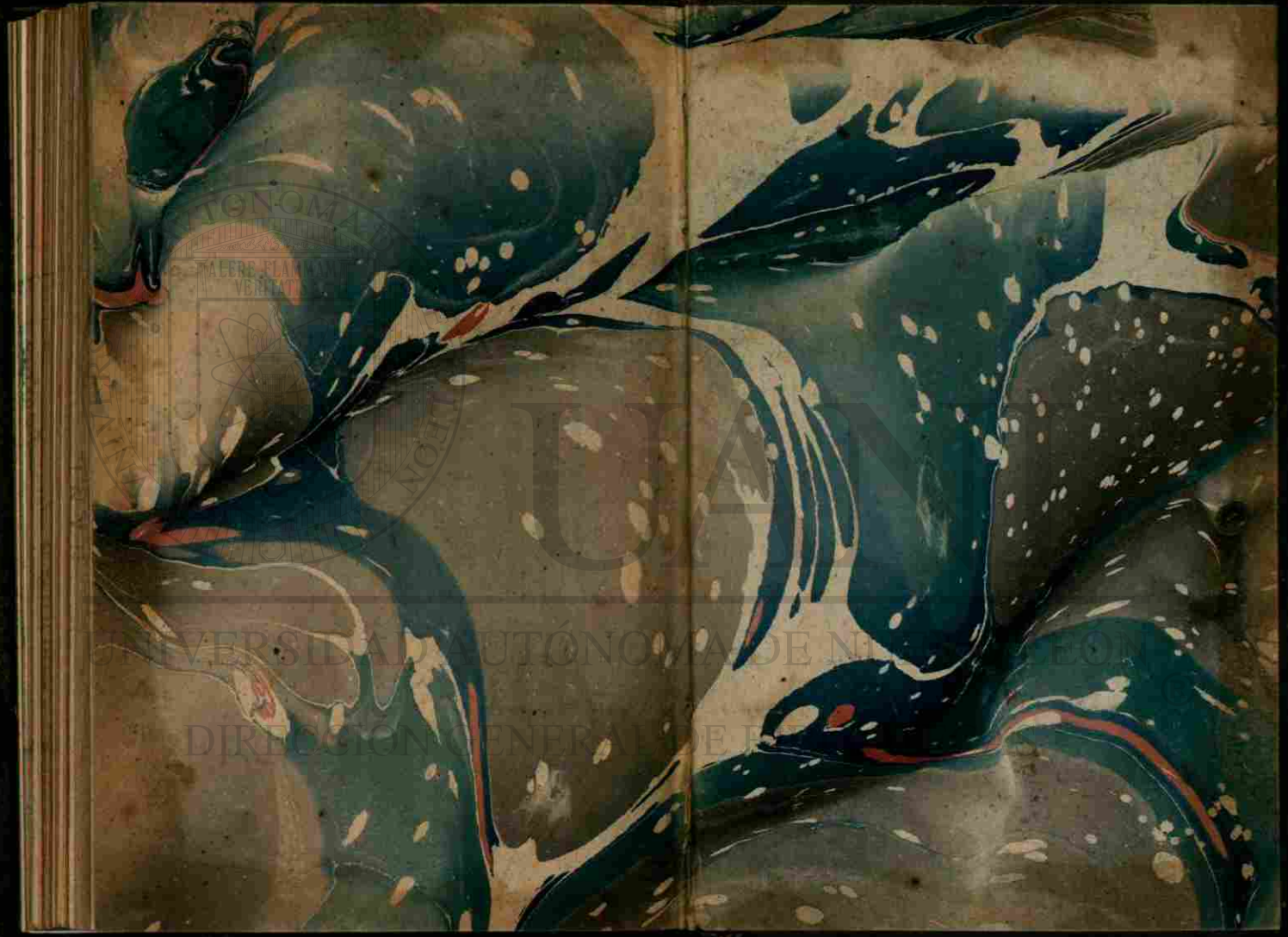


Discurso III. Sobre el mismo asunto.	145.
Sermon de Honras del regimiento de Infesto.	164.
Sermon de la Transfiguracion del Señor.	186.
Sermon de santo Tomás de Villanueva.	207.
Sermon del sagrado Corazon de Jesucristo.	226.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
 CAJILLA ALFONSO DE LA TORRE

RS/H/67 MICROFILMADO 195/83

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring swirling, organic shapes in shades of brown, tan, and green. The paper shows signs of age, with some wear and discoloration, particularly along the edges and in the center. A white rectangular label is affixed to the right side of the cover, partially overlapping the marbled paper. The label has a decorative top edge with a semi-circular motif. The text on the label is printed in a serif font and is partially obscured by the book's binding and the label's placement. The visible text includes "DE NUEV" on the top line and "BLIOTEC" on the bottom line. The book is set against a dark, almost black background.

DE NUEV  
BLIOTEC